

<http://psikolibro.blogspot.com>

Tomás Ibáñez Gracia

APROXIMACIONES A LA PSICOLOGÍA SOCIAL



Sendai
ediciones

Barcelona 102 C at.º 2.ª l'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Dirección de la colección

Tomás Ibáñez Gracia

Lupicinio Íñiguez Rueda

© Tomás Ibáñez Gracia

© Carto-tec, S.A./Sendai ediciones

ISBN: 84-8672-14-6

D.L.: B. 39.181-1990

Realización: Carto-tec, S.A.

Travesía Industrial, 105 nave 6

l'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Impreso en España por:

Industrias Gráficas Galileo, S.A.

Girona, 23 (Ripollet)

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
PARTE I: LA CONSTITUCIÓN Y EL DESARROLLO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL	9
1. La inexcusable exigencia genealógica	11
2. La constitución moderna de la reflexión sobre lo social	23
2.1. El nacimiento de las primeras «ciencias sociales» y del concepto de «leyes sociales»	25
2.2. El estudio de la sociedad durante la ilustración, y la constitución de la idea de «progreso»	29
2.3. Las ciencias sociales en el siglo XIX	33
2.4. Elementos de conclusión	42
3. La emergencia, la institucionalización y el desarrollo de la psicología social	47
3.1. La emergencia de la psicología social en Europa a finales del siglo XIX	48
3.2. El período «europeo» de las ciencias sociales estadounidenses y la «americanización» de las disciplinas sociales	58

3.3. Emergencia de la psicología social en Estados Unidos (1900-1935)	64
3.4. La consolidación de la psicología social en Estados Unidos (1935-1955)	71
3.5. La situación de la psicología social en Europa entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el final de la Segunda (1914-1944)	86
3.6. La psicología social «moderna» en Estados Unidos (1955-1970)	89
3.7. El retorno «americanizado» de la psicología social a Europa (1950-1970)	105
3.8. Conclusiones	110

PARTE II: LA PSICOLOGÍA SOCIAL

CONTEMPORÁNEA	113
1. La inexcusable exigencia epistemológica	115
2. Las grandes orientaciones teóricas «tradicionales» y sus correspondientes teorías de medio alcance	117
2.1. Las orientaciones socio-conductistas	119
2.2. Las orientaciones socio-gestaltistas	121
2.3. Las orientaciones psicoanalíticas	125
2.4. Las orientaciones de la teoría del rol	127
2.5. Las orientaciones del interaccionismo simbólico	128
3. Los núcleos temáticos de la psicología social antes de la época actual	133
4. La crisis de los años setenta	135
4.1. Los antecedentes de la crisis	136
4.2. Cronología del discurso crítico	138
4.3. Raíces y dimensiones de la crisis	143
4.4. Elementos de reflexión	146
5. La evolución contemporánea de la psicología social: aproximación a partir del <i>Handbook</i> y de manuales recientes	147
5.1. Aproximación a algunas características de la	

psicología social contemporánea a partir de un conjunto de datos bibliográficos extraídos del <i>Handbook</i> 1985 (Lindzey y Aronson)	148
5.2. Aproximación a algunas características de la psicología social contemporánea a partir de la comparación entre los <i>Handbook</i> 1968/69 y 1985	156
5.3. Examen de las modificaciones introducidas en algunos manuales de psicología social	160
5.4. Elementos de reflexión	162
6. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
I. La «cognición social»	165
6.1. La «cognición social»	166
6.2. Los antecedentes de la cognición social	169
6.3. Las teorías de la atribución	171
6.4. El contenido social de la cognición social	173
6.5. Perspectivas de futuro para la cognición social	175
7. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
II. El interaccionismo simbólico, la etnometodología y la problemática del «self»	177
7.1. Actualidad del interaccionismo simbólico	177
7.2. La etnometodología	182
7.3. El redescubrimiento del «self»	186
8. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
III. La psicología social europea	191
8.1. Las características sustantivas de la psicología social europea	192
8.2. Las contribuciones de la psicología social europea	194
9. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
IV. Las corrientes alternativas	203
9.1. El legado de la crisis	203
9.2. La orientación de la Teoría de la acción	211
9.3. La orientación dialéctica	217
9.4. La orientación hermenéutica	225
9.5. La orientación construccionista	227

10. Acercamiento a la psicología social contemporánea	
V. La cuestión metodológica	233
10.1. Método y conocimiento	233
10.2. Las «batallas» de los métodos	238
10.2.1. La polémica sobre «los dos métodos»: naturalismo versus anti-naturalismo	238
10.2.2. La polémica sobre las «dos disciplinas»	241
10.2.3. Los «otros métodos» y la polémica sobre «cuantitativo» versus «cualitativo»	246
10.3. Las polémicas sobre el método experimental en ciencias sociales	248
10.3.1. Validez y artificialidad	
a) La polémica sobre la validez interna	
b) La polémica sobre la validez externa: los malentendidos crónicos	250
10.3.2. La polémica sobre las pruebas de significación.	256
a) La «paradoja de Meehl» y la «falacia» de la hipótesis nula	257
10.3.3. Las polémicas sobre la inadecuación del método experimental en ciencias sociales	263
10.4. Elementos de reflexión	268
EPÍLOGO	273
BIBLIOGRAFÍA	287

PRÓLOGO

Este libro no es precisamente un «manual» de Psicología Social. No lo es si uno lo compara con los tradicionales libros de texto confeccionados por un autor (o por dos o tres especialistas) con el propósito de exponer de forma didáctica los principales tópicos de la disciplina. Tampoco lo es si se lo compara con los más recientes manuales en los que intervienen un gran número de especialistas, encargándose cada uno de ellos de desarrollar el tema en el que es más competente. Las ventajas y los inconvenientes de ambos tipos de manuales son bien conocidos. El primer tipo de manual proporciona una visión coherente de la disciplina, puesto que todo el corpus de conocimiento se presenta desde la perspectiva teórica de un mismo investigador, pero como nadie puede dominar con igual profundidad todos y cada uno de los tópicos abordados por la psicología social, es obvio que existe una cierta disparidad en cuanto a la calidad del tratamiento que se da a cada capítulo. El segundo tipo de manual presenta los inconvenientes y las ventajas complementarias del primero. Cada tema es tratado por un especialista, con lo cual el nivel de información se mantiene relativamente constante a través de todos los capítulos pero a costa de reducir la coherencia interna del conjunto de la obra.

Realizado por un solo autor, este libro no puede ser, por definición, un manual al estilo del segundo tipo de manual que he mencionado, pero es preciso aclarar por qué no es asimilable tampoco al otro tipo de manual. La razón es bastante sencilla. No se pretende en este libro **transmitir** al lector una información tan extensa y detallada como sea posible so-

bre el conocimiento instituido en el campo de la psicología social. Más que acumular **información**, el propósito que guía esta obra es el de ayudar a hacer **comprender** cuál es la naturaleza del enfoque psicosocial, cuáles son sus características y cuales son sus límites. Para conseguir este objetivo es preciso investigar el **proceso histórico** a través del cual se fueron delineando los conceptos, las orientaciones y los contenidos. Pero esto no es suficiente.

Cuando se rastrea con sentido crítico la «memoria» histórica de la psicología social, aparece inmediatamente que se trata de una disciplina **«problemática»**, estructurada desde sus orígenes por múltiples **líneas de tensión** que la obligan a proceder a un constante examen crítico de sus propias fundamentaciones. Para acceder a una inteligencia de la disciplina es preciso contemplar la **sensibilidad histórica** con una **inquietud epistemológica** capaz de valorar las cuestiones que subyacen en las diversas opciones, a veces radicalmente contrapuestas, que se enfrentan en el marco de la disciplina. Es por esto por lo que se ha intentado en este libro evitar lo que podríamos llamar «el efecto manual», es decir la creación de la impresión de que nos hallamos ante un cuerpo de conocimientos **compacto, estable, consolidado y aproblemático**. En efecto, dar cuenta de la psicología social es dar cuenta de una materia problemática que debe acrecentar las inquietudes y el deseo de saber de quienes se acercan a ella, en lugar de apaciguarlos y calmarlos. Estoy convencido de que este carácter problemático del conocimiento psicosocial es bueno y que en él radica en buena medida la riqueza y el atractivo de esta disciplina.

Barcelona, septiembre de 1989

PARTE I

LA CONSTITUCIÓN Y EL DESARROLLO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

1. LA INEXCUSABLE EXIGENCIA GENEALÓGICA

Refiriéndose a la historia de la psicología social, Robin Gilmour y Steve Duck no dudaban en afirmar, hace algún tiempo, que: «... sería ingenuo pensar que hemos tenido **un** pasado» (Gilmour y Duck, 1980, p.110).

Esta afirmación es trivial si se limita a decir que la psicología social está configurada por diversas orientaciones teórico-empíricas y que cada una de ellas arranca de una tradición particular que ha seguido un proceso de desarrollo histórico específico.

Tomada en un sentido más fuerte, la afirmación de que un mismo objeto actual, en este caso la psicología social, tiene **«varios pasados»**, abre un debate, sin duda muy interesante, en cuanto a la **naturaleza del discurso histórico**, por una parte, y en cuanto a la **naturaleza de la causalidad social** por otra parte. No quiero eludir este debate y mi postura quedará reflejada a lo largo de este libro, pero tampoco está en mi intención abordarlo de entrada. Basta por el momento con apuntar a una evidencia que nadie tendrá dificultad en admitir y que no es otra que la constatación de que existen **varias formas de escribir la historia** de una realidad actual. Nadie encontrará tampoco dificultad alguna en admitir que la forma en que se escribe la historia puede afectar, con menor o mayor fuerza, la configuración misma del presente. El que se deduzca a partir de estas dos premisas que **la forma de relatar el pasado influye necesariamente sobre el futuro**, puesto que afecta al presente, o que se deduzca simplemente que ese relato **pueda influir** sobre el futuro, dependerá esencialmente de que se participe o no de un credo determinista. Pero en cual-

quiera de los casos queda claro que ninguna historiografía es «inocente».

Así, por ejemplo, la historia de la psicología social publicada por Gordon Williard Allport en el *Handbook of social psychology* de 1954 (Allport, 1954), convertida, como es conocido, en la historiografía estándar de la disciplina, contribuyó probablemente a fortalecer la orientación positivista, individualista y experimentalista de la psicología social, en conformidad con la postura defendida por su hermano Floïd Henry Allport en los años veinte (Allport, 1924).

Hasta hace pocos años, los tópicos historiográficos establecidos por G. W. Allport en su famoso capítulo del *Handbook* se daban por supuestos en casi todas las presentaciones históricas de la psicología social. En efecto, pocos manuales se olvidaban de recordarnos que:

- La investigación científica en psicología social se inauguraba en 1897 con los experimentos del entonces estudiante Norman Triplett (Triplett, 1897).
- La aparición académica de la psicología social acontecía en el año 1908 con la publicación de los dos primeros manuales de la disciplina, el del polémico psicólogo inglés William McDougall (McDougall, 1908) y el del sociólogo estadounidense Edward Alsworth Ross (Ross, 1908), testimoniando así, desde un buen principio, la doble filiación genealógica de la psicología social.
- La psicología social tenía ciertamente una rica ascendencia europea, pero que era en «suelo americano» donde había conseguido germinar, florecer y dar sus frutos más genuinamente científicos.

G. W. Allport explicaba también en su capítulo el sentido en que se podía considerar que la psicología social había sido «**descubierta**» por Auguste Comte, entronizando así al filósofo positivista como «padre fundador» de la disciplina.

Tuvieron que transcurrir muchos años antes de que se empezara a cuestionar seriamente cada uno de estos tópicos.

Por ejemplo, no era cierto que la experimentación en psicología social apareciese con Triplett, ni tampoco existía razón alguna para destacar especialmente el año 1897 (Haines y Vaughan, 1979). Por otra parte, el manual de E. A. Ross se limitaba a familiarizar al lector anglófono con una serie de aportaciones elaboradas en Europa (Lubeck, 1981; Pepitone, 1981a), y el instintivismo que rezumaba de la obra de McDougall nunca consiguió cuajar en el seno de la psicología social, a pesar de las múltiples reediciones de su manual. Además, 1908 no constituía ninguna fecha inaugural, ya que varios textos generales de psicología social, que portaban o no la mención «psicología social» en su título, habían sido publicados

con anterioridad (véase a este respecto el capítulo dedicado a la emergencia de la psicología social en Europa).

Por otra parte, si bien era cierto que la psicología social había conocido su más intenso desarrollo en suelo americano, esto no podía interpretarse más que como el resultado lógico de un proceso mucho más general de «americanización» del conjunto de las ciencias sociales (Manicas, 1987). Por fin, era muy aventurado situar en Auguste Comte el «descubrimiento» de la psicología social, ya que su concepción de la «moral», ciencia que se correspondía según Allport con la psicología social, guardaba escasísima relación con las dimensiones básicas de esta disciplina y que, además, Comte nunca pudo elaborar su anunciado libro sobre esta materia. Por si esto fuera poco, la presentación que hacía Allport de la postura de Comte adolecía de múltiples sesgos y de considerables errores fácticos (Samelson, 1974).

Una vez que la historiografía de Allport fue despojada de su pretendida «objetividad», quedó al descubierto la **función ideológica** desempeñada por los principales puntos de referencia históricos **elegidos** por la persona a quien se encargó presentar la historiografía «oficial» de la disciplina. El relato de Allport se quedaba en una ejemplificación típica de la llamada historia **Whiggish**, es decir, de una historia escrita por los vencedores y orientada a:

«... producir una historia que no es sino la ratificación e incluso la glorificación del presente» (Butterfield, 1931, pág. V de la edición americana de 1951).

La historiografía Whiggish trata, en definitiva, de legitimar el presente buscando en el pasado la confirmación de las creencias y de los valores actuales. Así, por ejemplo, en lugar de conceder un relieve particular al año 1908, Allport hubiera podido elegir muchas otras fechas para ilustrar la aparición de los «primeros» tratados de psicología social, citando por ejemplo los *Études de psychologie sociale* de Gabriel Tarde, publicados diez años antes (1898), o el trabajo de Charles A. Ellwood *Some prolegomenas to social psychology* de 1899, reeditado en forma de libro en 1901. Por supuesto, la cuestión no tendría mucha trascendencia si se limitase a una simple disputa cronológica, pero las implicaciones van más allá de la elección, siempre polémica, de una fecha inaugural. En lugar de fomentar la impresión de una nítida y brusca irrupción de la psicología social en el mundo académico, emergiendo desde la psicología y desde la sociología como Atenea surgiendo ya equipada con su casco de la cabeza de Júpiter, lo que se hubiera enfatizado con la elección de fechas más re-

motas es la confusa, lenta y multifacética emergencia de la disciplina.

Así mismo, Allport hubiera podido situar en Gianbatista Vico, por ejemplo (Vico, 1725), el «descubrimiento» de la psicología social, en lugar de atribuirlo a Auguste Comte, pero es evidente que de esa forma no hubiera conseguido dotar a la disciplina de una legitimación positivista. Las elecciones «fundacionales» de Allport fueron las que fueron, y la autoconsciencia histórica de los psicólogos sociales resultó en buena medida de esas elecciones... Que no se me malinterprete, no estoy sugiriendo que Allport distorsionó conscientemente la historia de la psicología social en pro de unos objetivos ideológicos.

Es más, se puede decir que Allport ofreció, escrupulosamente, la «auténtica» tradición histórica de la psicología social tal y como se estaba construyendo efectiva y mayoritariamente en los años cincuenta. El experimentalismo de Triplett y el positivismo de Comte constituían sin duda puntos de referencia perfectamente adecuados para caracterizar **esa** psicología social estadounidense. El problema es que la versión historiográfica de Allport no se limitaba a tener una dimensión puramente descriptiva, sino que también engendraba **efectos prescriptivos**, legitimando históricamente una determinada concepción de la psicología social.

Estos efectos fueron tanto más potentes cuanto que la aceptación **a-crítica** de la historia elaborada por Allport se vio fuertemente favorecida por dos factores nada desdeñables:

- el desinterés mayoritario de los psicólogos sociales por la historia en general, y por la historia de su propia disciplina en particular,
- y la constante reedición del texto de Allport a lo largo de las sucesivas nuevas ediciones de una de las más influyentes obras de referencia de la psicología social: el *Handbook of social psychology*.

El desinterés de los psicólogos sociales por la historia era, hasta hace pocos años, un hecho notorio:

«Los psicólogos sociales no se han interesado mucho por la historia de su disciplina» (Samelson, 1974, p. 217).

«... es evidente que en los últimos cincuenta años los psicólogos sociales han mostrado una preocupación mínima por su pasado» (Morawski, 1979, p. 44).

Se han formulado diversas explicaciones para dar cuenta de este desinterés manifiesto. Clide Hendrick lo achaca por ejemplo al «a-historicismo» introducido por Kurt Lewin en el seno de la disciplina (Hendrick, 1976). Con mayor acierto a mi entender, Stokings indica que el desinterés por

la historia es una función directa del grado en que se profesa una **concepción «cientifista»** de una disciplina determinada (Stokings, 1965). En la línea apuntada por Stokings, es preciso insistir en que el desinterés por la historia constituye una opción que tiene consecuencias bien determinadas para la configuración sustantiva de una disciplina, y más si se trata de una disciplina de carácter social:

«... una ciencia sin memoria está a la merced de las fuerzas del día. La historia de la psicología social, concebida como un análisis crítico del pasado para alcanzar una mejor comprensión del presente, aún queda por escribir. Quizás el rechazo del “mito del origen” construido por Allport constituya un primer paso en esa dirección» (Samelson, 1974, p. 229).

En esa misma línea, Serge Moscovici sentenciaba hace poco:

«... una ciencia social que asuma que puede romper con el pasado desde el cual ha surgido perderá inevitablemente la perspectiva de futuro hacia el cual debería tender» (Moscovici, 1986, p. 1).

El cientifismo y la filosofía positivista constituyen, en efecto, un dispositivo sumamente eficaz para neutralizar el examen de las diversas condiciones socio-históricas que inciden en la producción de los conocimientos científicos. Así es, se argumenta que si estos conocimientos son auténticamente científicos, entonces trascienden necesariamente sus particulares condiciones sociales e históricas de elaboración. En este sentido, es muy difícil que cuando un científico está convencido de que se limita a «descubrir» unas leyes o unos mecanismos que son «objetivos», éste pueda sentir una preocupación particular para dilucidar los determinantes socio-ideológicos del saber que produce. Una sociología de los conocimientos psicológicos o psicosociales, tal y como la ha propugnado por ejemplo Allan R. Buss (Buss, 1975), se torna, evidentemente, un mero ornamento superfluo a partir del momento en que lo que «descubre» un científico no está afectado por su modo de descubrimiento ni por las características de quienes proceden al descubrimiento. Sin embargo, en cuanto se resquebraja la «fe positivista», se impone con claridad la idea de que las disciplinas científicas, lejos de constituir «productos naturales», son el resultado de un conjunto de **prácticas sociales**, históricamente situadas, y propias de una sociedad determinada. En consecuencia, se torna imprescindible calibrar con la máxima atención la naturaleza de las determinaciones sociales que inci-

den sobre ellas y que conforman sus características. Parafraseando lo que escribiera Karl Manheim en 1936, refiriéndose a determinadas formas de pensamiento, podríamos decir que las formas de conocimiento que caracterizan hoy por hoy a la psicología social no pueden ser entendidas adecuadamente mientras «sus **orígenes sociales** permanezcan ocultos».

Se podría objetar que estoy extremando la situación y que los psicólogos sociales siempre han manifestado alguna preocupación por la historia de su disciplina. Sin embargo la existencia de este desinterés es innegable y basta con repasar la literatura psicosocial anterior a los años setenta para convencerse de ello. Pese a la existencia de honrosas excepciones, como por ejemplo la obra de F.B. Karpf (Karpf, 1932), pocas han sido las publicaciones que hayan tratado la cuestión con cierto rigor. Pero es más, el hecho mismo de que el capítulo publicado por Allport en 1954 haya sido reproducido tal cual casi quince años más tarde en la segunda edición del *Handbook of social psychology* (Lindzey y Aronson, 1968-69) y de nuevo, aunque con «aligeraciones», en la tercera edición, es decir, más de **treinta años** después de su primera redacción (Lindzey y Aronson, 1985), constituye una clara muestra de menosprecio por la importancia de la investigación histórica. Bien es cierto que, en la edición de 1985, Edward E. Jones se encargó de repasar la historia de la psicología social durante las cinco décadas que preceden a la fecha de publicación del tercer *Handbook*, es decir, desde 1935; pero Jones utiliza precisamente la existencia del capítulo de Allport para justificar la inutilidad de relatar nuevamente los primeros años de la disciplina. Es como si lo dicho por Allport en cuanto a los antecedentes y a la formación de la psicología social fuese absolutamente **definitivo** e incuestionable. Es curioso, sin embargo, comprobar que entre las páginas de Allport que se han suprimido en esta tercera edición, figuran precisamente las que tan extensamente había dedicado a gloriar la figura de Auguste Comte. Cabe preguntarse si la razón estriba en que el positivismo ha dejado de constituir un signo de identidad apetecible para asentar el prestigio de una disciplina, o si se trata simplemente del efecto demoledor que tuvo el artículo crítico de Franz Samelson (Samelson, 1974). En cualquier caso, es posible discernir en estas aligeraciones un signo esperanzador de que la **asunción acrítica** del legado historiográfico de Allport está llegando a su fin.

Se ha especulado mucho con el alcance real de la «**crisis**» que se manifestó en el seno de la disciplina durante los años setenta. Para muchos, no fue sino un breve momento de agitación y de vacilación, favorecido sin duda por el clima «contestatario» que impregnó la vida universitaria en los últimos sesenta. Este breve paréntesis crítico se cerró, según ellos, sin que dejara huellas notables en la producción científica de los psicólo-

gos sociales. Discutiré detalladamente esta cuestión llegado el momento, pero considero oportuno adelantar ya una de mis conclusiones. En efecto, entiendo que una de las huellas dejadas por la «crisis» es precisamente la **emergencia del interés por la historia** de la psicología social y quizá no sea inútil recordar en este momento que uno de los textos que suscitó mayor polémica durante el período de «efervescencia crítica» se titulaba precisamente *La psicología social como historia* (Gergen, 1973). Es razonable pensar que la reflexión crítica sobre las características dominantes de la psicología social, así como el malestar expresado en relación al estado actual de la disciplina, condujeran lógicamente hacia una preocupación por estudiar la trayectoria que había conducido a la psicología social hasta ese supuesto impás teórico y metodológico, tomando quizá nueva consciencia de algo que nunca debiera haberse olvidado:

«Las formas presentes tienen su particular naturaleza en virtud de su pasado, con lo cual la comprensión del presente exige la comprensión de su génesis» (Manicas, 1987, p. 274).

Además, la necesidad de encontrar y de escrutar minuciosamente los principales puntos de «bifurcación» en donde se habían decidido los caminos a seguir se hizo tanto más acuciante cuanto que algunas de las propuestas alternativas que surgían frente a la psicología social dominante («mainstream») parecían entroncar precisamente con posibles líneas de desarrollo de la psicología social que se habían visto truncadas en diversos momentos del desarrollo de la disciplina.

Se suele decir que el interés prestado a la propia historia constituye un indicador fiable del grado de madurez alcanzado por una disciplina. Si esta afirmación es cierta, y me inclino por admitir que lo es, entonces se puede considerar que la psicología social empieza a evidenciar, desde hace algunos años, que está alcanzando una fase de madurez. En efecto, desde principios de los años setenta, se acumulan indicios de un creciente interés por la historia de la disciplina. Así, por ejemplo, en 1973 aparece en Estados Unidos un boletín dedicado específicamente a la historia de la Psicología Social. Se trata de la ***Newsletter of the History of Social Psychology Group***, editada por la Society for the Advancement of Social Psychology. Por otra parte, el *Journal for the Theory of Social Behavior*, creado en 1971 al calor de la «crisis», no duda en dar cobijo en sus páginas a numerosos textos de carácter histórico. Otras revistas más «ortodoxas», como por ejemplo el ***American Psychologist***, editada por la American Psychological Association (A.P.A.), también abren sus columnas a excelentes artículos historizantes, como por ejemplo el que publica el veterano

psicólogo social norteamericano Albert Pepitone bajo el título: «Lecciones desde la historia de la psicología social» (Pepitone, 1981a), defendiendo la necesidad de reflexionar sobre la historia de la disciplina. En esta misma línea, se constituye a principios de los ochenta, en Alemania Federal, un **Grupo de estudios sobre los cambios históricos en psicología social** que aúna los esfuerzos de varios psicólogos sociales europeos y que edita sus primeros trabajos a partir de 1986 (Graumann y Moscovici, 1986). En 1984 se publica un libro titulado *La psicología social histórica* (Gergen y Gergen, eds. 1984). Encontramos otra clara indicación del interés por la historia en el hecho de que, durante el período que arranca de principios de los setenta hasta nuestros días, se torna cada vez más frecuente encontrar en la literatura afirmaciones como la siguiente:

«El desarrollo futuro de la psicología social se beneficiará de que volvamos la vista — quizá más cuidadosamente, más constructivamente y más analíticamente — hacia el pasado» (Gilmour y Duck, 1980, p. 109).

Resultaría farragoso seguir acumulando evidencias en torno al resurgir de la preocupación por la historia entre los psicólogos sociales, pero quizá sea útil aportar algunas indicaciones complementarias acerca de los lugares en donde parece manifestarse más intensamente este interés y sobre los investigadores que están impulsando con mayor energía el reencuentro entre la psicología social y la sensibilidad histórica.

En Inglaterra, y más precisamente en la London School of Economics, Robert Farr está reconstruyendo desde hace varios años las múltiples influencias teóricas que se ejercieron sobre los pioneros de la psicología social. En Estados Unidos, en el Swarthmore College (Pensylvania) más concretamente, Kenneth J. Gergen se afana en propiciar una psicología social histórica. En Alemania Federal, Carl F. Graumann, de la Universidad de Heidelberg, anima al activo grupo de «estudios sobre los cambios históricos en psicología social». En Francia, Robert Pagés, del Laboratoire de Psychologie Sociale de la Sorbonne, ha sido pionero con sus trabajos acerca de las fuentes Fourieristas de la experimentación en psicología social. Erica Apfelbaum, miembro del mismo laboratorio, se dedica, junto con el canadiense Ian Lubeck, de la Universidad de Guelph, a desvelar los orígenes de la psicología social gala. En ese mismo país, Serge Moscovici contribuye, desde su Laboratoire Européen de Psychologie Sociale, a realizar y a promover acercamientos historiográficos a la psicología social. Jill G. Morawski, graduada en la Universidad canadiense de Carleton y actualmente en la Wesleyan University de Estados Unidos (Connecticut),

toma parte activa en la consolidación de una orientación sensible a la historia en psicología social. Por fin, en España, José Ramón Torregrosa, de la Universidad Complutense de Madrid, está comprometido con el fomento de una sensibilidad histórica, realizando él mismo investigaciones sobre las fuentes hispanas del pensamiento psicosocial (Torregrosa, 1986). Más generalmente, el interés por la historia de la disciplina se nota en nuestro país a través de una serie de aportaciones, como por ejemplo, el manual de José M. Blanch, de la Universidad Autónoma de Barcelona, sobre la historia de las psicologías sociales (Blanch, 1982), el estudio de Florencio Jiménez Burillo, de la Universidad Complutense, sobre la historia de la psicología social en España (Jiménez Burillo, 1976), el interés manifestado por Amalio Blanco, de la Autónoma de Madrid, por la constitución de la psicología social en Alemania (Blanco, 1982), la documentada reconstrucción de las fuentes marxistas de la psicología social que, desde la Universidad de Barcelona, presenta Federico Munné (Munné, 1982). Esta somera relación no pasa por supuesto de ser meramente indicativa de una sensibilidad histórica que también se manifiesta en muchos otros lugares y a través de muchos otros autores.

Ahora bien, entiendo que la preocupación por la historia sólo se torna realmente fructífera a partir del momento en que deja de ceñirse a una preocupación «meramente historiográfica» como la que podemos encontrar por ejemplo en la obra de William S. Sahakian *Psicología social sistemática*, publicada en 1974 y reeditada con el nuevo título de *Historia y sistemas de la psicología social* (Sahakian, 1975). Hace algún tiempo, Jürgen Habermas nos exhortaba a «sacar la historia fuera de los museos». En efecto, lejos de encerrar la historia en un museo, se trata, por el contrario, de utilizarla como un instrumento para **forjar el futuro de la psicología social esclareciendo su presente**.

El conjunto de consideraciones que he expuesto hasta aquí me ha incitado a dedicar un amplio tratamiento al análisis histórico de la psicología social. No se trata, por supuesto, de presentar una simple perspectiva «cronologista», acertadamente criticada por Federico Munné (Munné, 1986). Tampoco se trata de ofrecer un enfoque meramente «internalista», ignorando la importancia de los factores externos que han contribuido a dibujar el aspecto actual de la psicología social y que han incidido sobre esta disciplina con una fuerza incluso mayor que en otros campos del saber. De lo que se trata es de realizar un análisis historiográfico que constituya a la vez un análisis **contextualista** y un análisis **crítico**.

Contextualista, porque no se puede entender adecuadamente la psicología social si no se la sitúa en el amplio movimiento de ideas que tardó varios siglos en fragmentarse para dar paso a las diversas disciplinas que

constituyen las actuales ciencias sociales y humanas. Cada una de estas disciplinas, hoy celosamente aferradas a su especificidad e independencia, sigue guardando las huellas, más o menos profundas, de un **pasado indiferenciado**. Es precisamente en el lento proceso de diferenciación disciplinar donde residen algunos de los factores explicativos de las actuales características de esas disciplinas. Las posibilidades de acceder a la inteligencia de la psicología social quedarían sin duda mermadas por el hecho de desarrollar una «**historia separada**» para esta disciplina, perdiendo de vista el fondo común que la vincula con las restantes disciplinas que forman parte de su contexto de conocimiento. Es más, cometeríamos una falacia imperdonable al proyectar hacia el pasado la actual estructuración disciplinar de las ciencias sociales. Esto supondría que la actual diferenciación disciplinar ha estado **virtualmente** presente desde que se inició la reflexión sobre lo social. El presente es, sin duda alguna, el fruto del pasado, y se puede afirmar incluso que el pasado, sedimentado y transformado, late en el presente y que sigue teniendo, en este sentido, una plena actualidad. Pero estas afirmaciones no implican en absoluto que tengamos que suscribir una postura «pre-formista» y aceptar que el presente estuviese «pre-contenido» en el pasado. En otras palabras, **el presente emerge del pasado pero no está pre-inscrito en él**.

Queda claro por lo tanto que, desde este punto de vista, carece de sentido buscar trazas de la psicología social en las obras de Thomas Hobbes, John Locke, Adam Smith, Auguste Comte, o Karl Marx, y menos aún en los legados de Platón o de Aristóteles. Es cierto que no se puede entender la psicología social actual sin entender, por ejemplo, el pensamiento de Hobbes, pues ese pensamiento constituye una de las muchas condiciones antecedentes a partir de las cuales se ha fraguado la psicología social. Pero se forzaría indebidamente el pensamiento de Hobbes si se buscaran en él categorías similares, próximas, o incluso precursoras de las categorías que conforman hoy la psicología social. La **genealogía** consiste en indagar el pasado desde el punto de vista del presente, con el propósito de hacer que el presente sea inteligible. Pero la perspectiva genealógica no admite ni la **falacia teleológica**, que considera el presente como el objetivo hacia el cual avanzaba necesariamente el pasado, ni tampoco la **falacia presentista**, que contempla el pasado desde las categorías que instituyen el presente.

La presente historiografía debe ser contextualista en el sentido de que debe abarcar el **tronco común** de la reflexión sobre lo social, con independencia de las actuales fronteras disciplinares, pero el contextualismo sería muy insuficiente si se redujese a una «historia de las ideas». En efecto, es preciso atender también a las condiciones sociales que incidieron

en la configuración última de la psicología social. En este sentido, no se pueden ignorar acontecimientos como la revolución francesa, ni procesos sociales como la industrialización de las sociedades europeas, ni tampoco coyunturas históricas tales como el auge del poderío militar-industrial (y por lo tanto el auge del poderío científico e ideológico) de Estados Unidos. No se trata, por supuesto, de caer en un delirio «holístico», donde todo está relacionado con todo, ni tampoco de difuminar los aspectos esenciales en un bosque de detalles. La presente exposición será necesariamente limitada, esquemática, simplificadora e incompleta. Pero, dentro de estas limitaciones, intentaré enfatizar la idea de que cualquier acercamiento a la historia de la psicología social que no se sitúe en una perspectiva suficientemente contextualista constituye una tentativa baldía.

He dicho que esta historiografía, además de ser contextualista, pretendía ser también una **historiografía crítica**. Lo que quiero significar con esto es, en primer lugar, que una de las principales funciones que asigno a la investigación histórica consiste en poner al descubierto los **supuestos implícitos** y las tomas de partido enmascaradas que subyacen en muchas de las formulaciones que «se dan por sentadas» en una disciplina. Por su mismo carácter de «evidencias a-problemáticas», estas formulaciones se sustraen a todo cuestionamiento crítico mientras no se pone de manifiesto su carácter social e históricamente construido. En segundo lugar, pretendiendo indicar simplemente cierta distanciación con las formas académicamente dominantes de la psicología social (la psicología social «mainstream»), o por lo menos mostrar idéntica receptividad hacia las posturas alternativas, sin que la fuerza otorgada por una mayor o menor implantación académica intervenga en el crédito que merezcan los diversos planteamientos, tanto si son «dominantes» como si son marginales.

Arrancando, por razones que expondré más adelante, desde el período en que se empezó a constituir la **moderna racionalidad científica**, este análisis historiográfico nos conducirá hasta el examen de la disciplina psicosociológica propiamente dicha. Es decir, de una disciplina que se configura a lo largo de las seis décadas que se extienden en torno al inicio del siglo XX, desde los años setenta del siglo XIX hasta los años treinta del siglo XX, una disciplina que inicia su consolidación a lo largo de la década que precede a la Segunda Guerra Mundial y que adquiere su reconocimiento institucional durante la década siguiente. A partir de entonces, es decir, durante los años sesenta y setenta, la expansión de la psicología social presenta las características «normales» de una disciplina que, aun siendo «joven», goza de una identidad académicamente reconocida.

Aunque todo el apartado histórico no constituye sino un acercamiento particular a la inteligencia de la disciplina y a la dilucidación de su natura-

leza, hemos considerado más conveniente reservar el análisis de la psicología social «contemporánea», es decir, de la psicología social tal y como se ha desarrollado a lo largo de la década de los setenta y de los ochenta, para el apartado específicamente dedicado a discutir la naturaleza de la disciplina.

2. LA CONSTITUCIÓN MODERNA DE LA REFLEXIÓN SOBRE LO SOCIAL

Han sido muchas las maneras en que se ha adjetivado la palabra «animal» para poder calificar la «diferencia específica» del ser humano: «animal social», «animal racional», «animal hermenéutico», etc.

Todas estas adjetivaciones son ciertamente sugestivas, pero me parece que la más englobante, puesto que implica cada una de las que hemos mencionado, es la que califica al ser humano en términos de **«animal reflexivo»**, refiriéndose a su capacidad de **tomarse a sí mismo como objeto de reflexión**, es decir, de elaborar conocimientos sobre sí mismo y sobre su propia condición. El hecho mismo de que el ser humano sea un «animal reflexivo» en el sentido que he indicado, nos advierte sobre la inutilidad de partir en busca de las «primeras» ideas acerca del hombre y de sus relaciones con los demás. Si el ser humano es realmente un animal reflexivo, estos conocimientos se remontan sin duda a los albores mismos de la condición humana. Tampoco parece de gran utilidad buscar unas primeras reflexiones sobre estas cuestiones en los textos de Platón o de Aristóteles. No es que dude de su extraordinaria riqueza, pues es obvio que, por citar un ejemplo, un texto como *La Retórica* de Aristóteles nos permite valorar cuán poco han conseguido añadir a sus formulaciones los modernos investigadores de la «Teoría de la Comunicación Persuasiva» (Billig, 1987).

Sin embargo, el estudio de los textos griegos parece más apropiado para entender la sociedad helénica y para analizar la formación de la racionalidad.

dad occidental que para dilucidar la naturaleza de la psicología social. Es más, me parece que repetir, junto con las «historiografías estándar», que existen antecedentes de la psicología social en *La República* de Platón o en *La Política* de Aristóteles, contribuye a enmascarar, o por lo menos a difuminar, un hecho absolutamente capital: la psicología social forma parte de las **«ciencias sociales»** y éstas se insertan a su vez en una **nueva forma de construir los conocimientos que nace en los siglos XVI y XVII** con las formulaciones de Copérnico, Descartes, Galileo, Bacon, Newton, etc. (Manicas, 1987). Por supuesto, no se trata de una creación «ex-nihilo» y es obvio que se pueden encontrar elementos antecesores a lo largo de los siglos anteriores, pero, en rigor, hay que esperar al siglo XVI para que se constituya un nuevo tipo de acceso del hombre al conocimiento de la «naturaleza», propiciado por ese importantísimo conjunto de prácticas que designamos habitualmente con la expresión **«ciencia moderna»**.

Sin duda alguna, los saberes populares siempre han encerrado conocimientos extraordinariamente finos y ricos sobre el ser humano, sobre la condición social y sobre las relaciones interpersonales. También es cierto que los «grandes» pensadores de todos los tiempos han realizado valiosísimas contribuciones a la inteligibilidad del ser social. Pero no se trata de analizar aquí **los** saberes sobre lo social, sino de dilucidar las características de **un** determinado tipo de saber y de la **«disciplina»** que lo elabora. No se trata, en otras palabras, de analizar la evolución de las ideas sobre el ser social, sino de dar cuenta de una construcción social particular que recibe el nombre de psicología social, que tiene sus normas y sus mecanismos de funcionamiento específicos, que se caracteriza por una forma institucionalizada de promover la producción de conocimientos, de aceptarlos o de rechazarlos, de transmitirlos o de sepultarlos, que dispone de sus laboratorios, de sus cátedras y de sus revistas, así como de procedimientos para identificar a sus miembros. Este conjunto específico de prácticas, de instituciones y de productos **no** tiene antecedentes en la época griega ni tampoco en el medioevo, y de poco nos serviría remontarnos hasta allí si es que nuestro propósito consiste en **dar cuenta de la psicología social**.

Bien es cierto que la psicología social tampoco existía en los siglos XVII o XVIII y que no aparece hasta finales del XIX y principios del XX. Sin embargo, considero imprescindible arrancar esta indagación historiográfica a partir **del siglo XVI** por la sencilla razón de que **el tipo de empresa de la que forma parte la psicología social arranca precisamente de esas fechas**. Es en el marco de esa empresa, es decir, en el marco de la enorme aventura intelectual y social constituida por la ciencia moderna, donde se elaboran los planteamientos de los que surge, tres siglos más tarde,

la disciplina psicosocial. En este sentido, parece claro que no se puede alcanzar la inteligencia de la naturaleza de la psicología social sin tomar en cuenta los desarrollos del pensamiento sobre lo social que se fueron produciendo al amparo de la formación y de la expansión de la moderna racionalidad científica. Lo que ocurrió a partir de los primeros balbuceos de la ciencia moderna fue decisivo para establecer las señas de identidad de la disciplina psicosocial tal y como la conocemos en la actualidad.

2.1. El nacimiento de las primeras «ciencias sociales» y del concepto de «leyes sociales»

No debería extrañarnos que las ciencias sociales empezaran a construirse en torno al problema del **«orden social»** y que la primera de estas ciencias en aparecer sobre la escena pública fuese la **ciencia política**. Entre las múltiples razones que permiten entenderlo, tres parecen revestir una importancia capital:

- a) la renovación de la problemática propiamente política, planteada por el proceso de construcción de los **Estados modernos**,
- b) la importancia **práctica** que reviste el ejercicio y el disfrute del **poder político**,
- c) el isomorfismo que existe entre los efectos de **poder sobre la naturaleza** engendrados por la **racionalidad científica moderna**, y los efectos de **poder social** que se desprenden de esta misma racionalidad.

a) No es éste el lugar para analizar el conjunto de factores que propiciaron la constitución de los Estados modernos. Pero lo que sí parece razonable admitir es que la unificación y refundición del medio millar de entidades políticas independientes y sumamente diversificadas en cuanto a sus características, que existían en Europa al iniciarse el siglo XVI y que quedaron integradas en algunas decenas de Estados, imprimió un **giro cualitativo** al problema del «orden social». No se trata tan sólo de un problema cuantitativo relacionado con una **«modificación de escala»** en cuanto a las poblaciones y a los territorios que se encontraron supeditados a una misma administración, sino de las consecuencias cualitativas de ese cambio de escala. En efecto, la diversidad cultural, lingüística, étnica y religiosa de las poblaciones que fueron paulatinamente integradas en los Estados en construcción planteó, bajo una nueva perspectiva, el problema del mantenimiento del orden social. Es cierto que el problema de la **heterogeneidad** ya se había presentado en otros períodos de la historia con el fenómeno de los grandes imperios, pero la novedad radicaba en que

ya no se trataba de mantener amplios territorios bajo la dependencia militar de un centro, sino de **integrar** múltiples poblaciones en un mismo sistema político-administrativo, suficientemente **asumido** por todos para que se pudiera prescindir de una constante presión militar. El problema de la compatibilización de unos intereses divergentes por una parte, y de la convivencia social más o menos pacífica por otra parte, situó en primer plano la cuestión del orden social, y esto no fue sino una de las consecuencias de la **aparición del Estado moderno** como forma política dominante.

b) En estrecha vinculación con el desarrollo del Estado moderno, pero desbordando los límites de ese fenómeno, es obvio que el **ejercicio del poder político** reviste una importancia **práctica** que está, por lo menos, suficientemente documentada por las sangrientas luchas libradas a lo largo de la historia para adquirirlo o para mantenerlo. No es aquí el momento de proceder a un análisis del poder (véase por ejemplo Ibáñez, 1983), pero es razonable afirmar que la capacidad de ejercer el más amplio poder político posible constituye, desde hace muchos siglos, un privilegio extraordinariamente apetecible para muchos agentes sociales. El advenimiento del Estado moderno no podía sino conferir una nueva dimensión y una acentuada importancia al problema del poder político.

c) Por fin, la emergencia moderna de un tipo de conocimiento enfocado hacia el dominio de la naturaleza y hacia el control de sus fuerzas, es decir, de un saber eminentemente instrumental, no podía dejar de tener efectos sobre una cuestión igualmente práctica e instrumental como es la cuestión del dominio y del control de la sociedad. Por supuesto, los seres humanos siempre han elaborado saberes que les han permitido articular, con mayor o menor eficacia, los medios necesarios para dominar la naturaleza o para dominar a sus semejantes. Pero esos saberes, muchas veces implícitos, se generaban en el seno mismo de la práctica y pertenecían esencialmente al ámbito del «saber-hacer» más que al campo del conocimiento teórico y formal. La gran diferencia introducida por la **«racionalidad científica moderna»** consiste en que los efectos prácticos del saber se desprenderán a partir de entonces de los **conocimientos teóricos** contruidos para dar cuenta de los fenómenos naturales y sociales.

La conjunción de los tres factores que he mencionado, es decir, surgimiento del Estado moderno, centralidad de la cuestión del poder político y construcción de la racionalidad científica, comienzan a transparentar sus efectos en los análisis presentados por Nicolás **Maquiavelo** en su famoso *El príncipe* (Maquiavelo, 1513), en los *Essais* de Michel de **Montaigne**

(Montaigne, 1586) e incluso en las utopías sociales de Thomas Moro (1516) o de Francis Bacon (1627). Sin embargo, aunque en la época de Maquiavelo ya se han iniciado los procesos de constitución del Estado moderno y de la nueva racionalidad científica, sus agudas observaciones y sus atinados consejos relativos al ejercicio del poder no evidencian aún de forma clara la impronta del pensamiento científico. En realidad, aún será necesario esperar un siglo después de la publicación de *El príncipe*, para que se formalice el primer intento notable de abordar científicamente el problema social. Este intento será conducido de la mano de Thomas **Hobbes** en su célebre *Leviatán* (Hobbes, 1651).

Lo que menos importa, desde el punto de vista que pretendo desarrollar aquí, son los contenidos sustantivos de los análisis de Hobbes, tales como, por ejemplo, su concepción del «contrato social» que, a pesar de ser duramente criticado por David Hume marcaría muchos de los debates desarrollados durante la Ilustración. Lo que me interesa destacar es el nuevo entendimiento de lo social que nace con su obra y los nuevos supuestos sobre los que se asienta el análisis de la sociedad. En primer lugar, la sociedad pasa a ser considerada como un objeto susceptible de recibir el mismo tipo de tratamiento que las ciencias naturales aplican a sus propios objetos. En efecto, lo que pretende Hobbes es elaborar una «**física social**» que permita realizar en el campo de lo social lo que la nueva física está realizando en el ámbito del mundo natural.

En segundo lugar, se produce un cambio de conceptualización de la cuestión política. Ya no se trata de analizar, como lo hace por ejemplo Aristóteles, la forma en que los miembros de la «polis» gestionan, ellos mismos, el ámbito de lo político, sino de dilucidar la forma en que se ejerce el gobierno **sobre** la gente. La vieja idea romana de «**societas**», entendida como la reagrupación voluntaria de ciudadanos para conseguir determinados fines, va transformándose paulatinamente hasta desembocar en el concepto de una agrupación, ya sea voluntaria, ya sea resultante de las circunstancias, que se caracteriza por la sumisión a unas normas comunes y por la aceptación de **ciertos principios de legitimidad** más que por la necesidad de unirse para conseguir ciertos resultados prácticos.

En tercer lugar, y probablemente porque Hobbes carece aún del concepto de «**estructura social**», que aún tardará en aparecer, se perfilan en su obra las bases de lo que más tarde se denominará el «**individualismo metodológico**», es decir, la idea de que la sociedad no es sino el resultado del conjunto de las características de los miembros que la componen. Salvando escasas excepciones, como la de Giambattista Vico, o Charles de Montesquieu, este principio será generalmente asumido por los analistas de la sociedad durante la Ilustración, enmarcándose en una duradera

polémica filosófica y científica, de orden más general, acerca del tipo de relación que se establece entre un «todo» y sus «partes».

Con la tentativa hobbesiana de trasladar al análisis de la sociedad los nacientes principios de la «racionalidad científica» y con sus esfuerzos para focalizar este análisis sobre la cuestión del **«orden social»**, la reflexión sobre la sociedad queda centrada en el problema del **«gobierno de la sociedad»**, asentándose así las bases de la **«ciencia política»** como la primera de las **ciencias sociales emergentes**.

Sin embargo, Hobbes participaba aún de una concepción del «gobierno» entendido como mero **árbitro social** cuyo papel se limita a intervenir para obligar a que los individuos respeten las «reglas del juego» propias de la colectividad. La idea de un gobierno que incide de forma más directa en la propia organización de la sociedad aún tardaría algún tiempo en aparecer. Pero, a partir del momento en que apareció esta nueva conceptualización, los debates del siglo XVIII se centraron en un problema del que surgiría la segunda de las ciencias sociales en formación, es decir, la **«economía política»**.

En efecto, la idea de que el «gobierno» consiste también en unas formas de gestionar la sociedad, de incidir sobre su rumbo y de ordenar su actividad, alumbró a su vez tres ideas importantes:

— la función del gobierno no consiste simplemente en asegurar el «orden social», sino que debe preocuparse también por asegurar con la mayor eficacia posible el **«bien común»**, es decir, el bienestar generalizado de los miembros de la sociedad, velando por el incremento de la riqueza de la nación;

— por consiguiente, la actuación del gobierno puede **medirse** en términos de su «eficacia» para la realización del bien común, y esto permitía discutir sobre la **eficacia comparada** de los distintos tipos de gobierno;

— pero sobre todo, se empieza a perfilar la idea de que para gestionar adecuadamente la sociedad y conseguir modular su rumbo **es preciso disponer de un saber suficientemente preciso sobre la propia sociedad**. La fórmula baconiana según la cual para «poder se necesita saber» penetra así en el campo de lo social y encuentra en el modelo de las ciencias físicas su fuente de inspiración más sugestiva.

El conocimiento de la sociedad, imprescindible para un gobierno racional de la misma, pasa evidentemente por la **recolección de datos** acerca de sus características. Se alumbraba así la idea de la **«investigación so-**

cial» con su doble exigencia de técnicas de recogida de la información por una parte, y de procedimientos de tratamiento de la información por otra, es decir, de una **«matemática social»** que desembocaría, como es conocido, en la constitución de la estadística. Pero, sobre todo, este conocimiento de la sociedad pasa también por la dilucidación de **los mecanismos reguladores de la sociedad**. La investigación social sólo presenta una utilidad para orientar la intervención social del gobierno en la medida en que existe paralelamente una **«ciencia social»** que permite comprender el funcionamiento de la sociedad. Aunque habría que esperar a Max **Weber** para disponer de una diferenciación contundente entre la investigación social y la ciencia social, la complementariedad de ambos aspectos estaba ya presente en la idea misma de un «gobierno racional» de la sociedad.

Un siglo largo después de la publicación del *Leviatán* de Thomas Hobbes, la idea fundamental de que existían **«leyes sociales»** cristalizaba en la investigación llevada a cabo por Adam **Smith** sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones (Smith, 1776). Después de la ciencia política aparecía así la «economía política», es decir, la primera **ciencia social** que podía reivindicar un estatus «realmente» científico, puesto que descansaba sobre la existencia de leyes sociales y promulgaba la necesidad de descubrirlas. La «economía política» no tardaría sin embargo en dar paso a la «ciencia económica», y este incremento de especialización abriría a su vez un espacio para la constitución y el ulterior desarrollo de la «sociología».

2.2. El estudio de la sociedad durante la Ilustración y la constitución de la idea de «progreso»

Los comentarios sobre Adam Smith nos han adentrado ya en el período histórico que, sucediendo a la llamada «edad clásica», se abrió con las aportaciones del pensamiento liberal inglés y se cerró con el auge del «romanticismo» que sucedió a la Revolución francesa.

Situado, a grandes rasgos, entre 1690 y 1790, el **Siglo de las Luces**, o «Ilustración», se caracterizó por una enorme efervescencia del pensamiento sobre lo social. La creencia poco menos que «militante» en las virtudes del conocimiento, así como el poderío absoluto conferido a la razón, y el convencimiento, propiciado por la obra de Newton (1687), de que la ciencia tornaría inteligibles todos los «misterios» de la naturaleza, constituyen unos elementos que aparecen claramente en los filósofos liberales ingleses y en los «enciclopedistas» franceses, traducándose a nivel político en el «despotismo ilustrado» de los soberanos europeos.

Es entonces cuando la idea de «progreso», que tiene ya antecedentes en el siglo XVII y especialmente en el pensamiento de Francis Bacon, adquiere una importancia que alcanzará su clímax en el siglo XIX. De hecho, las controversias y los análisis que se realizan durante el período de la Ilustración despejarán el camino para que emerja, a finales del siglo XVIII, una nueva inteligencia de lo social: los cambios sociales que se han vivido intensamente en los dos últimos siglos dejan de conceptualizarse como meros «cambios», y se toma conciencia de que existe una **direccionalidad** del cambio social, de que existe un proceso evolutivo que está vectorizado, y de que se pueden reconocer etapas y fases por las que transcurre el cambio social. El terreno queda abonado de esta forma tanto para Comte como para Hegel y para Marx, abriéndose la gran polémica acerca de si existen o no **«leyes de la historia»**. Pero antes de entrar en esa problemática, es preciso reflexionar más a fondo sobre las aportaciones al análisis de lo social realizadas durante la Ilustración. Como ya dije en el apartado anterior, no se trata tanto de examinar el contenido sustantivo de las reflexiones sobre la sociedad que se producen entonces, como de acotar cuáles fueron las aportaciones básicas para la conceptualización misma de lo social y para su análisis. Es por esta razón por la cual no se recogen aquí los penetrantes, y a veces heurísticos, ensayos de los primeros liberales ingleses que matizan las posturas de Hobbes acerca del contrato social (Locke, 1690), o que las critican acerbamente (Hume, 1739); tampoco analizaré los planteamientos utilitaristas (Bentham, 1789), ni las brillantes intuiciones de Jean Jacques Rousseau (Rousseau, 1762) o los enciclopédicos análisis de François Marie Voltaire (Voltaire, 1756), limitándome, puesto que ya he hablado de Adam Smith anteriormente, a unos breves apuntes sobre las aportaciones básicas de Montesquieu, de Vico y de Herder.

Independientemente de su interés sustantivo, la obra de Charles de **Montesquieu** (Montesquieu, 1748) merece una atención especial por dos razones. La primera de ellas radica en que las tesis de Montesquieu representan una de las primeras **oposiciones al individualismo metodológico** pregonado por Thomas Hobbes. El «holismo» de Montesquieu anticipa en este sentido las posturas que desarrollarían más tarde Comte, Marx y Durkheim. La segunda razón consiste en que aparece con Montesquieu un planteamiento alternativo al **modelo fisicista** para analizar la sociedad. En efecto, Montesquieu rechaza el modelo hobbesiano de una «física social» y se decanta claramente por un enfoque más próximo al que utilizan los naturalistas, es decir, un modelo centrado en la descripción y la reflexión analítica más que en la formulación de leyes, y encaminado a presentar una «historia natural» de las sociedades, más que un catálogo de

principios nomothéticos. Por lo tanto, se plantea ya el dilema entre, por una parte, un acercamiento positivista a un **«sistema»** social y, por otra parte, una **explicación histórica** de la sociedad.

Giambatista **Vico**, que comparte el holismo de Montesquieu, enfatiza aún más el aspecto histórico de las sociedades y la necesidad de recurrir por lo tanto a una «ciencia de los procesos históricos» para dar cuenta de lo social. Su análisis acerca de cómo se genera históricamente el conjunto de «significados compartidos» que define a una comunidad apunta a un problema que se erigirá en motivo de reflexión esencial para algunos de los pioneros de la psicología social (Shotter, 1986; Lana, 1986). Pero Vico realiza otra aportación que también será capital. En efecto, Giambatista Vico insiste con fuerza en que el mundo social es una **construcción** realizada por los propios seres humanos y que este simple hecho otorga un estatus particular al tipo de conocimiento que se puede elaborar sobre la realidad social (Vico, 1725). En efecto, aquello que hemos construido **no-sotros mismos** es lo único que nos es cognoscible de forma directa e integral, por lo tanto, como a nadie sino a nosotros mismos se puede achacar la construcción de la sociedad, es obvio que la forma en que podemos conocerla es, necesariamente, mucho más profunda que la forma en que podemos conocer la naturaleza física. La concepción vichiana del **«verum factum»** anuncia ya la gran polémica que presidirá el nacimiento de las ciencias sociales modernas y que enfrentará a los defensores del «monismo metodológico» con los defensores de la especificidad metodológica de las ciencias sociales.

Por su parte, Johan Gottfried **Herder** desarrolló una fuerte concepción historicista que marcaría los grandes análisis sociales desarrollados durante la segunda mitad del siglo XIX. Herder no sólo participa de la idea de Vico según la cual la sociedad es un producto humano, como también lo haría Marx más tarde, sino que anticipa en cierta medida a Nietzsche y a la sensibilidad «post-moderna» a través de su cuestionamiento de la idea de progreso y de sus dudas acerca de la omnipotencia del método científico. Pero sobre todo, Herder defiende dos ideas interrelacionadas que incidirán fuertemente tanto en la «Völkerpsychologie» de Wilhelm **Wundt**, como en la sociología interpretativa de Max **Weber**. Se trata por una parte de la **peculiaridad de lo «concreto»** frente a las características de las abstracciones «generales» y, por otra parte, de las consecuencias que se derivan de esta dicotomía para el estudio de las sociedades. Según Herder, las causas que intervienen en los fenómenos concretos, tales como las realizaciones históricas, son necesariamente multivariadas y no pueden entenderse desde los principios de la causalidad humeana.

Weber recogerá esta idea cuando explique que, aun obedeciendo a prin-

cipios deterministas, las sociedades, en tanto que son realidades concretas, no pueden dar lugar a un conocimiento que se formule en términos de leyes y que tenga un poder predictivo. En efecto, aunque cada una de las causas que intervienen en la producción de un fenómeno concreto obedezcan a un principio determinista, la **conjunción de causas** implicadas en la producción del fenómeno diluye las relaciones deterministas y desemboca en un resultado que sólo puede ser explicado a posteriori. Herder enfatiza por lo tanto el carácter particular de cada nación y la necesidad de considerar la peculiaridad de sus lenguas, de sus canciones, de sus tradiciones, de su «Geist», para poder entenderla, prefigurando así las bases de la «Völkerpsychologie» y del proyecto wundtiano (Herder, 1784-1791). Herder contribuirá notablemente al surgimiento del concepto moderno de «**nación**», entendida como una **comunidad de personas** que tienen unas tradiciones, unas instituciones, unas actividades y unos intereses que son comunes. Esta concepción, que ya se vislumbra en las obras de Vico, de Montesquieu y de Voltaire, enriquecerá el concepto de «**sociedad**», acercándolo prácticamente a su sentido actual. El desarrollo de los fenómenos nacionalistas a partir de mediados del siglo XIX actuará, en cierta forma, como una validación histórica de la importancia que revisten las aportaciones de Herder. De hecho, al igual que ocurrirá con Saint-Simon, Herder, formado en la época de la Ilustración, no sólo anuncia la crítica de la filosofía ilustrada, sino que ya pertenece de hecho al siguiente de los períodos históricos que debemos analizar.

Breve sinopsis del período clásico y del período de la Ilustración

MAQUIAVELO, N. (1469-1527) 1513: *El príncipe*.

MONTAIGNE, M. (1533-1592) 1580: *Les essais*.

HOBBS, T. (1588-1679) 1651: *Leviatán*.

LOCKE, J. (1632-1704) 1690: *Ensayos en relación con la comprensión humana*.

NEWTON, I. (1642-1727) 1687: *Principia*.

VICO, G. (1668-1744) 1725: *La scienza nuova*.

MONTESQUIEU, Ch. (1689-1755) 1748: *L'esprit des lois*.

HUME, D. (1711-1776) 1739: *A treatise of human nature*.

ROUSSEAU, J.J. (1712-1778) 1755: *Discurso sobre el origen de la desigualdad*; 1762: *El contrato social*.

SMITH, A. (1723-1790) 1759: *Theory of moral sentiments*.

HERDER, J.G. (1744-1803) 1772: *Origen del lenguaje*; 1784: *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad* (4 vols.).

BENTHAM, J. (1748-1832) 1789: *An introduction to the principles of morals and legislation*.

2.3. Las ciencias sociales en el siglo XIX

Durante el siglo XIX, a la par que se va fortaleciendo el Estado moderno y desarrollando el proceso de la industrialización de Europa, se producen una serie de nuevos planteamientos en el campo del análisis social que conducirán a la creación de las diversas disciplinas que conforman las ciencias sociales de nuestros días. Hacia finales del siglo XIX, la economía política habrá consumado su separación de la ciencia política, convirtiéndose en ciencia de la economía, mientras que la sociología habrá hecho su aparición separándose a su vez tanto de la ciencia económica como de la historia. La separación radical entre la ciencia por una parte y la filosofía por otra quedará firmemente establecida y se extenderá durante un período de más de un siglo de duración, cuyo final tan sólo se empieza a vislumbrar en la actualidad. Pero sobre todo, el proyecto globalizador de una ciencia social habrá perdido la batalla frente a la especialización y a la fragmentación disciplinar. Antes de ver más detalladamente cuáles fueron las grandes aportaciones y los grandes debates del siglo XIX, debo precisar que excluiré de este relato aquellos autores del siglo XIX que desempeñaron un papel particular en la constitución de la psicología social, así como los filósofos, psicólogos y sociólogos estadounidenses de finales del siglo XIX. La razón no es otra que su posterior tratamiento en apartados más detallados.

Las grandes síntesis suelen ser, por definición, escasamente respetuosas con los matices. La simplificación que permiten conseguir se suele pagar con una cierta caricaturización y con una cierta distorsión de la realidad que se pretende condensar. Sin embargo, me arriesgaré a incurrir en esas distorsiones por considerar que las esquematizaciones también ayudan a veces a evidenciar ciertos elementos clarificadores. Así, de forma esquemática, se puede decir que en el siglo XIX se dibujan dos grandes tradiciones que arrancan ya de períodos anteriores, como es lógico, pero que adquieren en ese momento su más genuina expresión. Encontramos, por una parte, la **tradición alemana**, habitualmente calificada de «idealista», pero que se caracteriza esencialmente por el énfasis puesto sobre la **dimensión histórica** de las realidades sociales y por la resistencia frente a los planteamientos positivistas. Frente a esta tradición, encontramos por otra parte un «frente» **Franco-Británico** donde coinciden las tradiciones empiricistas inglesas y las formulaciones **positivistas** francesas. Exis-

ten, por supuesto, excepciones notables en ambos bandos, como es el caso del positivismo y del empiricismo austro-alemán de Ernst Mach, o el historicismo y el antipositivismo del francés Henri Bergson.

Así mismo, nos encontramos con formulaciones que son irreducibles a cualquiera de estas dos grandes orientaciones pero que recogen notables influencias de ambas, como es el caso de las aportaciones de Karl Marx; y, por fin, existen también ciertos avances del conocimiento, como por ejemplo el que propició Charles Darwin, que ejercieron una notable influencia tanto en el sector empiricista-positivista como en el sector historicista. Pero, salvando estas excepciones y estas matizaciones, estoy convencido de que la contraposición entre las dos grandes tradiciones que he mencionado se ajusta con bastante fidelidad a la realidad, y encierra un cierto poder heurístico, permitiendo entender mejor el desarrollo de las ciencias sociales en el siglo XIX.

Si en algo coinciden ambas tradiciones es sin duda en una misma valoración positiva de la idea de evolución y de la idea de **progreso**. Marx no escapa a la seducción ejercida por estos conceptos sobre los pensadores del siglo XIX. Es más, con independencia de sus méritos intrínsecos, se puede pensar que la obra de Darwin sobre el origen de las especies (Darwin, 1859) no hubiera alcanzado la influencia que tuvo en realidad de no ser porque sintonizaba plenamente con la fascinación del siglo XIX por el concepto de progreso.

a) La tradición franco-británica: El empiricismo inglés, constituido durante la Ilustración, sigue plenamente vigente a lo largo del siglo XIX y buena parte del siglo XX, ejerciendo su influencia sobre el desarrollo de las ciencias sociales. Pero fue sobre todo la aparición del positivismo francés quien marcaría más profundamente la evolución de estas ciencias durante el siglo XIX. Fue un hombre de la Ilustración, Henri de Saint-Simon, quien realizó las primeras contribuciones sistemáticas al planteamiento positivista, abogando por la separación entre ciencia y filosofía, o «Arte», jerarquizando las diversas ciencias y estableciendo una serie de estadios por los que parecía transcurrir el progreso de las sociedades y del conocimiento (Saint-Simon, 1825). Pero, como es bien sabido, fue Auguste **Comte** quien elaboró la expresión formal del positivismo, legitimando con ello una determinada concepción de las ciencias sociales (Comte, 1830-1842). En efecto, la «filosofía positiva» de Comte no sólo ejerció un impacto decisivo sobre la conceptualización general de la ciencia hasta mediados del siglo XX, sino que marcó profundamente a pensadores tan importantes en la historia de las ciencias sociales como son John Stuart Mill, Karl Marx, Vilfredo Pareto, Emile Durkheim, y a través de ellos a una infinidad de

investigadores de la realidad social. Los aspectos básicos de su planteamiento pueden resumirse en los siguientes:

— siguiendo a Saint-Simon, y en contra tanto de Hobbes como de buena parte de los filósofos ingleses y franceses de la Ilustración, Comte rechazó con fuerza el individualismo metodológico, dejando claro que el entendimiento del individuo **presupone** el entendimiento de la sociedad y que nunca se debe seguir el proceso inverso:

«(la sociedad)... no es más reductible a individuos de lo que podría serlo una superficie geométrica a líneas, o una línea a puntos» (Comte, 1851, Vol.II, p. 181).

Esta postura sería compartida por Marx y más radicalmente aún por Durkheim, pero curiosamente no lograría convencer a su fiel lector John Stuart **Mill**. El énfasis sobre la preeminencia de los aspectos sociales conduciría a Comte a conceptualizar la sociedad como un **«sistema»** cuyos elementos constituyentes difícilmente pueden ser analizados por separado, puesto que deben precisamente su naturaleza a las relaciones sistémicas en las que están prendidos,

— curiosamente, Comte coincide con el idealismo alemán neokantiano, cuando recoge la idea de que la mente es esencialmente un producto social y que el pensamiento resulta de una construcción social. Junto con otros motivos, esta postura le conducirá a reducir drásticamente el objeto de la psicología (y en esto sí que será seguido por Mill), limitando su campo de estudio a los aspectos lindantes con la fisiología. La herencia neo-kantiana que encontramos en Comte se expresará con toda nitidez en los planteamientos ulteriores de Wilhem Wundt.

—Comte elabora, de forma más sistematizada, pero recogiénola en su integridad, la **concepción humeana de la legalidad**. Tanto para Comte, como para Mill, el concepto de causalidad en su acepción realista no tiene cabida en el pensamiento científico. En efecto, la ciencia debe limitarse estrictamente al establecimiento de **«leyes»**, es decir, a la formulación de funciones matemáticas que den cuenta de las regularidades observables entre variables. Esta postura anti-realista conduce simultánea y necesariamente a un fenomenalismo pretendidamente anti-metafísico, y a una concepción políticamente conservadora de la sociedad.

—La asunción comtiana de la causalidad humeana, junto con el determinismo social implicado en la idea de «sistema», conduce lógicamente a defender el **«monismo metodológico»**, trazando una simili-

tud de principio entre las «leyes de la naturaleza» y las «leyes sociales». Se justifica de esta forma la necesidad de recurrir a unos mismos procedimientos metodológicos de investigación en el campo de las ciencias naturales y en el campo de las ciencias sociales.

—Comte, que no será seguido en esto por Mill, y que será parcialmente corregido por Spencer, considera que la historia obedece, ella también, a un sistema de «leyes» (Spencer está de acuerdo, pero contempla unas leyes tan sumamente generales —el principio de neguentropía— que la concepción legaliforme de la historia queda prácticamente vaciada de contenido). Al mismo tiempo, Comte defiende una concepción eminentemente **antihistoricista**, sin que se produzca contradicción entre ambas posturas, ya que lo que hace Comte es reducir la historicidad de los fenómenos sociales a un proceso legaliforme análogo al que rige en los sistemas físicos.

—Por fin, Comte contribuye potentemente, seguido en esto por Marx, a escindir radicalmente la ciencia, por una parte, y la filosofía o metafísica por otra. Esta gran división del conocimiento (o del conocimiento y del pseudo-conocimiento según algunos) ha constituido el aspecto del positivismo que más tiempo ha tardado en resquebrajarse.

La filosofía de Comte está en absoluta consonancia con el proceso de industrialización que transforma las sociedades europeas en el siglo XIX, a la vez que anuncia ya el matrimonio entre ciencia y tecnología que se celebrará en las últimas décadas de ese siglo. Sus alegatos en favor de la sociología, situada en las cimas de la jerarquía de las ciencias, también están en sintonía con la «emergencia de la **cuestión social**» propiciada por la industrialización. En efecto, los disturbios sociales engendrados por el desarrollo del capitalismo hacen aún más imprescindible una rigurosa ciencia de la sociedad. No es de extrañar que tras un barniz que hoy llamaríamos progresista, Comte, al igual que Durkheim, sean esencialmente reaccionarios en su visible preocupación por salvaguardar un orden social que legitima las desigualdades establecidas.

John Stuart Mill difundió entre los lectores anglófonos las principales tesis de Auguste Comte, asegurando su influencia en esa área cultural, pero las diferencias que manifestaba, como hemos visto, con su admirado colega, le condujeron a despojar la aportación de Comte de sus escasos aspectos positivos, defendiendo por ejemplo una concepción individualista del ser social. El positivismo de Comte, amputado sin embargo de su anti-individualismo metodológico, fue perfectamente asimilado, como veremos más adelante, por la disciplina psicossociológica. Junto con Auguste Comte y John Stuart Mill, otros autores del siglo XIX expandieron la perspectiva empírico-positivista de las ciencias sociales, pero me limitaré

a mencionar aquí la influencia de Pareto y de Durkheim.

Poco diré de Vilfredo Pareto, si no es que su marcada orientación positivista contribuyó a orientar las ciencias sociales hacia una concepción de la sociedad en términos de un sistema cerrado, gobernado por leyes deterministas, y de que perdió finalmente la batalla «pan-sociologista» que pretendía integrar la «economía» como una parte constitutiva de la sociología (Pareto, 1907). Parece más interesante centrarnos sobre las formulaciones de Durkheim, aunque dejaré para un examen ulterior aquellos planteamientos suyos que repercutieron más directamente sobre la psicología social.

Emile Durkheim fue extraordinariamente sensible al «**emergentismo social**», es decir, al hecho de que el «todo» que constituye la sociedad es irreducible a las características de sus componentes. El sistema social presenta propiedades que no poseen ninguna de sus partes... así quedaba justificado el **anti-psicologismo** de Durkheim en relación con la explicación de los hechos sociales. Junto con el anti-individualismo metodológico, Durkheim recogió también el anti-historicismo y el determinismo de Comte, buscando establecer las «leyes» del sistema social (Durkheim, 1895). Sin embargo, hecho curioso e interesante, Durkheim demuestra en su crítica a la doctrina de la pluralidad causal de Mill que no comparte la visión humeana de la legalidad y, por decirlo de alguna forma, traiciona uno de los grandes dogmas positivistas al defender una concepción «realista» de la causalidad. Según Durkheim, entre la causa y el efecto tiene que haber algo más, epistemológicamente hablando, que una simple regularidad o una concomitancia entre un antecedente y un consecuente, debe existir un **mecanismo productivo** que relaciona **necesariamente** el efecto y la causa. Esta concepción realista de la causalidad social, que Comte hubiera tachado sin duda de puramente «metafísica», constituye a mi entender uno de los aspectos más interesantes del pensamiento de Durkheim. En esta misma línea de simpatía hacia ciertos planteamientos de Durkheim, señalemos por fin que Durkheim infundirá en sus seguidores una especial sensibilidad hacia la importancia que tienen las **estructuras sociales** y hacia los efectos constrictivos que estas estructuras ejercen sobre la actividad de los seres sociales. Sin embargo, cegado sin duda por su anti-psicologismo radical, Durkheim será incapaz de conceptualizar la dialéctica entre las estructuras sociales y los agentes sociales, como muy bien ha anotado Peter Manicas (Manicas, 1987).

Frente a la concepción empiricista y positivista franco-británica, que desembocará en una sociología donde el peso de las «estructuras» y de las «leyes» deja escaso lugar tanto para la consideración de las dimensiones simbólicas, como para el estudio de la acción humana y para los plantea-

mientos genuinamente históricos, se alza, como ya he dicho, una tradición, cultivada esencialmente en Alemania, y cuya complejidad acarrea el peligro de transformar en caricaturesca una exposición tan breve y tan resumida como la que presentaré a continuación.

b) La tradición alemana: Ya hemos visto que Herder, con su concepción de la «nación», su marcado historicismo y su desconfianza hacia la pretendida omnipotencia del conocimiento científico, se incluye más adecuadamente en el llamado «idealismo alemán» del siglo XIX que en el período «hiperracionalista» de la Ilustración. El gran constructor de sistemas teóricos que fue Georg Friedrich **Hegel**, enfatizará también el tema de la nación, pero la desarraigará del asentamiento «natural» que le había dado Herder. En efecto, Hegel cortará el hecho nacional de sus ataduras **concretas** expresadas en términos del conjunto de las peculiaridades culturales y de singularidades lingüísticas que caracterizan cada nación de forma irreductible. De esta manera, Hegel llevará la nación al terreno de las **entidades abstractas**, disolviéndola en una pura forma política que tomará la figura del **Estado**. Es así como la **nación-comunidad** de Herder se transforma en el moderno concepto de **Estado-Nación**. Por otra parte, Hegel, extremadamente sensible a la importancia que representa el fenómeno de la historia, formulará una interpretación neo-platónica que marcará profundamente el pensamiento de Marx pese a sus prevenciones contra Hegel. En efecto, la historia tiene, según Hegel, una **dirección** marcada por la realización cada vez más adecuada y perfecta de ciertas formas «ideales», a través de un proceso dialéctico. Es así, por ejemplo, como las ideas de libertad y de razón que guían el desarrollo de la historia alcanzan su realización más idónea en la forma política del Estado (Hegel, 1830-1831). Marx invertirá el planteamiento viendo la realización última de la historia en la disolución del Estado. Tanto para Hegel como para Marx, la historia se construye por medio de la actividad concreta de las personas, pero ambos perciben claramente que no se trata de un proceso intencional. Para conciliar el papel activo de las personas en el desarrollo histórico y la no-intencionalidad del mismo, Hegel formulará un planteamiento, que será desarrollado por Marx, y que se tornará esencial para las ciencias sociales: las acciones voluntarias de las personas tienen una serie de consecuencias que van más allá de los efectos que éstas se proponen conseguir, son esos efectos no pretendidos, y de los que no se tiene conciencia, los que construyen la historia.

Coetáneo de Hegel, Friedrich **Schleiermacher** tendría un lugar asegurado en la historia de las ciencias sociales aunque sólo fuera por su temprana conceptualización de la **«acción recíproca»** y de la «interacción so-

cial», así como por su diferenciación entre **comunidad y sociedad** (Gemeinschaft und Gesellschaft), que más tarde desarrollaría Ferdinand Tönnies (Tönnies, 1887), y por fin, por su decisiva influencia sobre Wilhelm Dilthey. Pero lo que más me interesa destacar, de cara al futuro desarrollo de las ciencias sociales, es su contribución a la elaboración de una perspectiva **hermenéutica** que parece constituir en el momento actual un tema de renovado interés entre los sociólogos, los psicólogos sociales y los filósofos (Schleiermacher, notas de 1804, publicadas en 1959).

Wilhelm **Dilthey** recogerá el legado hermenéutico de Schleiermacher, y contribuirá a acentuar el **«anti-naturalismo»** del pensamiento alemán. En efecto, Dilthey alimentará decisivamente el gran debate de finales del siglo XIX y principios del XX en torno a las posibilidades de construir unas ciencias sociales basadas en los principios metodológicos y epistemológicos de las ciencias naturales. Su postura es **aparentemente** radical en esta cuestión. Según él, resulta imprescindible que las ciencias humanas se emancipen del paradigma naturalista de la misma forma que las ciencias naturales supieron separarse de la metafísica. Según Dilthey, existe una diferencia de principio entre las ciencias del «espíritu» (**Geisteswissenschaften**) y las ciencias de la «naturaleza» (**Naturwissenschaften**); las primeras nos permiten acceder a la **«comprensión»** de los fenómenos analizados, mientras que las segundas conducen a la **«explicación»** de sus objetos de análisis. Sin embargo, detrás de esta oposición radical al «movimiento metodológico» pregonado por los positivistas, se esconde una confluencia básica entre el punto de vista de Dilthey y las posturas humeanas de Comte. En efecto, Dilthey participa plenamente del credo empiricista según el cual la **«transdicción»**, es decir, el salto desde los fenómenos empíricamente aprehensibles hacia la realidad que supuestamente está detrás de ellos, constituye una estricta imposibilidad lógica. En otras palabras, es inútil intentar conocer las causas de los fenómenos, puesto que sólo podemos acceder a la observación de regularidades. Dilthey acepta, por lo tanto, el modelo positivista siempre que se ciña al campo de las ciencias naturales. Su negativa a considerarlo válido en el campo de las ciencias sociales arranca de una convicción que nos recuerda claramente las tesis de Giambattista Vico: la realidad socio-histórica, al contrario de la realidad «natural», no es una realidad que nos sea externa, puesto que somos nosotros mismos quienes la construimos. La gran consecuencia que se desprende del «verum factum» de Vico es que podemos escapar, en ciencias sociales, a la imposibilidad lógica que afecta a las ciencias naturales y a la que me he referido anteriormente. En efecto, las **causas** de los fenómenos sociales se tornan cognoscibles, puesto que resultan de nuestra propia actividad. El problema planteado por Hume queda así anula-

do, o mejor dicho, limitado al ámbito de los fenómenos naturales. La dualidad entre el objeto de conocimiento y el sujeto productor de conocimiento se disuelve, en el caso de las ciencias socio-históricas, abriendo un acceso privilegiado al estudio de los fenómenos sociales:

«... la primera condición para la posibilidad misma de una ciencia histórica radica en el hecho de que soy, yo mismo, un ser histórico» (Dilthey, pág. 143 de sus «selected writings» publicados en 1976).

Volveré más adelante sobre esta cuestión, pero es importante insistir aquí sobre el hecho de que el dilema planteado por Dilthey sólo tiene sentido en la medida en que se acepta la validez del principio humeano.

La llamada polémica de la «comprensión versus explicación» que agitó los principios del siglo XX (Dilthey, 1883) fue perdiendo virulencia a medida que se producía el desarrollo formal de las «disciplinas» sociales, aunque ha vuelto a surgir con cierta fuerza en el marco de los planteamientos post-positivistas que se han desarrollado últimamente.

En su época, Max Weber terció con fuerza en esta polémica, sugiriendo una tercera vía que daría origen a la **«sociología interpretativa»** pero que no podía satisfacer ni a los positivistas ni tampoco a los hermenéuticos más radicales. En efecto, Weber rechazaba la argumentación de Dilthey y reconocía la validez de principio del monismo metodológico, pero mantenía que, a pesar de que existieran leyes de lo social, no era posible aplicar en el ámbito de las ciencias sociales el modelo positivista de la «subsunción» de los casos particulares bajo las leyes generales. La razón de esta imposibilidad no radicaba, como pensaba Dilthey, en una diferencia fundamental entre lo social y lo natural, sino en la irreductibilidad, señalada por Herder, de las manifestaciones concretas a los modelos abstractos. La naturaleza de los procesos causales implicados en los fenómenos **concretos**, tanto en el campo de la naturaleza como en el ámbito de lo social, entraña un **principio de «incalculabilidad»** que imposibilita toda cuantificación y toda tentativa de elaborar modelos predictivos. Las ciencias de lo concreto no pueden seguir las pautas del paradigma positivista y, lejos de caracterizarse por su capacidad predictiva, los conocimientos sociales tan sólo pueden pretender elaborar esquemas de inteligibilidad que permitan comprender lo que ya ha ocurrido (Weber, 1901). Esos fenómenos concretos e históricos que son las sociedades no pueden estudiarse, por lo tanto, desde los métodos y las concepciones propios de las ciencias de la naturaleza.

Aunque Karl **Marx** compartiese algunos de los supuestos positivistas,

tales como la necesidad de separar la ciencia y la filosofía, la creencia en las leyes de la historia, o la crítica del idealismo alemán, no he querido mencionar sus aportaciones en el apartado dedicado al positivismo porque Marx pertenece, en lo esencial, y a veces a pesar suyo, al radio de influencia del historicismo alemán. Ya he comentado, a propósito de las aportaciones de otros autores, algunos aspectos de los análisis de Marx; me limitaré por lo tanto a señalar aquí la influencia decisiva que ejerció Marx para alejar las ciencias sociales del estudio de las creencias que los pueblos desarrollan acerca de ellos mismos, y centrarlas sobre el estudio de las prácticas sociales concretas y de las relaciones «reales» que se establecen entre los agentes sociales. No es, en efecto, como diría Marx, la conciencia de las personas lo que determina su existencia, sino que es su existencia social quien determina su conciencia (Marx, 1859). La historia no se explica, por lo tanto, por la acción consciente de las personas, sino por aquellos factores sociales que determinan la historia a la vez que la propia conciencia. La focalización sobre este aspecto del pensamiento de Marx conducirá, en los años sesenta, a algunos marxistas a descalificar rotundamente el interés que mostró la psicología social francesa por el estudio de las «representaciones sociales». Sin embargo, el pensamiento de Marx es mucho más matizado y también contempla el papel primordial que desempeñan las personas, y su conciencia, en la evolución de la historia social. Aunque sea en buena medida a través de las consecuencias no intencionadas de sus actos, son en definitiva los agentes sociales quienes determinan en última instancia el acontecer histórico.

No podemos cerrar este esquemático examen de las ciencias sociales en el siglo XIX sin antes mencionar la obra de Herbert **Spencer**. Creador de la expresión referida a la «supervivencia de los más aptos», que tantas veces se atribuye al propio Darwin, Spencer desarrolló una concepción organicista y evolucionista de la sociedad, fuertemente marcada por las formulaciones de Charles Darwin. La fidelidad de Spencer al individualismo metodológico propio del empiricismo inglés le condujo a ofrecer una concepción en cierta forma psicologista de la sociedad y a enmarcarse finalmente en la tradición del pensamiento liberal, abogando por el «laissez faire» y por la limitación del intervencionismo estatal frente a los intereses de los individuos. Su aportación no merecería ser destacada de forma especial si no fuera por la influencia que ejerció, como veremos más adelante, en la naciente sociología de Estados Unidos (Spencer, 1873).

Antes de ofrecer unas breves conclusiones sobre la panorámica histórica que he bosquejado hasta aquí, parece conveniente sintetizar, en un escueto cuadro sinóptico, algunos puntos de referencia para situar las ciencias sociales en el siglo XIX. Como ya he señalado anteriormente, una serie

de figuras tan importantes como por ejemplo Giddings, Herbart, James, Le Bon, Tarde y Wundt, no figuran en este cuadro debido a que se examinarán en ulteriores apartados más específicos.

Breve sinopsis del período decimonónico

- SAINT-SIMON, H. (1760-1825) 1825: *Nouveau christianisme*.
HEGEL, G.F. (1770-1831) 1806: *Fenomenología del espíritu*; 1830: *Lecciones sobre la filosofía de la historia*.
SCHLEIERMACHER, F. (1768-1834) 1804: *Hermeneutick* (editado en 1959).
COMTE, A. (1798-1857) 1830: *Cours de philosophie positive*; 1844: *Discurso sobre el espíritu positivo*.
MILLS, J.S. (1806-1873) 1864: *Utilitarianism*; 1843: *System of logic*.
DARWIN, C. (1809-1882) 1859: *The origin of species*; 1872: *Expression of the emotions*.
MARX, K. (1818-1883) 1859: *Contribución a la crítica de la economía política*; 1848: *Manifiesto comunista*; 1867: *Das kapital* (vol.1).
SPENCER, H. (1820-1903) 1873: *The study of sociology*.
DILTHEY, W. (1833-1911) 1883: *Introducción al estudio de las ciencias humanas*.
PARETO, V. (1848-1923) 1907: *L'économie et la société*; 1917: *Traité de sociologie générale*.
TÖNNIES, F. (1855-1936) 1887: *Comunidad y sociedad*.
DURKHEIM, E. (1858-1917) 1895: *Las reglas del método sociológico*.
SIMMEL, G. (1858-1918) 1908: *Sociology*.
WEBER, M. (1864-1920) 1901: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

2.4. Elementos de conclusión

Durante los tres siglos que anteceden el inicio del siglo XX, se suceden una serie de planteamientos y de confrontaciones sobre la **naturaleza de la sociedad** y sobre las **características de su conocimiento**, que están íntimamente ligados a dos grandes procesos sociales. Se trata, por una parte, de la formación de esa institución social particular que es la **Ciencia Moderna** y se trata, por otra parte, de la formación del **Estado Moderno** a lo largo del proceso de desarrollo del capitalismo y de la indus-

trialización. De nada serviría intentar encerrar los planteamientos de esa época en las coordenadas actuales de las diversas ciencias sociales. En efecto, las ideas y los análisis que se desarrollan en los siglos XVII, XVIII y principios del XIX son, **indistintamente**, filosóficos, sociológicos, históricos, o psicológicos. Ni siquiera se puede caracterizar la situación que existe durante ese período diciendo que se produce una permanente y fluida circulación de las ideas entre los diversos campos que acabamos de mencionar, pues la metáfora espacial, expresada en términos de «terrenos», «campos» y «fronteras», nos lleva a engaño. Nada de eso existe claramente hasta finales del siglo XIX, y la reflexión se presenta hasta entonces bajo una forma omnicompreensiva.

Con la emergencia de la moderna reflexión sobre lo social, se va configurando lentamente la idea de «**societas**», considerada primero como una simple agregación de individuos ligados entre sí en base a la eficacia instrumental que confiere la unión de fuerzas, y obligados únicamente por el respeto de las normas contractuales que posibilitan la convivencia colectiva.

Más tarde, se conceptualizará la «societas» como una **nación** basada en culturas, tradiciones y significados compartidos que unen a las personas más allá de la simple satisfacción de intereses comunes. Las propias exigencias de la conformación del Estado moderno (y del capitalismo) conducirán a una modificación del concepto mismo de «gobierno» y ejercerán una presión constante para que se elabore un conocimiento de lo social que sea homologable con el tipo de conocimiento propio de la ciencia moderna. El **control** de los fenómenos sociales lo exigía claramente.

A medida que se elabora el conocimiento sobre lo social, se van perfilando las grandes polémicas que agitan aún hoy en día el campo de las ciencias sociales:

- el holismo, más o menos reificador de lo social, frente al individualismo metodológico, atomizador y en cierta medida disolvente de lo social. La tensión constante entre el papel de los agentes sociales, por una parte, y la incidencia de las estructuras sociales por otra,
- el monismo metodológico, basado en el dogma de la uniformidad de la razón científica, frente a la especificidad metodológica fundamentada en las características privilegiadas del objeto social,
- el carácter legaliforme y sistémico de lo social frente a las propiedades idiográficas de las comunidades históricamente constituidas y reguladas (siguiendo la distinción establecida por Wilhelm Widelband entre lo nomotético y lo idiográfico [Widelband, 1894]).

Pero, sobre todo, se van perfilando una serie de rupturas fundamentales que marcarán profundamente las ciencias sociales del siglo XX, aca-

reando unas consecuencias que fueron, a nuestro entender, catastróficas para el conocimiento de lo social:

- la ruptura entre ciencia y filosofía,
- la ruptura de «la» ciencia social en un mosaico de disciplinas específicas y separadas, y sobre todo la institución de la historia como una disciplina exterior a las demás ciencias sociales.

La gran batalla entre la alianza empiricista/positivista franco-británica y el historicismo alemán se decantó claramente a favor de los primeros por diversas razones. Una de las más decisivas fue sin duda la **industrialización de la ciencia**. En efecto, a mediados del siglo XIX los saberes científicos comenzaron a traducirse en aplicaciones tecnológicas tremendamente productivas y tremendamente espectaculares a los ojos de la opinión pública. Hasta entonces, la industrialización había recurrido a una tecnología nacida del ingenio de los saberes prácticos más que del conocimiento proporcionado por la ciencia, pero hacia 1850 la ciencia química, concretamente la química orgánica, permitió el desarrollo de una potente industria química en torno a la producción de colorantes, anilinas, fibras, etc. Otras ciencias, como por ejemplo la electro-magnética, seguirían rápidamente los pasos de la química, convirtiendo a la ciencia en una extraordinaria fuerza productiva cuya utilidad práctica no necesitaba ser demostrada a través de grandes discursos (Manicas, 1987). La concepción positivista de la ciencia recibía así un ímpetu que barrería durante más de un siglo todas las concepciones alternativas: para controlar e intervenir eficazmente era preciso prever, y para prever, era preciso que los objetos obedecieran a regularidades cognoscibles.

La **predicción** se convertía así en la piedra de toque del saber eficaz, plenamente identificado con el saber científico. El historicismo y la «comprensión» no podían constituir sino meros entretenimientos más o menos filosóficos; la tradición alemana estaba condenada. Tanto más cuanto que se percibía, con mayor o menor claridad, que existía una cierta afinidad entre el enfoque historicista y las propuestas subversivas de Marx. Esta proximidad entre Marx y el historicismo alemán explica en parte las reticencias manifestadas por las instituciones sociales hacia el historicismo y su apoyo al positivismo, pero no deja de ser paradójico que los partidarios de unas ciencias sociales críticas y emancipadoras contribuyeran también a hacer la cama del positivismo.

La debacle historicista obedece también a factores internos. En efecto, el historicismo sostiene que toda existencia concreta tiene una naturaleza histórica y que todas las ideas y los valores humanos son históricos, es decir, en definitiva, **contingentes** a situaciones que «son lo que son» sin que presida en ello ninguna necesidad. Estas situaciones podrían perfec-

tamente haber sido distintas y no cabe duda de que cambiarán con el paso del tiempo, modificando así los valores y las ideas. Consideraciones como las que acabo de mencionar fragilizan los puntos de referencia seguros y firmes que necesita la propia «racionalidad», haciendo aparecer en el horizonte el temido espectro del **relativismo**. Mientras prevaleció una concepción **neo-platónica** de la historia, es decir, mientras se consideró, como Hegel, que la historia realizaba una idea o, como Marx, que la historia seguía una dirección, el espectro del relativismo podía mantenerse alejado. Pero a partir del momento en que el historicismo abandona esos supuestos, surge de nuevo un relativismo que muy pocos pensadores están dispuestos a asumir, porque cuestiona nada menos que la propia validez de su actividad intelectual. En estas condiciones, no debe extrañarnos que el historicismo entre en crisis y sea tachado, entre otras cosas, de auto-contradictorio.

Ya hemos visto que la consolidación de los Estados modernos demanda, a la vez, una **ciencia social** de corte positivista que proporcione herramientas para la **intervención social**, y una **investigación social** que permita conocer y controlar la situación de la sociedad en cada momento. Es difícil hoy en día pensar en un Gobierno de cualquier Estado Moderno que no disponga de servicios estadísticos, encuestas de opinión, indicadores sociales constantemente actualizados, censos fiables y estratificados de la población, etc. Esta demanda creciente de «datos» sobre la sociedad explica algunas de las características de las ciencias sociales. En efecto, la investigación social fue intensamente promovida desde múltiples instancias y no es inútil recordar aquí que ya en 1857 se creaba oficialmente en Inglaterra la «Asociación Nacional para la Promoción de la Ciencia Social», seguida treinta años más tarde por la fundación en Alemania de la «Verein für Sozialpolitik», que perseguía los mismos objetivos instrumentales.

3. LA EMERGENCIA, LA INSTITUCIONALIZACIÓN Y EL DESARROLLO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Los tres siglos de aportaciones y de debates que marcan el pensamiento moderno sobre la sociedad y el ser humano desembocan en las últimas décadas del siglo XIX en una situación donde ya es perceptible la diferenciación de temas y de enfoques que conducirá al nacimiento de las diversas disciplinas que conforman actualmente las ciencias sociales.

La psicología social es una de las disciplinas que emergen lentamente a lo largo de esas décadas, al lado de una psicología que ya tiene en ese momento más de un siglo de existencia, pero que no constituye aún el dominio reservado de los psicólogos, permaneciendo abierta, durante todo su desarrollo anterior, a las aportaciones de los multifacéticos pensadores del Siglo de las Luces y del siglo XIX.

La psicología social está también flanqueada por una sociología que, si bien tarda más que la psicología en alcanzar una individualización nítida, constituye sin embargo un foco de interés, a veces apasionado, en el prolijo universo del pensamiento social anterior al siglo XX. Es obvio que las formulaciones decimonónicas a partir de las cuales se individualizará y se desarrollará la disciplina psicosociológica no pueden ser separadas del entramado discursivo constituido por los tres siglos de historia a los que nos hemos referido. Sin embargo, comienza a configurarse en esos años un discurso propiamente psicosociológico que analizaré a continuación.

3.1. La emergencia de la psicología social en Europa a finales del siglo XIX

Ya sea porque Alemania, Inglaterra y Francia fueron realmente los lugares donde se produjo la mayor fermentación de planteamientos psicosociales, o simplemente porque se trata de los tres países europeos donde los historiadores de la psicología social han desplegado hasta ahora la mayor actividad, el resultado es en cualquier caso que esos tres países deben centrar la atención del apartado dedicado a la emergencia europea de la psicología social.

Bien es cierto que Italia desempeñará un cierto papel con las muy precoces aportaciones de Carlo **Cattaneo**, que ya disertaba en 1864 sobre «la anátesis como método de la psicología social» (Cattaneo, 1864), o con los trabajos de Scipio **Sighele**, muy próximos a los planteamientos de Gustave Le Bon sobre la conducta de las masas (Sighele, 1895), y que **P. Orano** publica en 1902 un libro que lleva el título de «Psicología social» (Orano, 1902), pero la repercusión de estas obras sobre el desarrollo ulterior de la psicología social parece haber sido escasa.

a) Inglaterra. En Inglaterra, casi todas las aportaciones que los historiadores catalogan como específicamente psicosociales se sitúan bajo la **influencia de Charles Darwin**. Así por ejemplo, Herbert Spencer, que ha sido mencionado anteriormente, se presenta como un claro difusor de las ideas darwinianas (Spencer, 1873). Según él, la socialidad se basa en determinados **instintos**, por ejemplo el instinto sexual, y, a través de la evolución de la especie, estos instintos conducen a desarrollar una serie de conductas que aseguran la supervivencia de los más aptos. Así mismo, Walter **Bagehot**, y más tarde Graham **Wallas**, desarrollan planteamientos en una línea claramente darwiniana (Bagehot, 1869; Wallas, G. 1908), ofreciendo, el primero de ellos, unas reflexiones sobre la **imitación** que anticipan sin duda las ulteriores aportaciones de Gabriel Tarde, y centrándose el segundo sobre lo que podríamos llamar la dinámica de los instintos en la existencia social. Pero será sobre todo William **McDougall** quien ejercerá mayor influencia en la psicología social a partir de esta línea darwiniana.

McDougall. Como es sabido, William McDougall presentó en 1908 un tratado de psicología social que adquirirá celebridad histórica y que suscitará numerosas controversias debido al importante uso que en él se hace del concepto de «instinto» (McDougall, 1908). Un segundo texto publicado en 1920 pasó también a la historia debido a la fuerte polémica que desencadenó el concepto de «**mentalidad grupal**» que en él se desarro-

llaba (McDougall, 1920). El impacto que estas dos obras ejercieron sobre la naciente psicología social estadounidense nos obligará a analizar más detenidamente la obra de McDougall en un ulterior apartado, pero quizá sea bueno anticipar aquí algunas consideraciones. Los dos libros de McDougall a los que acabo de referirme han pasado a la historia como dos libros independientes el uno del otro y separados entre sí por un largo intervalo. Sin embargo, es más exacto considerar que el «manual» de psicología social elaborado por McDougall constaba en realidad de **dos tomos** que se complementaban entre sí. Es erróneo, por lo tanto, presentar el «primer tomo» de 1908 como si reflejara la concepción de la psicología social que propugnaba McDougall. En efecto, al final de este libro se anunciaba ya el segundo tomo, y no fueron sino las circunstancias históricas, como por ejemplo el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, las que retrasaron interminablemente su edición (Farr, 1986). Desde estas consideraciones históricas, no cabe duda que el significado de la obra de McDougall adquiere nuevas dimensiones y de que se atenúa considerablemente el **psicologismo** que se ha atribuido a su concepción de la psicología social.

La contribución inglesa a la psicología social en los finales del siglo XIX y principios del XX tiene, como hemos visto, un sabor claramente darwiniano. Por otra parte, la tradición filosófica del empiricismo británico y de sus desarrollos utilitaristas imprimirá a la psicología social una marcada orientación **individualista**. Se configura así una psicología social enmarcada en el **individualismo metodológico** y que contribuye a situar el tema de la **imitación** social como un tema central de la disciplina.

b) Francia. En Francia, la influencia de Darwin es también notable, pero serán sobre todo otras dos fuentes de influencia las que marcarán el inicio de la reflexión psicosocial. Se trata, por una parte, de las formulaciones **positivistas** de Auguste Comte y, por otra, de las investigaciones sobre la **sugestión** y la hipnosis que enfrentaban entonces a la Escuela de Nancy, con Bernheim a su cabeza, y la Escuela de La Salpêtrière, liderada por Charcot. Para entender la situación en la que se configura la psicología social francesa, conviene añadir a estos elementos el clima de **enfrentamientos sociales** que culminó con el levantamiento de la «Commune» de París (1870). El psicólogo social canadiense Ian Lubeck (Lubeck, 1981) y la psicopsicóloga francesa Erika Apfelbaum (Apfelbaum, 1981, 1985a; Apfelbaum y Lubeck, 1982; Apfelbaum y McGuire, 1986) han reconstruido detalladamente los orígenes de la psicología social en Francia, mencionando un considerable número de autores que se encuentran vinculados a dichos orígenes. Por mi parte, me limitaré a los autores «principales», remitiendo al lector a las obras de Apfelbaum y Lubeck para mayor infor-

mación y para que pueda apreciar las cualidades de una investigación historiográfica sumamente rigurosa.

Tarde. Este autor es conocido esencialmente por su influyente formulación de las «**Leyes de la imitación**» (Tarde, 1890), sin embargo, su contribución a la psicología social es mucho más amplia. Es preciso recordar que tan tempranamente como en 1887, Tarde entrega a su editor un tratado en dos tomos titulado *La psicología social. Ensayo sobre la ciencia de la sociedad*, aunque ciertas razones de tipo comercial harán que en lugar del mencionado tratado de psicología social se publiquen dos libros separados, en los que desaparece de los títulos la referencia a la psicología social. En efecto, la primera parte del tratado, titulada las *Leyes de la imitación*, se edita en 1890, mientras que la segunda parte no sale hasta 1895 con el título de *La lógica social* (Tarde, 1895). Más adelante, en 1898, se publica un compendio de artículos escritos por Tarde bajo el título general de *Estudios de psicología social* (Tarde, 1898).

Tarde reacciona contra los planteamientos positivistas en la doble vertiente del holismo sociológico, por una parte, y del enfoque naturalista y casi fisicista de lo social, por otra. Su desacuerdo con Comte se manifestó con fuerza en el debate que mantuvo con Durkheim entre 1893 y 1905 y que culminó en 1903-1904 cuando después de impartir cada uno de ellos una lección sobre «Sociología y ciencias sociales», en la Escuela de Altos Estudios Sociales de París, se organizó un tercer debate con la presencia de ambos pensadores (Farr, 1981). Esta **oposición al positivismo** le conducirá a privilegiar una postura **individualista** y a buscar en las interacciones sociales, tales como por ejemplo la conversación y la imitación, la fuente de la dinámica social y de las estructuras sociales. Claramente psicologizante en un principio, la postura de Tarde evolucionó hacia formulaciones expresadas en términos de «**intermentalidad**» y de «**interpsicología**» que prefiguran una auténtica psicología social, tan alejada de los mecanismos psicológicos «internos» como de una determinación mecánica del individuo a partir de las instituciones sociales.

Después de la muerte de Gabriel Tarde, se publica *La opinión y las masas* (Tarde, 1901), donde queda de manifiesto, al igual que ocurre en la obra de Gustave Le Bon, tanto la influencia de las teorías de la sugestión como el temor ante los comportamientos colectivos que los acontecimientos de la «Commune de París» habían inspirado a la burguesía francesa. La obra de Tarde caerá en un olvido relativo a lo largo del siglo XX, pero el hecho de que la psicología social estadounidense ignorase por completo su concepción de la «inter-psicología», recogiendo tan sólo sus aportaciones al estudio de la imitación, constituye un dato extraordinariamente interesante y muy sintomático.

Poco tiempo después de su muerte, su hijo A. Tarde lanzaría en 1907 la que sería quizá la **primera revista** que llevó el nombre de «psicología social» en su título: *La Revue de Psychologie Sociale*, cuyo contenido fue en realidad escasamente psicosocial, tendría tan sólo una breve duración, desapareciendo en 1908, después de que se hubieran publicado 10 números.

Le Bon. Si otorgamos crédito a las palabras de Gordon W. Allport, el libro de Gustave Le Bon *La psicología de las masas* (Le Bon, 1895) es quizás

«... el libro más influyente que jamás se haya escrito en la psicología social» (Allport, 1985, p.18).

Por suerte, no parece que esa opinión sea muy acertada, pero lo que sí es cierto es que el texto de Le Bon ocupa un lugar envidiable en las historiografías de la psicología social. Sin duda, la idea de que los fenómenos psicológicos individuales se modifican en las situaciones colectivas tiene claras resonancias psicosociales y, en este sentido, el trabajo de Le Bon no puede ser ignorado en la historia de la psicología social. Pero el análisis que realiza Le Bon es más instructivo sobre la mentalidad de su época que sobre la propia «psicología» de las masas. El interés suscitado por las tesis de Charcot acerca de la sugestibilidad humana, interés que desbordó los estrictos círculos de los especialistas, alcanzando una gran parte del público culto, proporcionó a Le Bon las bases teóricas para expresar, en forma aparentemente científica, una **descalificación radical** de «las masas» y de su conducta. Ensayo eminentemente ideológico, la *Psicología de las masas* no hacía, en realidad, sino reflejar la preocupación de la burguesía francesa por las explosiones revolucionarias que acompañaban el proceso de industrialización.

Binet. Es poco habitual encontrar referencias a Alfred Binet en la literatura psicosocial. Sin embargo, su obra del año 1900 *La sugestibilidad* (Binet, 1900) es, en cierta medida, más genuinamente psicosocial que la del propio Gustave Le Bon. En efecto, Binet consigue separar el fenómeno de la sugestión de sus connotaciones patológicas, y tratarlo como un fenómeno «normal» que está presente en las relaciones interpersonales de la vida cotidiana. Anticipando las ulteriores explicaciones de la **conformidad social**, Binet elabora de esta forma las bases para un estudio sistemático de la **influencia social** recurriendo a una metodología de tipo experimental. Es curioso observar que, a finales del siglo XIX, Binet utilizaba ya un dispositivo experimental que prefiguraba con extraordinaria semejanza los estudios que llevara a cabo Solomon Asch sobre el conformismo

social medio siglo más tarde. En efecto, Binet estudiaba en situaciones de grupo los efectos que tenían las sugerencias del experimentador sobre las respuestas de niños que debían comparar la longitud de distintas líneas. Por fin, también es digno mencionar que Binet, entonces prestigioso y reconocido psicólogo, no dudó en embarcarse en la efímera aventura de la *Revue de Psychologie Sociale*, por deferencia quizás hacia la memoria de su amigo Gabriel Tarde.

c) Alemania. La emergencia de la psicología social en el área germánica (Alemania y Austria) es más compleja, más prolongada y más diversificada que en los dos países antes citados. Johan Friedrick **Herbart**, sucesor de Immanuel Kant en la cátedra de la Universidad de Königsberg, no sólo constituye una referencia clave para la psicología, sino que también mostró una sensibilidad particular hacia el fenómeno de la socialización y, más generalmente, hacia la importancia de los factores sociales, convencido, como escribió en 1825, de que:

«el hombre no es nada sin la sociedad» (Herbart, 1825).

La influencia de Herbart se hizo notar en tres líneas de planteamientos ulteriores. Una de ellas conduciría, a través de teóricos como K. Lamprecht, a una **concepción socio-psicológica de la historia**, que anticipa en cierta forma la moderna «**Historia de las mentalidades**», tan cercana a algunos de los planteamientos actuales de la psicología social. Lamprecht no dudaría en afirmar, por ejemplo, que:

«La historia moderna es, en primer lugar, una ciencia socio-psicológica» (Lamprecht, 1900).

Las otras dos líneas afectan más directamente a la psicología social, y merecen un examen más detallado. Se trata, por una parte, de la línea que pasa por Moritz Lazarus y Herman Steintal, culminando en Wilhelm Wundt y, por otra parte, de la línea que pasa por Gustav A. Lindner y Albert Schoeffe.

Lazarus y Steintal. Recogiendo el concepto de «**Völkerpsychologie**» que fue acuñado por Wilhelm von Humboldt (Lück, 1987), **Lazarus y Steintal** crearon en 1860 la famosa revista *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, que se transformaría años más tarde en una revista exclusivamente etnológica, pero que empezó su carrera con un fuerte interés por la **psicología de los pueblos**. Además de las influencias de Herbart y de Von Humboldt, estos autores encontraron en Herder una

fuentes de inspiración para desarrollar su interés tanto por el lenguaje como por las «comunidades nacionales», y recogieron de Hegel el énfasis sobre la importancia de la dimensión histórica. Su conciencia del carácter social de los seres humanos aparece claramente en estas palabras de Lazarus:

«La psicología nos enseña que los humanos son, por encima de todo, seres sociales... Nadie se ha constituido en lo que es a partir de sus propios recursos, sino como resultado de la influencia de la sociedad» (Lazarus, 1860, p.15).

Wundt. Wilhelm Wundt se inscribe también en esa múltiple herencia que proviene de Herbart, Humboldt, Herder y Hegel, pero es sensible, además, a la potente influencia de las ideas de Darwin. Figura preeminente en su época, Wilhelm Wundt recibió la visita y contribuyó a la formación de muchos de los «padres fundadores» de la psicología estadounidense. También fueron a trabajar con él, como veremos más adelante, algunos de los personajes que construirían la sociología norteamericana, así como teóricos tan relevantes para la propia psicología social como es, por ejemplo, George Herbert Mead. Le visitaron además destacados universitarios europeos como, por ejemplo, el propio Durkheim. La influencia de Wundt fue por lo tanto notable. Pero si bien se le rinde tributo como incontestable fundador de la psicología científica, se ha menospreciado, e incluso ignorado con demasiada frecuencia, su contribución específica a la psicología social a través de los diez tomos de su *Völkerpsychologie* (Wundt, 1900-1920). La razón no es otra que la que he expuesto para dar cuenta de la derrota de la tradición historicista alemana frente al positivismo que arraigó en las ciencias sociales estadounidenses. Wundt, como es bien sabido, trazó una dicotomía clara entre, por una parte, los procesos «psicológicos» que eran susceptibles de ser estudiados por una ciencia psicológica «de laboratorio» y, por otra, los fenómenos «psico-sociales» que, según él, escapaban por su propia naturaleza a un enfoque naturalista. Para Wundt, los procesos mentales superiores que intervienen en la relación del individuo con sus semejantes y que permiten el desarrollo de la vida en sociedad, no son susceptibles de un análisis experimentalista.

En efecto, estos procesos mentales participan de una naturaleza social e histórica, puesto que están íntimamente ligados al **lenguaje** y a la **cultura** de una sociedad. Entender la dimensión psico-social (término éste que no agradaba a Wundt debido a su doble raíz griega y latina) del ser humano pasa necesariamente por dilucidar ese **fenómeno mental colectivo** que es el lenguaje de un pueblo. Esta investigación no se puede llevar a cabo a partir del estudio de las conciencias individuales, sino que debe realizar-

se en base a la **historia de la colectividad** tal y como se manifiesta en sus mitos, costumbres y tradiciones. Las resonancias herderianas son claras, pero también se nota la influencia de Darwin, en la medida en que Wundt sitúa precisamente en los gestos la fuente de la constitución del lenguaje, de la misma forma en que Darwin situaba en ellos la expresión de las emociones. Más precisamente, Wundt supo situar en un contexto claramente social las observaciones que Darwin había realizado sobre las prácticas gestuales (Farr, 1980). El **anti-individualismo** de la psicología social de Wundt, su **anti-experimentalismo**, así como su **historicismo** y su énfasis sobre la importancia del **lenguaje**, constituyeron motivos más que suficientes para explicar el ostracismo que manifestó la psicología social «mainstream» hacia la obra monumental de Wilhelm Wundt.

Lindner y Schäeffle. La tercera línea influenciada por Herbart pasa, como he dicho, y según los análisis de Geck (Geck, 1929), por **Lindner** y por **Schäeffle**. El psicólogo austríaco Gustav Lindner fue en efecto el primero que utilizó, en el contexto germánico, la expresión «Sozialpsychologie», encabezando la segunda sección de su libro, publicado en 1871 con el título *Fundamentos de psicología social*, y desarrollando una serie de tópicos claramente psicosociales desde una perspectiva que definió de la siguiente forma:

«...la tarea de la psicología social consistirá en deducir y explicar, a partir de la mutua afiliación de cierto número de individuos en la sociedad, los fenómenos y las leyes de la vida afiliativa humana» (Lindner, 1871).

Por su parte, el sociólogo Albert Schäeffle dedicaría 300 páginas de su obra *Estructura y vida de los cuerpos sociales* (Schäeffle, 1875-78) a presentar unos «esbozos de psicología social» en la línea de Lindner, pero siguiendo también el organicismo de Herbert Spencer. Por su lado, el militar austríaco Gustav **Ratzenhofer** recogería en su obra de 1898 (Ratzenhofer, 1898) un capítulo intitulado «Sozialpsychologie», donde se presenta una visión de la materia que simpatiza con los planteamientos positivistas. La proximidad que presenta esta tercera línea descendiente de Herbart, con los supuestos individualistas por una parte y los positivistas por otra, no justificaba, como en el caso de Wundt, un rechazo por parte de la corriente que dominó académicamente la psicología social; sin embargo, probablemente por desconocimiento, no parece haber influido notablemente en ella.

Conclusiones

En definitiva, parece claro que, lejos de empezar con Triplett en 1898 y con los tan profusamente citados manuales de 1908, la psicología social presenta ya por esas fechas **varias décadas** de incipiente existencia en Europa. No es solamente, como dice Allport, que la psicología social tenga unas «raíces profundas» en las tradiciones del pensamiento europeo, sino que es además el propio alumbramiento de la psicología social el que se produce indudablemente en suelo europeo.

Un examen del período durante el cual emerge lentamente la psicología social hace aparecer que esta gestación se organiza en torno a **tres temas fundacionales**, y que se produce en el marco de **dos grandes paradigmas** antagónicos. Empecemos por los temas fundacionales:

a) La reproducción de la sociedad. La naciente psicología social encuentra en el fenómeno de la **imitación** uno de sus primeros objetos de estudio, por lo menos en Inglaterra y en Francia. Este interés por la imitación responde sin duda a la preocupación por dilucidar los mecanismos del **aprendizaje social** y de la socialización, o si se prefiere, los mecanismos de la **interiorización de las normas** y de los valores sociales.

Lo que ya se perfila detrás de esa preocupación es una de las grandes cuestiones con las que se encontrará confrontada la psicología social: ¿cuáles son los procesos y mecanismos que permiten la constante **reproducción de las sociedades** a través de la **actividad de cada uno de los individuos** que la integran? Las primeras respuestas de la psicología social en términos de «imitación» son sin duda simplistas, pero no debería extrañarnos que se haya comenzado precisamente por ese tipo de explicación. En efecto, la imitación constituye, en términos de conductas humanas, el análogo conceptual más inmediato del fenómeno mismo de la **reproducción** o replicación.

Ahora bien, en la medida en que la imitación surge del individuo y constituye, si se quiere, un proceso intrínseco, o auto-generado, lo que se encuentra planteado es la necesidad de descubrir cuáles son los mecanismos que lo promueven. El biologismo de la época, y quizá la influencia de Darwin, sugieren una respuesta a ese problema en términos de **instintos**. La psicología social seguirá ampliamente esa sugerencia.

Es interesante constatar que uno de los primeros temas que aborda la psicología social plantea ya el problema de la **autonomía** del sujeto, puesto que es en el propio sujeto donde radica el principio de la imitación que asegura la reproducción de la sociedad. Pero al mismo tiempo se señalan ya las constricciones **biológicas** que pesan sobre esa autonomía, puesto

que el sujeto está **determinado** a imitar en virtud de sus instintos. Desde esta perspectiva, lo social encuentra en la biología su condición de posibilidad y tan sólo interviene como tal para proporcionar los modelos y los contenidos que alimentarán la conducta imitativa. Pero esos contenidos y esos modelos se encuentran determinados ellos mismos por exigencias de orden biológico, ligadas a las condiciones de supervivencia de la especie, puesto que sólo perviven los modelos que se revelan más adecuados para esta finalidad. Pensar en términos sociales en lugar de términos biológicos exige un nivel de abstracción para el cual no parecía estar preparada la naciente psicología social.

b) La construcción social de la persona. Otro gran tema fundador de la psicología social viene a compensar en cierta medida el sesgo individualista que caracteriza al concepto de la imitación, dando cuenta de las determinaciones extrínsecas al propio sujeto. Se trata del fenómeno de la **sugestión**. En efecto, la voluntad del sujeto queda anulada por el fenómeno de la sugestión y la persona reproduce lo que «**desde fuera**» se le indica que debe reproducir.

Este segundo tema encierra otra de las grandes cuestiones que no han dejado de preocupar a la psicología social: ¿Cuáles son los mecanismos a través de los cuales las instituciones, las estructuras, o las situaciones sociales **imponen** al sujeto las formas de actuación **socialmente requeridas**, sin que el sujeto tenga necesidad de ser consciente de ello? Aquí también, la respuesta en términos de sugestión es obviamente simplista, pero la obra de Binet nos muestra que no es preciso modificar drásticamente el planteamiento de la sugestión para desembocar en temas tan genuinamente psicosociales como son los de la influencia y del conformismo. El examen de la génesis de la psicología social nos enseña que, tanto a través del fenómeno de la imitación como del de la sugestión, la preocupación por la **reproducción** de la sociedad y por la **reproducción** social de los individuos es, sin duda, primera en orden de aparición. De la misma forma que es más fácil pensar en términos de objetos biológicos que en términos de objetos sociales, también es más fácil pensar en términos de reproducción de un objeto que en términos de transformación de ese objeto. Esto otorga un mérito aún mayor a Gabriel Tarde por haber sabido vincular el fenómeno de la reproducción social con el fenómeno del **cambio social** o de la **innovación social**.

No olvidemos, en efecto, que el segundo tomo de su primera obra presentaba, bajo el título de «La lógica social», un estudio de las leyes de la **«invención social»**. No se trata aún de una toma en consideración plena del proceso de cambio social, pero la idea está ya presente.

c) **La conducta colectiva.** El tercer tema fundacional de la psicología social gira, tanto en Francia como en Italia, en torno a la **psicología de las masas**. Está claro que este tema no prefigura, lamentablemente, ninguna de las preocupaciones de la psicología social actual, a no ser que la psicología ambiental o la psicología del deporte consigan reactualizarlo. En efecto, la psicología social fue reduciendo paulatinamente la dimensión de su objeto de interés, pasando de las masas al **grupo**, del grupo a la **díada**, y de la díada a los procesos cognitivos que «transcurren» en la cabeza del **individuo**. Sin embargo, este tercer tema fundacional se revela útil para detectar dos características de la psicología social. Se trata, por una parte, de su sensibilidad ante las **demandas sociales**, más o menos implícitas, que emanan de las instancias socialmente dominantes. En efecto, el **miedo a las masas**, sentido por la burguesía europea, no es ajeno a la emergencia de la psicología de las masas como tema de investigación en la naciente psicología social. Y, por otra parte, se trata de la facilidad con la que los aspectos **ideológicos** se infiltran subrepticamente en los análisis y en los planteamientos de la disciplina, manteniendo la apariencia de cientificidad.

Después de estas reflexiones sobre los «temas fundacionales» pasemos ahora al dualismo paradigmático. En efecto, otra constatación que se puede extraer del estudio del nacimiento de la psicología social es que coexisten desde el principio dos grandes «paradigmas» que se mantendrán, aunque con una importancia muy desigual, a lo largo de la historia de la disciplina. Efectivamente, junto con los planteamientos psicologizantes, y en cierta medida, próximos al naturalismo positivista que caracterizan a los estudios sobre la imitación o la sugestión, aparecen también planteamientos más genuinamente sociales, sin ser por ello sociologizantes. Conviene citar aquí los planteamientos que formula el «segundo Tarde» en términos de **«inter-mentalidad»** y de **«inter-psicología»**, así como los que aparecen en la **psicología de los pueblos**, cuyo héroe epónimo es sin duda Wilhelm Wundt, y que se enmarcan en una concepción historicista de lo social. Tanto el planteamiento de Tarde como el de Wundt fueron masivamente ignorados por la psicología social académicamente dominante en las Universidades de Estados Unidos.

Al decir que ambos paradigmas coexistieron de forma desigual en el desarrollo posterior de la psicología, es obvio que he recurrido a un eufemismo; hubiera sido más exacto decir que una de esas dos orientaciones, a pesar de haber estado intensamente presente en el nacimiento de la psicología social, se vio literalmente truncada debido a una serie de razones que irán apareciendo a lo largo de este análisis historiográfico.

Breve sinopsis de la emergencia de la psicología social en Europa

- HERBART, J.F. (1776-1841) 1825: *Psychologie als wissenschaft*.
SPENCER, H. (1820-1903) 1873: *The study of sociology*.
STEINTAL, H. (1823-1899) 1860.
LAZARUS, M. (1824-1903) 1860: *Einleitende gedanken über Völkerpsychologie*.
BAGEHOT, W. (1826-1877) 1869: *Physics and politics*.
LINDNER, (1828-1887) 1871: *Ideen zur psychologie der gesellschaft als grundlage der socialwissenschaft*.
SCHÄEFFLE, A. (1831-1903) 1875: *Bau und leben des socialen körpers*.
WUNDT, W. (1832-1920) 1879: *Primer laboratorio de psicología en Leipzig* 1900-20: *Völkerpsychologie*.
LE BON, G. (1841-1931) 1895: *Psychologie des foules*.
RATZENHOFER, G. (1842-1904) 1898: *Die sociologische erkenntnis*.
TARDE, G. (1843-1904) 1890: *Les lois de l'imitation*.
BINET, A. (1857-1911) 1900: *La suggestibilité*.
WALLAS, G. (1859-1932) 1908: *Human nature in politics*.
SIGHELE, S. (1868-1913) 1895: *Psychologie des sectes*.
MCDOUGALL, W. (1871-1938) 1908: *Introduction to social psychology*; 1920: *La mente del grupo*.

3.2. El período «europeo» de las ciencias sociales estadounidenses, y la «americanización» de las disciplinas sociales

Las condiciones socio-históricas que presidieron la formación de Estados Unidos de América explican obviamente que sus primeras tradiciones, y que toda su cultura, proviniesen directamente de tierras europeas. Pero, si bien la lengua que se impuso en la sociedad norteamericana fue el inglés, la cultura propiamente académica, y hasta el modelo de universidad, se importaron esencialmente de Alemania.

En efecto, a partir de la creación en 1876 de la primera universidad norteamericana, la «John Hopkins University», la rápida proliferación de instituciones universitarias a lo largo y ancho de Estados Unidos se nutrió fundamentalmente de profesores formados en las entonces prestigiosas universidades alemanas, siendo esta tendencia especialmente notable en el campo de las ciencias sociales y humanas. Bien pocos de los «grandes nombres» de la ciencia social americana, es decir, de los que se consideran hoy como sus pioneros y sus «padres fundadores», resistieron a la ten-

tación de visitar durante períodos más o menos largos alguna de las universidades alemanas.

Así por ejemplo, John W. Burgess, fundador en 1880 del primer Programa de Licenciatura en Ciencias Sociales en la Escuela de Ciencias Políticas de Columbia, recibió su formación en la universidad alemana, siguiendo las enseñanzas de Johann Gustav Droysen (señalemos de paso que este primer programa universitario de ciencias sociales no ofrecería una asignatura específica de «Sociología» hasta el año 1891). El historiador y luego sociólogo Albion Small, creador en 1890 del primer Departamento de Sociología del mundo en la Universidad de Chicago, también recibió su formación en tierras germánicas. La lista de quienes cruzaron el océano para nutrirse de las ciencias alemanas incluye, entre muchos otros, figuras tan relevantes como James Mark Baldwin, James McKenn Cattell, G. Stanley Hall, William James, George Herbert Mead, William I. Thomas... Pero con independencia de que realizaran o no estancia en Europa, **todos** los universitarios americanos de finales del siglo XIX tuvieron que acudir a la producción intelectual europea para poder desarrollar posteriormente sus propias contribuciones. No se puede entender la constitución de las ciencias sociales en Estados Unidos sin tener presente este hecho histórico fundamental.

El pensamiento de Wundt, de Dilthey, de Spencer, de Comte, de Darwin, de Tarde, de Durkheim, marcó fuertemente una ciencia social norteamericana naciente que adoptaría en un primer momento los grandes postulados del modelo alemán: **holismo** frente al individualismo metodológico, **historicismo** frente a la consideración de la sociedad como «sistema», **unidad de la ciencia social** frente al desmembramiento disciplinario.

Herbert Spencer, y Darwin a través de él, influenciarían notablemente a Franklin H. Giddings, de la Universidad de Columbia, a William G. Sumner, afincado en Yale, y a Lester F. Ward, de la Universidad de Brown, por citar algunos de los nombres más prominentes de la época. Giddings incluiría en su manual de sociología de 1896 un capítulo dedicado específicamente a la psicología social y, junto con las tesis spencerianas difundiría también en Estados Unidos las aportaciones de su amigo Gabriel Tarde (Giddings, 1896).

Sumner llevaría las tesis de Spencer hacia una postura radicalmente determinista, excluyendo cualquier incidencia de la voluntad humana en el desarrollo de la sociedad, mientras que Ward complementaría la aportación de Spencer con las tesis de Comte contribuyendo a orientar la sociología hacia planteamientos positivistas (Ward, 1883).

Wilhelm Wundt, y aquí también Darwin a través de él, impactaría con fuerza en algunos de los miembros más notables de la «Escuela de Chi-

ago», tales como George Herbert **Mead**, sobre quien volveremos más adelante, o William I. **Thomas**, cuyo concepto de «actitud» presenta evidentes afinidades con el concepto wundtiano de espíritu colectivo, o de conciencia colectiva, y que estuvo con Wundt en los años 1907-1908.

Gabriel Tarde ejercería por su parte una clara influencia sobre James M. **Baldwin**, de la Universidad de Princeton, sobre Edward E. **Ross** en Winsconsin y sobre Charles A. **Ellwood**, en Chicago. Baldwin se inspiraría ampliamente en *Las leyes de la imitación* y la similitud de sus planteamientos con los de Tarde le acarrearía incluso alguna sospecha de plagio formulada por los amigos de Tarde.

Baldwin ejercería a su vez cierta influencia sobre Charles Ellwood, quien centraría parte de su Tesis Doctoral sobre las aportaciones de Tarde (Ellwood, 1901), e incluso sobre Charles Holton **Cooley** (señalemos de paso que la revista fundada en 1894 por Baldwin, la *Psychological Review*, incluiría de entrada una sección de comentarios titulada «Psicología Social»). Ross, por su parte, también reflejaría extensamente la obra de Tarde en su famoso manual de 1908.

Conviene añadir a este conjunto de influencias europeas la influencia de lo que constituye quizás el único sistema filosófico genuinamente norteamericano, es decir el **Pragmatismo** de William **James**, John **Dewey** y Charles Sanders **Pierce**. Esta corriente filosófica influiría sobre todo en los investigadores de la Universidad de Chicago, en la cual estaba John Dewey, y en donde George Herbert Mead contribuiría no sólo a difundirla, sino también a enriquecer sus planteamientos.

Chicago. La conjunción que se dio en Chicago de varias corrientes de pensamiento europeo y de la original formulación pragmatista creó un clima de creatividad intelectual que perduraría durante varias décadas asegurando el dominio de la Escuela de Chicago sobre el conjunto de la Sociología americana hasta la década de los treinta, momento en que empezó a tomar el relevo el funcionalismo estructural de Harvard y Columbia (Deutscher, 1984). Curiosamente, la corriente que sucedería a la hegemonía de Chicago, y que mantendría su predominio hasta finales de los sesenta, también se fraguó en un ambiente «pluri-disciplinar» propiciado por la creación del «**Departamento de relaciones sociales**» en Harvard.

Volviendo a los años que giran en torno al cambio de siglo, encontramos en Chicago un importante grupo de investigadores que, entre otras actividades, se dedican a formular las bases conceptuales de una «Psicología social». Algunos están en distintos departamentos de la propia Universidad de Chicago, como Dewey, Ellwood, Mead, Park, Small o Thomas; otros pertenecen a otras universidades, como Cooley, que enseña en Michigan, o Ross, que está en Wisconsin, pero todos ellos comparten una

misma preocupación por entender la manera en que la **naturaleza social** de los individuos les permite crear a su vez la sociedad. Los fenómenos que parecen necesitar el mayor esfuerzo de dilucidación desde esta perspectiva giran en torno al **«Self»** y especialmente al concepto de **«Social self»**, para los cuales tenemos, según los matices que se quieran enfatizar, las palabras «yo», «sí-mismo», «identidad», «identidad social», etc. También preocupa en primerísima instancia el concepto de «construcción social de la realidad» que hace referencia en la perspectiva de Chicago a la elaboración de los significados sociales y al desarrollo de las interacciones sociales que engendran la realidad social. Se puede afirmar que la psicología social de Chicago consiste en una psicología social para la cual tanto el individuo como la sociedad constituyen **meras abstracciones** y no dejan de serlo hasta que se funden en una entidad **indisociable**:

«un individuo aislado es una abstracción de la que no tenemos ninguna experiencia, y esto mismo ocurre con la sociedad cuando la contemplamos independientemente de los individuos» (Cooley, 1902, p. 1).

George Herbert Mead. Dentro del contexto de Chicago, el itinerario de George Herbert Mead merece especial atención por la importante repercusión que tendrá su obra en la psicología social, o más precisamente, en una de las corrientes de la psicología social, puesto que, como dice Anselm Strauss:

«Mead se transformó en el psicólogo social de los sociólogos» (Strauss, 1956, p. 11 de la edición revisada de 1977).

George Herbert Mead conoció de primera mano la naciente filosofía pragmatista, puesto que estudió con Josiah Royce en Harvard y vivió en casa de William James (Miller, 1982), pero en el año 1888 decidió, como tantos otros universitarios norteamericanos, trasladarse a Alemania para completar su formación (William James ya había efectuado esta peregrinación a Alemania en el año 1867). Allí tuvo la oportunidad de estudiar con Wundt y de iniciar una tesis con Dilthey, volviendo a Estados Unidos en 1891. Tres años más tarde se integraría en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Chicago, a petición de John Dewey, e iniciaría sus **cursos de psicología social** hacia 1900 o 1901 siendo, sin duda alguna, pionero en la docencia específica de esta nueva materia. Tras su inesperada muerte en 1931, Herbert Blumer le sustituyó en sus clases, acuñando en 1937 la expresión **«interaccionismo simbólico»** para deno-

minar la psicología social de George Herbert Mead (Blumer, 1969). Muy parco en publicaciones durante su vida (no escribió ni un solo libro), Mead supo suscitar el interés de sus alumnos, que publicaron en 1934 los apuntes de sus cursos (Mead, 1934). La encomiable labor de estos alumnos permitió difundir un pensamiento que pocos sociólogos y psico-sociólogos conocían hasta entonces (Ellworth Farris fue uno de los pocos que intentó dar a conocer los análisis de Mead entre los sociólogos), pero que no tardaría en imponerse como un pensamiento clave para la psicología social.

Ya hemos visto que Wundt se había inspirado en Darwin en dos aspectos esenciales. El primero consistía en elaborar una suerte de **historia natural** de la humanidad, que permitiese dar cuenta del **proceso evolutivo** que, partiendo de las formas más remotas de las agrupaciones humanas, desembocó en las características que conforman la **psicología de los pueblos**. El segundo consistía en enmarcar la función de los **gestos** en una perspectiva claramente social. La importancia cardinal que revestía el **lenguaje** para hacer posible la evolución desde los gestos primitivos desembocaba en la compleja y rica psicología de los pueblos, se impuso rápidamente a Wundt. George Herbert Mead coincidió plenamente con la lectura wundtiana de Darwin y, convencido él también de que el lenguaje era la llave de la psicología social, emprendió la elaboración de una historia natural de la **emergencia de la mente** y de la **auto-conciencia** en la especie humana. Este trabajo le condujo a la conclusión de que el pensamiento constituía una actividad de naturaleza fundamentalmente social, así como al descubrimiento de los procesos por los cuales el «Self» y la mente **emergen** en el propio transcurso de la **interacción social**. El libro que influyó decisivamente en Wundt y en Mead, o en Mead a través de Wundt, fue el que Darwin publicó en 1872 bajo el título de *La expresión de las emociones* (Darwin, 1872). En esta obra, Darwin analizaba por ejemplo el fenómeno de la timidez como consecuencia de la consciencia de sí mismo ante la presencia de los demás. Mead desarrolló esta idea en los términos más generales de consciencia de **sí mismo como objeto para los demás**, aportando así un elemento clave para el entendimiento de la constitución del ser social. Así mismo, Mead elaboró con gran profundidad la relación que une los gestos con el lenguaje, situando los gestos como los **objetos simbólicos** en base a los cuales se establecen los primeros **significados compartidos**. Giambattista Vico había formulado ya un planteamiento muy similar cuando ubicó en las reacciones corporales que los primeros hombres manifestaban en común ante ciertos acontecimientos naturales (truenos, etc.) el lugar desde donde brotaron los primeros significados compartidos. Darwin y Wundt (y, por supuesto, también James y Dewey) constituyen por lo tanto referencias clave para entender el pensamiento

de Mead. Quizá fuesen las resonancias darwinianas del manual de McDougall las que hicieron que Mead decantara sus preferencias por este manual frente al de Ross en una revisión crítica de ambos que publicó en 1909 —una de las pocas publicaciones que realizó en vida— (Mead, 1909). Es bien sabido que Mead se autodefinía como **«conductista social»** y que esta apelación ha suscitado cierta perplejidad y ha alimentado una polémica contra la lectura «simbolista» de Mead difundida por Blumer, propiciando incluso algunas tentativas de recuperar la obra de Mead desde una perspectiva menos «simbólica» y más «conductista» (McPhail y Reratt, 1979). A pesar de su autodefinición como conductista social, explicable entre otras cosas por la importancia que Mead concedía a las manifestaciones gestuales, lo cierto es que Mead siempre fue reacio al conductismo tal y como lo planteaba Watson, y que pese a sus simpatías darwinistas, siempre tendió, contra Watson, a acentuar la diferencia radical entre el ser humano por una parte y los animales por otra, en base precisamente a la reflexividad y a la importancia del lenguaje (Harré y Lamb 1986).

A través de esta rapidísima semblanza de Mead y de algunos aspectos de su obra, así como a través de este breve sobrevuelo del período fundacional de la ciencia social estadounidense, se desgajan algunas características importantes. En sus primeros años, la ciencia social norteamericana está íntimamente vinculada a los planteamientos de la ciencia social europea, y en especial a los análisis realizados por la ciencia social alemana, tan criticada por los seguidores de las doctrinas empírico-positivistas de Francia y de Inglaterra. En efecto, salvo raras excepciones, como la de Summer, los americanos aceptaban que la ciencia social debía tener una dimensión histórica intrínseca.

Sin embargo, pocas décadas después del inicio del siglo XX, la situación era drásticamente distinta y se presentaba ya con características casi idénticas a las que imperan en nuestros días. Los lazos con el pensamiento europeo se habían roto y la mayoría de los investigadores en ciencias sociales ignoraban absolutamente lo que se hacía fuera de Estados Unidos. El positivismo campaba por sus anchas en todas las ciencias sociales, cuidadosamente compartimentadas en una serie de disciplinas fuertemente incomunicadas entre sí. La historia, lejos de constituir una dimensión presente en cualquier investigación social, formaba una disciplina separada, y los viajes para completar la formación de los universitarios se hacían ahora desde Europa hacia Estados Unidos:

«... debido a razones históricas particulares, las prácticas que hoy en día nos son familiares y las divisiones disciplinarias de las ciencias humanas se constituyeron en los 20 o 30 años que

rodean el inicio del siglo XX, y mantengo que esto ocurrió en los Estados Unidos» (Manicas, 1987, p. 5).

En efecto, a mediados de los años 20, la **americanización** de las ciencias sociales se ha consumado prácticamente. Los departamentos universitarios presentan la forma que les conocemos hoy, respondiendo a la creencia de que la **especialización** a ultranza es la mejor condición para incrementar la **productividad** de una ciencia social esencialmente **ahistórica** enfocada a producir conocimientos **predictivos**, los únicos que, al parecer, presentan una **utilidad** real.

3.3. Emergencia de la psicología social en Estados Unidos (1900-1935)

Después de que Le Bon, Lindner, Spencer, Tarde, Wundt y algunos más hubieran perfilado en Europa las bases de una psicología social con unas características ciertamente polimorfas, y mientras Cooley, Ellwood, Mead, Thomas y otros elaboraban una psicología social centrada sobre la formación del ser social y sobre la construcción de la realidad social, cuya expresión más acabada desembocaría en el llamado «interaccionismo simbólico», se fueron perfilando en Estados Unidos los fundamentos de **otra** psicología social que se impondría con el tiempo como **la forma dominante de la disciplina**. Esta operación se apoyó esencialmente en la disciplina psicológica y tuvo en Floyd Henry **Allport** uno de sus artífices más eficientes.

Desde sus comienzos, esta psicología social se mostró reticente ante aquellos planteamientos demasiado generales que pretendían explicar la génesis del «self», la constitución social de la mente, o la regulación del orden social, y se centró decididamente en el estudio empírico de ciertos mecanismos psicosociales, mucho más limitados, pero que presentaban la ventaja de que podían ser estudiados desde unos procedimientos cercanos a los que utilizaban las ciencias naturales, prescindiendo, por supuesto, de toda perspectiva historicista. Se trataba, claro está, de una **opción metodológica** entrelazada indisolublemente con **opciones epistemológicas**. El conocimiento que debía proporcionar la psicología social era un conocimiento que debía ser **homologable** con el conocimiento producido por las ciencias naturales y que debía apoyarse sobre lo que por aquel entonces se suponía que eran los fundamentos epistemológicos y metodológicos de dicho conocimiento científico, es decir, la filosofía positivista de la ciencia. Se trataba, por lo tanto, de producir **datos** acerca de fenómenos abordables desde el **Método Científico** y de descubrir a

partir de ahí **las leyes** a las que obedecían esos fenómenos, posibilitando de esta forma la constitución de un conocimiento **predictivo**. Esta opción implicaba necesariamente que se excluyeran del campo de la psicología social aquellos fenómenos que no se prestaban a un tratamiento acorde con las exigencias positivistas y que se redujera drástica y deliberadamente la **complejidad** de los objetos psicosociales. Se abrió así el camino que conduciría al estudio de mecanismos cada vez más **elementales** y cada vez más circunscritos a la esfera del **individuo** por contraposición al campo de los procesos colectivos.

A partir de estos supuestos, no es de extrañar que el primer tema sustantivo que ocuparía la atención de la nascente psicología social fuese el de la **facilitación social**, inaugurado en su formulación **experimentalista** por las investigaciones del entonces estudiante Norman Triplett en la Universidad de Chicago (Triplett, 1898). Este tema, que ocuparía el centro de la psicología social durante las tres primeras décadas del siglo (Dashiell, 1930; Gates, 1924; Husband, 1931; Travis, 1925), se encontraba además en consonancia con una característica de la psicología social que ya ha sido mencionada anteriormente, y que consiste en la sensibilidad de la disciplina ante las **demandas sociales** más o menos explicitadas. Sin duda, los factores que intervenían en la **productividad**, o en el rendimiento, de los agentes sociales, constituían por aquel entonces una preocupación sumamente «relevante» desde las exigencias del sistema industrial, de la misma forma que en la década de los ochenta las nuevas tecnologías, y especialmente las tecnologías de la información, fomentan el interés de los psicólogos por los «errores» que cometen los sujetos en sus procedimientos de tratamiento de la información, abriendo paso al auge de la psicología social cognitivista.

Floïd Henri Allport contribuyó notablemente a fomentar las investigaciones sobre la facilitación social, al mismo tiempo que abogaba por una restricción de la psicología social al ámbito de las conductas individuales:

«No hay psicología de los grupos que no sea esencial y totalmente una psicología de los individuos. La psicología social no puede presentarse en contradistinción (sic) con la psicología de los individuos; **es una parte de la psicología de los individuos**, cuyo comportamiento estudia en relación a ese sector de su entorno que está formado por sus semejantes» (Allport, 1924, p. 4).

La publicación en 1920 del texto de McDougall, que se editó con el título **La mente del grupo**, después de que el autor descartara titularlo

«La psicología colectiva» como había pensado hacerlo en un primer momento (Farr, 1986), brindó a Allport una inmejorable oportunidad para denunciar vehementemente la **«falacia grupal»**. Le fue fácil presentarla como una construcción netamente metafísica, argumentando que no existe nada en nuestra experiencia que pueda parecerse a una entidad grupal, y mucho menos a una mente extra-individual. Sin duda conviene precisar que McDougall nunca habló de una «consciencia grupal», y que tuvo mucho cuidado en precisar que la consciencia era una propiedad que sólo se podía atribuir lógicamente a los individuos, pero quizás el descrédito que ya rodeaba a McDougall por su defensa de los «instintos» como factor explicativo de las conductas sociales (McDougall, 1908), ayudó a que Allport venciera con facilidad en su ataque conductista contra McDougall. Lo que estaba en juego en la polémica, más que la cuestión puntual de una hipotética mentalidad de grupo, era la cuestión de si la psicología social debía ser una **ciencia de los procesos colectivos**, al estilo de Wundt, o por el contrario una **ciencia de los factores sociales que inciden sobre el individuo**. George Herbert Mead formularía claramente la cuestión, terciando por supuesto en contra del reduccionismo individualista:

«En psicología social no construimos el concepto del grupo social en términos del comportamiento de los individuos separados que lo componen, por el contrario, partimos de una determinada totalidad constituida por una actividad grupal compleja, en cuyo seno analizamos (en tanto que elementos) la conducta de cada individuo separado que la compone» (Mead, 1934, p. 7).

Lo que estaba en juego, de forma más general, era una determinada concepción del tipo de relación que se establece entre **el todo** y **sus partes** y de cuál era el nivel de análisis más adecuado. Se trata de una vieja polémica entre elementarismo y holismo que sobrepasa el ámbito de la psicología social pero que subyace en las controversias que decidieron sobre su conformación disciplinar. Merece la pena señalar aquí que Allport matizaría considerablemente su postura bastantes años más tarde, cuando ya se había retirado de la vida activa en psicología social (Steiner, 1986):

«... cualquier “entidad” o “cosa”, en cualquier nivel que la consideremos, siempre parece desmembrarse en una colección cuando bajamos de nivel» (Allport, 1961, p. 27).

Y Allport concluía, según comenta Ivan Steiner, que:

«... las objeciones que había planteado contra el hecho de considerar a los grupos como entidades podían aplicarse con idéntica validez contra las entidades individuales y hasta contra los átomos. La totalidad era, a su entender, una consecuencia de la mutua interdependencia de las partes actuantes, y era el equipo y no el jugador individual quien marcaba los goles.» (Steiner, 1986, p. 257).

De cualquier forma, las tesis del primer Allport se impusieron claramente, desembocando en:

«la individualización de lo social y la desocialización del individuo» (Grauman, 1986, p. 27).

Durante los años veinte, otro tema sustantivo fue apareciendo en el campo de la psicología social, al lado de la facilitación social y del rendimiento de los grupos. Se trataba del tema de las **actitudes**, que pronto se convertiría en casi coextensivo con la propia definición de la psicología social. La Universidad de Chicago fue especialmente activa en la construcción de este concepto y en su instrumentalización empírica, destacando la labor de William I. **Thomas** y Florian **Znaniecki** quienes presentaron entre 1918 y 1920 un minucioso estudio sobre las actitudes de los campesinos polacos en Europa y en Estados Unidos. Pocos años más tarde, un antiguo alumno de Chicago, Emory S. **Bogardus**, entonces profesor en la Universidad de California Sur, diseñó un procedimiento para medir la «distancia social» y obtener así un indicador de las actitudes hacia diversos grupos étnicos o sociales (Bogardus, 1925). Pero la consolidación definitiva del concepto de actitud en el seno de la psicología social se debe a las investigaciones realizadas por Louis Leon **Thurstone**, también de Chicago, que desembocaron en un procedimiento escalar para medir específicamente el constructo actitudinal (Thurstone, 1928; Thurstone y Chave, 1929). Más tarde, Rensis **Likert**, alumno de Gardner Murphy en la Universidad de Columbia, desarrollaría en su tesis doctoral un procedimiento mucho más manejable para efectuar esas mediciones (Likert, 1932).

La psicología social empezaba a configurarse así como una disciplina en todo el sentido de la palabra, con libros de texto o manuales, temas sustantivos que le eran específicos, tales como la facilitación social o las actitudes, instrumentos de investigación que también le eran propios, como las escalas de actitud, declaraciones programáticas, como la formulada por Floïd Allport, resultados empíricos obtenidos en el laboratorio o por medio de procedimientos de campo estandarizados... La psicología social dis-

pondría incluso, si no de una revista académica propia, sí de parte de una revista, puesto que Morton Prince decidió en 1921 transformar el *Journal of Abnormal Psychology* en el *Journal of Abnormal and Social Psychology*, captando a Floïd H. Allport como co-director de la revista. Unos años más tarde, Carl Murchison y John Dewey fundarían en 1930 la primera revista específicamente psicosocial de Estados Unidos, titulada *Journal of Social Psychology*.

En 1931 empezaría a funcionar en la Universidad de Yale el «**Instituto de Relaciones Humanas**», al cual su promotor, James Rowland Angell, asignó el cometido de investigar: «el problema básico de la naturaleza humana y del **orden social**». En un clima dominado por la figura de Clark Hull y de Kenneth W. Spence, el Instituto de Relaciones Humanas de Yale pronto comenzaría a producir una importante serie de resultados psicocitológicos de la mano de John **Dollard**, Neal E. **Miller**, y más tarde Carl I. **Hovland**.

El arsenal metodológico de la psicología social se enriquecería en los años treinta con nuevos instrumentos para medir las relaciones sociales en el seno de los pequeños grupos. En efecto, Jacob L. **Moreno**, que había emigrado desde Viena a Estados Unidos en 1925, ofrecería en 1934 sus **tests sociométricos** para evaluar las relaciones interpersonales en los pequeños grupos naturales (Moreno, 1934).

Paralelamente, se desarrollaba en Harvard un estudio en colaboración con la «Western Electric Company» de Chicago, para valorar los factores que incidían en la productividad, en la motivación y en la satisfacción de los trabajadores. Esta investigación, desarrollada en la factoría de Hawthorne a partir de 1927, y conducida por Elton **Mayo**, Thomas North Whitehead y Fritz J. Raethlisberger, contribuiría notablemente a asentar la idea de que la psicología social podía proporcionar resultados **socialmente beneficiosos** (Mayo, 1933).

Gardner **Murphy** también contribuiría, por su parte, a institucionalizar la psicología social desde su Universidad de Columbia, editando el primer manual de psicología social experimental (Murphy y Murphy, 1931), impulsando las investigaciones de alumnos que alcanzarían posteriormente una fama tan notable como la que alcanzaron Muzafer Sherif o Rensis Likert, promoviendo, junto con David Krech, una asociación de psicólogos sociales, «**The Society for Psychological Study of Social Issues**», que iniciaría su constitución en 1936 y de la que Murphy sería presidente en 1938, y por fin, editando en 1937 la revista *Sociometry. A Journal of Interpersonal Relations*, dirigida por Moreno.

Fue precisamente en Columbia, la universidad de Murphy, donde se desarrolló durante los años veinte, bajo la influencia de Franz Boas, una

antropología cultural que plantearía la problemática de las relaciones entre cultura y personalidad de una manera bastante afín a las preocupaciones de la psicología social. Las obras de Margareth Mead, Ruth Benedict, Ralph Linton y Abraham Kardiner no dejarían insensibles a los psicólogos sociales, e incluso influenciarían profundamente los planteamientos de algunos de ellos, como por ejemplo Otto Klineberg (Mead, 1928; Benedict, 1934; Kardiner, 1939; Klineberg, 1940; Linton, 1945).

Este período concluye con la publicación del primer **Handbook** de psicología social, editado por Carl Murchison en 1935. En efecto, esa obra presenta unas características que pocos años después se habrán vuelto inaceptables para el «establishment» de la psicología social académicamente dominante, indicando claramente que la psicología social había entrado en una nueva época. De inconfundible resonancia wundtiana, el manual de Murchison tan sólo incluye, entre sus 23 capítulos, un texto que presenta una fuerte orientación experimentalista, el de J. F. Dashiell sobre la «facilitación social». Bien es verdad que también incluye un capítulo sobre las actitudes, redactado por Gordon W. Allport, pero en ese capítulo se inicia ya el **giro individualista** que, arrancando las actitudes del **anclaje social** establecido por Thomas y Znaniecki, las transformó en un constructo puramente individual. La comparación del Handbook de Murchison con el que presentarían Gardner Lindzey y Elliot Aronson en 1954, muestra claramente las transformaciones radicales que sufrió la psicología social durante las dos décadas transcurridas entre ambas publicaciones.

Durante el período que se extiende desde principios de siglo hasta mediados de los años treinta, los rasgos que definirán la psicología social se van conformando lentamente en Estados Unidos, dentro de un ambiente de controversias programáticas marcadas por una pluralidad de orientaciones igualmente influyentes. No existe durante esa época un claro predominio del método experimental, como metodología privilegiada para la investigación psicosocial, ni tampoco una supremacía incuestionable del enfoque individualista. La verdad es que tampoco en esos años existe un reconocimiento institucional-académico de la psicología social que avale la utilidad y la necesidad de la disciplina. De hecho, los esfuerzos por asentar la disciplina psicosocial se concentran en unas pocas universidades, tales como Chicago, Columbia, Harvard y la Universidad de Syracuse, donde se encuentra Floyd Allport. Sin embargo, a mediados de los años treinta, la disciplina ya ha perfilado prácticamente su especificidad sustantiva y su bagaje instrumental propio, centrándose en el fenómeno de las actitudes como objeto cuasi definitorio de su campo de investigación específico. Pero, sobre todo, ya se han empezado a perfilar durante ese período formativo las pautas dominantes que marcarán el desarrollo ulterior de la psicología

social, convirtiéndola en una **disciplina de corte empírico-positivista enmarcada en un fuerte reduccionismo individualista y psicologista**.

Obviamente, son muchos los factores que contribuyeron a encauzar la psicología social hacia el positivismo y el individualismo; algunos de estos factores son de orden «externo», como por ejemplo el **individualismo** predominante en la ideología socio-política norteamericana (Sampson, 1977), el **cientifismo** impuesto a la investigación universitaria por la demanda de un saber **predictivo**, «socialmente» útil, o los criterios empiricistas establecidos para otorgar la respetabilidad disciplinar. Otros factores son de índole «interno», como por ejemplo la mayor facilidad con la que se pueden producir datos, justificando así la propia «productividad» científica del investigador, si se recurre a la experimentación de laboratorio y se trabaja sobre fenómenos individuales como unidad de análisis. Pero, con todo, no conviene subestimar el papel que desempeñaron determinados investigadores para proporcionar las justificaciones teóricas que legitimaron la nueva singladura de la disciplina. Los hermanos Allport tuvieron en este aspecto una intervención capital:

«Bajo la influencia de F. H. Allport y de su hermano G. W. Allport, la psicología social en América dejó pronto de ser genuinamente social y se centró en el comportamiento de los individuos» (Farr, 1986, p. 93).

Breve sinopsis del período «europeo» de la ciencia social norteamericana y de la fase de emergencia de la psicología social en Estados Unidos hasta 1935

- 1883 - Ward, L. F. (1841-1913): *Dynamic sociology*.
- 1890 - James, W. (1842-1910): *Principles of psychology*.
- 1894 - Small, A. W. (1854-1926): *Introduction to the study of society*.
- 1896 - Giddings, F. H. (1855-1931): *The principles of sociology*.
- 1897 - Baldwin, J. M. (1861-1934): *Social and ethical interpretations in mental development: a study in social psychology*.
- 1897 - Triplett, N.: *The dynamogenic factors in pacemaking and competition*.
- 1899 - Veblen, T. (1857-1930): *The theory of the leisure class*.
- 1901 - Ellwood, C. A. (1837-1946): *Some prolegomena to social psychology*.
- 1902 - Cooley, C. H. (1864-1929): *Human nature and the social order*.
- 1904 - Thomas, W. I. (1863-1947): *The province of social psychology*.

- 1906 - Summer, W. G.: *Folkways*.
1908 - Ross, E. A. (1866-1951): *Social psychology: an outline and a sourcebook*.
1908 - McDougall, W. (1871-1938): *Introduction to social psychology*.
1918 - Bogardus, E. S.: *Essentials of social psychology*.
1918 - Thomas, W. I.; Znaniecki, F.: *The polish peasant in Europe and America*.
1920 - McDougall, W. (1871-1938): *The group mind*.
1921 - Burgess, E. W. (1886-); Park, R. E. (1864-1944): *Introduction to the science of sociology*.
1922 - Dewey, J. (1859-1925): *Human nature and conduct. An introduction to social psychology*.
1924 - Allport, F. H.: *Social psychology*.
1925 - Bogardus: *Measuring social distance*.
1925 - Znaniecki, F.: *The laws of social psychology*.
1928 - Mead, M.: *Coming of age in Samoa*.
1929 - Thurstone, L. L.; Chave: *The measurement of attitudes*.
1931 - Murphy, G.; Murphy, L. B.: *Experimental social psychology*.
1932 - Likert, R.: *A technique for measurement of attitudes*.
1933 - Mayo, E.: *The human problems of an individual civilization*.
1934 - Benedict, R.: *Patterns of culture*.
1934 - Mead, G. H. (1836-1931): *Mind, self, and society*.
1934 - Moreno, J. L.: *Who shall survive?*
1935 - Murchinson, C.: *Handbook of social psychology*.
1937 - Faris, E. (1874-): *The human nature and other essays in social psychology*.

3.4. La consolidación de la psicología social en Estados Unidos (1935-1955)

Curiosamente, Europa que, como hemos visto, ya había desempeñado un papel de primer orden en la formación de las ciencias sociales norteamericanas a finales del siglo XIX, volvería a incidir sobre éstas, y especialmente sobre la psicología social, por una serie de razones muy distintas a las que habían motivado su primera influencia. En efecto, fueron esta vez una serie de **factores socio-políticos** europeos quienes repercutieron de forma decisiva sobre el desarrollo de las ciencias sociales norteamericanas. El auge del nacionalsocialismo en Alemania provocó, como es sabido, una importante fuga de cerebros hacia norteamérica, y acabaría im-

plicando a los propios Estados Unidos en una guerra que dejaría huella en la conformación de la psicología social.

El importante contingente de filósofos, sociólogos y psicólogos que la barbarie nazi empujó hacia Estados Unidos contaba entre sus filas a investigadores tan notables como: Paul Lazarsfeld, Egon Brunswich, Fritz Heider y Alfred Schütz, todos ellos provenientes de Austria, y desde Alemania: Theodor Adorno, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Eric Fromm, Kurt Koffka, Wolfgang Köhler, Max Wertheimer y Kurt Lewin. La presencia entre ellos de las máximas figuras de la **psicología de la Gestalt** revitalizaría esta corriente en Estados Unidos y contribuiría a sentar las bases de un futuro **giro cognitivista** en el seno de la psicología social. Por otra parte, el esfuerzo de guerra norteamericano contribuyó notablemente a la **institucionalización** de la disciplina, como veremos después de efectuar un breve repaso a la situación de la psicología social en los años que antecedieron inmediatamente a la entrada en guerra de Estados Unidos.

Durante la segunda mitad de los años treinta, la psicología social se enriqueció con la aparición de nuevos temas de investigación, como por ejemplo el tema de los «niveles de aspiración» o de la «dinámica grupal», pero, sobre todo, se asistió a una generalización del empleo del método experimental, circunscrito hasta entonces, salvo escasas excepciones, al estudio de la «facilitación social». Así por ejemplo, se publican en 1936 los resultados de las investigaciones que realizó Muzafer **Sherif** mientras estudiaba en Columbia con Gardner Murphy (Sherif, 1936), siguiendo una línea inaugurada por los trabajos de H. T. Moore (Moore, 1921). Con su ingeniosa operacionalización de la ambigüedad situacional, Sherif mostró que se podía estudiar experimentalmente un fenómeno aparentemente tan complejo como la **formación de las normas sociales**, abriendo así una fructífera línea de investigación sobre **la presión uniformadora del grupo** y sobre **la conformidad social**. Esta línea dio paso, un poco más tarde, a los notorios experimentos de Solomon Asch, y se ha prolongado en nuestros días con los trabajos sobre influencia minoritaria.

Kurt Lewin y sus colaboradores de la Universidad de Iowa sumaron sus esfuerzos a la **legitimización del método experimental** en psicología social, investigando diversos «**climas sociales**» creados artificialmente en pequeños grupos (Lewin y Lippitt, 1938; Lewin, Lippitt y White, 1939). Simultáneamente, Lewin fue publicando, a partir de 1935, una serie de textos que proveyeron a la psicología social con un nuevo marco meta-teórico de claras resonancias gestaltistas (Lewin, 1935, 1936, 1938). El experimentalismo recibió un impulso suplementario, esta vez desde unas posturas próximas al neo-conductismo hulliano, cuando desde el «Institute of Human Relations» de Yale se publicó la teoría de la **frustración-agresión**

(Dollard, Doob, Miller y otros 1939), pronto seguida de la formulación de una teoría del **aprendizaje social** centrada en los procesos de imitación (Miller y Dollard, 1941). Exceptuando, claro está, a los «culturalistas» de Columbia, tan sólo permanecieron al margen de la creciente ola de experimentalismo los discípulos de Mead en Chicago, donde Blumer institucionalizó en 1937, dándole nombre, la corriente del «interaccionismo simbólico» (Blumer, 1937).

Entrando ya en los años de la Segunda Guerra Mundial, cabe señalar algunas contribuciones notables a la psicología social, como la de H. H. Hyman, quien elabora el concepto de «**grupo de referencia**» (Hyman, 1942), la investigación de William F. Whyte sobre las **bandas juveniles** (Whyte, 1943), el famoso **estudio «Bennington»** de Theodor Newcomb sobre la formación de las actitudes en una residencia de estudiantes (Newcomb, 1943). Sin embargo, el hecho más notable de esos años consiste en la **integración de la psicología social en el aparato de guerra estadounidense**, con unas consecuencias que tendrán un enorme alcance para la disciplina.

En efecto, Carl Hovland deja en 1942 el Instituto de Relaciones Humanas de Yale para pasar a desempeñar las funciones de Psicólogo Jefe en el Departamento de Guerra de Estados Unidos, bajo las órdenes del sociólogo Samuel Stouffer. En torno a ellos se constituye un potente equipo de investigación que tiene por misión estudiar los factores psicosociológicos susceptibles de mejorar la moral y la eficacia del ejército norteamericano, así como investigar los medios para contrarrestar los efectos negativos de las operaciones psicológicas promovidas por el aparato de guerra alemán. Gran parte de estas investigaciones serán publicadas, en varios volúmenes, por Stouffer pocos años después de la guerra (Stouffer y otros, 1949), y Carl Hovland dará cuenta, en esa misma serie, de sus investigaciones sobre la **comunicación persuasiva** (Hovland, Lumsdaine y Sheffield 1949). Con independencia del interés sustantivo que pudieran presentar las investigaciones psicosociológicas del Departamento de Guerra, el hecho fundamental fue que la psicología social apareció como una disciplina que podía ser sumamente **útil** desde el punto de vista de sus aplicaciones sociales. Cuando después de la guerra los psicólogos sociales regresaron a sus respectivas universidades, se encontraron con que ya no era preciso demostrar la viabilidad de una disciplina psicosocial, y se beneficiaron de una disposición favorable de las instituciones para subvencionar la investigación psicosocial. Como es conocido, el propio Lewin, desde su puesto en la Universidad de Iowa, participó en el esfuerzo de guerra americano estudiando la forma de cambiar los hábitos alimentarios de la población (Lewin, 1943). Una vez finalizada la guerra, el ejército

norteamericano siguió promoviendo durante muchos años la investigación psicosocial, sobre todo a partir de la «U.S. Navy», y tanto la «OTAN» como la «Navy» siguen financiando hoy en día diversos simposios y congresos de psicología social.

El resultado de todo ello fue, como lo relata Edward E. Jones (Jones, 1985), que se produjo una auténtica explosión de la investigación psicosocial en Estados Unidos. Muchos de los aspectos que ahora analizaré para dar cuenta del período que transcurre desde el final de la guerra hasta mediados de los cincuenta guardan una estrecha relación con el acicate proporcionado por la Segunda Guerra Mundial. Éste es el caso, por ejemplo, del programa de Yale sobre la comunicación persuasiva, o del enorme desarrollo que conoció en Michigan el «Institute for Social Research». La comparación entre la situación de la psicología social antes y después de la Segunda Guerra Mundial ha conducido a que ciertos autores afirmaran tajantemente que no se puede considerar que la psicología social existiera como disciplina antes de 1945 (Cartwright, 1979). Lo cierto es que los focos universitarios donde se elaboraba una psicología social acorde con los cánones de la cientificidad «útil», es decir, positivista, se fortalecieron considerablemente después de la guerra. En efecto, aunque se produjeran aportaciones muy notables a la psicología social desde varias universidades americanas, como por ejemplo las de Fritz Heider, integrado en la Universidad de Kansas a partir de 1947, o las de Theodor Adorno, llevadas a cabo en la Universidad de Berkeley, es un hecho que el grueso de la producción psicosocial provendría de unas pocas universidades: **Yale** con su «Institute of Human Relations», **Michigan** con su «Institute for Social Research», **Harvard** con su «Department of Social Relations» y **Columbia**. Antes de examinar las notables aportaciones que también se elaboraron en otros centros, puede ser esclarecedor analizar la situación y la producción de las cuatro universidades a las que me acabo de referir.

a) Yale: el Institute of Human Relations

De clara tradición neo-conductista, en la línea trazada por Clark Hull, el Instituto desarrolló en los años 30 una importante labor de investigación que se materializaría en las obras publicadas por John Dollard, Neal E. Miller y otros a finales de los treinta y principios de los cuarenta. Carl **Hovland**, que trabajaba en el Instituto antes de la guerra, se llevó con él una serie de jóvenes post-graduados de Yale cuando le encomendaron, en 1942, los servicios psicológicos del Departamento de Guerra. Entre ellos figuraban algunos de los nombres que dejarían huella en la historia ulterior de la disciplina, como Irving Janis, Nathan Maccoby, M. Brewster-Smith, A. Lumsdaine o F. D. Sheffield.

Cuando se reintegró en Yale en 1945, Carl Hovland se rodeó de un brillante equipo de investigadores y, con la ayuda de la **fundación Rockefeller**, orientó la psicología social del Instituto hacia el estudio del fenómeno de la **influencia social** y de la **comunicación persuasiva**, articulando un programa de investigación que siguió siendo productivo hasta comienzos de los sesenta. Junto con investigadores que compartían entonces su orientación general, como por ejemplo Irving Janis, quien le sucedería tras su muerte en 1961, M. J. Rosenberg, R. P. Abelson y A. A. Lumsdaine, Hovland recurrió a investigadores de orientación más ecléctica, como por ejemplo Muzaffer **Sherif** —quien disfrutó de una beca de investigación en Yale desde 1947 hasta 1949 pero que siguió colaborando después de esas fechas con Hovland tras integrarse en la Universidad de Oklahoma—, o como William J. **McGuire**, y no dudó incluso en recurrir a investigadores que provenían del área de influencia lewiniana y festingeriana, como Harold H. **Kelley**, Jack W. **Brehm** o Arthur R. **Cohen**. El resultado de este enorme esfuerzo de investigación se concretó en un considerable número de artículos y de contribuciones a diversos libros, así como en una serie de cuatro volúmenes en los que se daba cuenta de los principales resultados del programa de investigación (Hovland, Janis y Kelley, 1953; Hovland y otros, 1957; Rosenberg y otros, 1960; Sherif y Hovland, C., 1961), sin contar las publicaciones de numerosas monografías, como por ejemplo la de Hovland y Janis sobre la relación entre los rasgos de personalidad y la persuasibilidad (Hovland y Janis, 1959). Los resultados conseguidos por Hovland y su equipo, sin ser ni espectaculares ni sorprendentes, contribuyeron a esclarecer algunos aspectos de la persuasión, tales como los efectos del orden de presentación de los argumentos y de los mensajes, los mecanismos de resistencia a la persuasión (McGuire, 1961), o el «efecto postergado» («Sleeper effect») descubierto por el entonces estudiante Walter Weiss (Weiss, 1953), etc. Señalemos de paso que uno de los efectos nada desdeñables del trabajo de Hovland consistió en reforzar la línea experimentalista trazada por Lewin y Sherif.

b) Michigan: el Institute for Social Research

El que, probablemente, sigue siendo hoy en día el mayor instituto de investigación social del mundo (Cannell y Kahn, 1984), nació en 1948 a partir de la fusión entre el **Survey Research Center** de Rensis Likert (que también participó en el «esfuerzo de guerra» norteamericano) y el **Research Center for Group Dynamics** fundado por Lewin en el Massachusetts Institute of Technology pero que se trasladó ese mismo año a la Universidad de Michigan. La fuerte influencia que ejerció Lewin sobre la psicología social de Michigan y, a través de ésta sobre la psicología so-

cial norteamericana en su conjunto, nos obliga a abrir aquí un largo paréntesis para seguir más detenidamente el itinerario de Lewin en Estados Unidos.

Kurt Lewin (1890-1947). Llegado a Estados Unidos en 1933 y tras efectuar una breve estancia en la Universidad de Cornell, Lewin se establece en la Universidad de Iowa en 1935. Allí encuentra a profesores como J. R. **French** y Alex **Bavelas**, y a jóvenes investigadores como Ronald **Lippitt** y Ralph **White**, quienes muy pronto se ponen a trabajar con Kurt Lewin dando lugar a los famosos estudios sobre los **estilos de liderazgo** en los grupos y sobre los efectos de diversos «climas sociales». En 1939, Leon **Festinger** se agregará al grupo de estudiantes y de profesores que Lewin ha sabido aglutinar en torno a su persona. Pocos años más tarde, en 1944, Lewin, Festinger y Lippitt se trasladan al Massachusetts Institute of Technology, donde les espera Dorwin **Cartwright**, para fundar el «Research Center for Group Dynamics» (R.C.G.D.) y, más tarde, el «National Training Laboratory» de Bethel (Maine). En el MIT, se encuentran ya investigadores tan notables como G. W. **Allport** y Jerome S. **Bruner**, pero la incorporación de Lewin desencadenará una intensa actividad investigadora que se traducirá en el desarrollo de una fructífera tradición de estudio de los pequeños grupos (Training Groups o «T» groups, grupos de base, grupos de formación, grupos de sensibilización, etc.). El fenómeno de Iowa se volverá a repetir en el MIT, testimoniando la gran capacidad que tiene Lewin para suscitar el entusiasmo, motivar a quienes le rodean y aunar voluntades. En efecto, pronto se aglutinan en torno a Lewin y a Festinger una serie de brillantes estudiantes que dejarán huella en la psicología social moderna. Kurt **Back**, Morton **Deutsch**, Harold **Kelley**, Stanley **Schachter**, John **Thibaut**, son algunos de los estudiantes que rodean a Lewin en la época en que también estudia en el MIT Gardner **Lindzey**.

Cuando Lewin muere prematuramente en 1947, el impulso que ha dado a la psicología social es ya imparable. Un año más tarde, Cartwright y Festinger, empeñados en proseguir la obra de Lewin, trasladan el R.C.G.D. a la Universidad de Michigan, contando con la ayuda de Rensis Likert, entonces director del «Survey Research Center» de Michigan. Allí les siguen J. R. French y Ronald Lippitt, reuniéndose con Theodore Newcomb, Daniel Katz y Alvin Zander, que ya se encuentran en Michigan.

Cartwright asume la dirección de la nueva singladura del R.C.G.D., reforzado por la integración de algunos estudiantes de Festinger, como Elliot **Aronson**, Richard **Nisbett**, Jerome **Singer**, Robert **Zajonc** y A. R. **Cohen**.

Basta con repasar la lista de los nombres que he mencionado para darse cuenta de que el gran contingente de investigadores directamente influenciados por Lewin, por sus estudiantes, y luego por los estudiantes

de sus estudiantes (Festinger, 1980), representan una parte muy sustancial de la psicología social moderna. En 1951, Festinger trasladará a Minnesota la influencia de Lewin, encontrándose allí con Stanley Schachter, que le ha precedido, y atrayendo a Jack Brehm y a William J. McGuire, que estaban trabajando anteriormente en Yale con Hovland, así como a H. Riecken.

Con la incorporación del R.C.G.D., la influencia de la Universidad de Michigan irradia con fuerza sobre la psicología social norteamericana, como lo indican los breves datos presentados a continuación. Newcomb publica en 1950 un influyente manual de psicología social y presenta en 1953 su teoría de los **actos comunicativos** (Newcomb, 1950, 1953). Cartwright y Zander editan en 1953 un compendio de textos sobre dinámica de grupos que conocerá múltiples reediciones y sigue siendo útil en la actualidad (Cartwright y Zander, 1953). Kelley y Thibaut, entonces en el R.C.G.D., presentan los primeros elementos de su teoría de los grupos (Kelley y Thibaut, 1954). Clyde H. Coombs elabora sus sofisticadas técnicas de medición de las actitudes (Coombs, 1952). Leon Festinger presenta su **teoría de la comunicación informal**, que pronto será seguida por su influyente **teoría de la comparación social**, y publica en 1950, junto con un nutrido grupo de miembros del R.C.G.D., un conjunto de investigaciones realizadas en Michigan (Festinger, 1950, 1954; Festinger, Back, Schachter, Kelley y Thibaut, 1950). Morton Deutsch, entonces vinculado al R.C.G.D., inicia la aplicación de la **teoría de los juegos** al estudio de la cooperación y de la competición interpersonal (Deutsch, 1949).

c) Harvard: el Department of Social Relations

En 1946 fue creado en Harvard un departamento que presentaba la originalidad de reagrupar en su seno varias disciplinas, entre las cuales figuraba la psicología social.

Con Talcott **Parsons** a la cabeza, el nuevo departamento pluridisciplinar no tardaría en dar sus frutos y en arrebatar a la Universidad de Chicago la influencia predominante que ejercía sobre la sociología americana. Pero la influencia de Harvard en la década siguiente a la post-guerra no se limitó a la sociología, sino que se extendió también a la psicología social. En 1950, Robert F. **Bales** dio a conocer sus categorías para analizar las interacciones en los pequeños grupos, creando una técnica que sería ampliamente utilizada por los psicólogos sociales: «**el análisis de los procesos de interacción**» (*Interaction Process Analysis*, Bales, 1950). El mismo año, George C. **Homans**, influenciado por las tesis de su colega de Harvard, Burrhus F. Skinner, presentó sus estudios sobre «el grupo humano», contribuyendo notablemente a sentar las bases de la **teoría del**

intercambio social e influenciando, entre otros, los planteamientos ulteriores de Thibaut y Kelley (Homans, 1950) y, aún más adelante, de Peter M. Blau (Blau, 1964). Unos años antes, Gordon W. Allport, entonces en Harvard con Leon Postman, se había hecho eco de una de las preocupaciones del tiempo de guerra, elaborando una influyente investigación sobre la **difusión de los rumores** (Allport y Postman, 1947). El mismo Postman colaboraría con Jerome S. **Bruner** y Elliot McGinnies para realizar, con las subvenciones del Laboratorio de Relaciones Sociales de Harvard, una investigación que abriría una importante vía de desarrollo para los **planteamientos cognitivistas** en psicología social (Postman, Bruner y McGinnies, 1948). En efecto, esta investigación, junto con otra anterior de Bruner y Goodman realizada en 1947 (Bruner y Goodman, 1947), sentaba las bases del «**New look in perception**», orientación que motivaría durante la década de los cincuenta innumerables polémicas e investigaciones en el campo de la percepción social. Por fin, el psicólogo de Harvard Henry A. Murray estaría en el origen de las investigaciones de David C. **McClelland** sobre el **motivo de logro**, iniciadas algún tiempo antes de que McClelland se incorporara a Harvard en 1956 (McClelland, 1955).

d) Columbia

Gardner **Murphy**, que ya tuvo el acierto de dirigir en los años treinta las investigaciones de algunos estudiantes que luego se harían tan famosos como Rensis Likert o Muzafer Sherif, siguió impulsando vigorosamente la investigación psicosocial durante los años de la guerra, colaborando por ejemplo con Harold M. **Proshansky** (Proshansky y Murphy, 1942), quien después de ser uno de los animadores de la escuela **transaccionista** (Ames, 1951; Cantril, 1948; Ittelson, 1960; Kilpatrick, 1961), pasaría a ser uno de los fundadores de la **psicología ambiental**. La labor de Murphy se prolongaría en la post-guerra, pero lo que más merece ser destacado durante ese período es quizá la investigación que en 1946 realizó Solomon **Asch** sobre la **formación de impresiones**, partiendo de una óptica inconfundiblemente gestaltista (Asch, 1946). Es esa misma óptica gestaltista la que daría su tonalidad al influyente manual de psicología social que publicó Asch en 1952, una vez que ya hubiera abandonado su docencia en Columbia para trasladarse al Swarthmore College de Pennsylvania (Asch, 1952).

Paralelamente a las investigaciones realizadas en las cuatro universidades que dominaron la psicología social norteamericana durante su época de consolidación, merece la pena destacar otras aportaciones que también marcaron fuertemente el desarrollo de la psicología social durante ese período.

Desde el campus universitario de Berkeley, en la Universidad de California, Theodor **Adorno**, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford, realizaron su conocida investigación sobre los fundamentos de la **personalidad autoritaria** (Adorno y otros, 1950). Pese a que la metodología utilizada, las famosas escalas «F», fuese criticada de forma demoledora algunos años más tarde (Hyman y Sheatsley, 1954), la aportación de Adorno y sus colaboradores sigue constituyendo un clásico de la psicología social de orientación psicoanalítica. Mucha mayor trascendencia para el futuro desarrollo de la psicología social tendrán sin embargo dos textos publicados por Fritz **Heider** en 1944 y en 1946. El primero de ellos, un estudio sobre la causalidad fenomenológica, estableció las bases para el desarrollo de las **teorías de la atribución** en los años sesenta (Heider, 1944), y el segundo, centrado sobre la percepción de las personas (Heider, 1946), inspiró las **teorías de la coherencia cognitiva** que se desarrollarían fuertemente a finales de los cincuenta. Aunque la más conocida de esas teorías es sin duda la teoría de la **disonancia cognitiva** de Festinger, también es preciso recordar aquí que Charles Osgood y Percy H. Tannenbaum ya presentaron a principios de los cincuenta una primera aplicación de las ideas de Heider con la formulación de su **teoría de la congruencia** (Osgood y Tannenbaum, 1955).

Por fin, no se puede cerrar esta retrospectiva sobre el período que concluye a mediados de los años cincuenta sin mencionar que el impulso dado por Lewin al estudio de los grupos se concretizó en numerosas investigaciones, entre las que destacan la de Stanley Schachter sobre el fenómeno de la desviación en el seno del grupo (Schachter, 1951), y la de **Leavitt** sobre las **redes comunicacionales** en los grupos, inspirada en los trabajos de Bavelas (Leavitt, 1951).

En definitiva, se puede decir que la psicología social conoció entre 1935 y 1955 un intenso período de investigación que, con la ayuda de la Segunda Guerra Mundial, culminó en su consolidación definitiva como una disciplina con rango académico indiscutido. Durante ese período, tanto Sherif como Lewin y Hovland contribuyeron decisivamente a orientarla hacia la utilización preferente del método experimental, mientras que su encapsulamiento académico en el seno de los departamentos de psicología acentuó sus marcadas tendencias individualistas y psicologistas (Pepitone, 1981). Los temas dominantes de la década de los treinta, es decir, los temas de las actitudes y de la facilitación social, se ampliaron y se diversificaron considerablemente, extendiéndose hacia los procesos de influencia, la dinámica de grupos, la percepción social, la comparación social, el liderazgo, las motivaciones sociales, etc., etc. Este período de consolidación se cierra con la publicación del Handbook de Lindzey y Aron-

son en 1954, cuyo contenido contrasta fuertemente con el que publicó Murchison en 1935, pero que no desentona en absoluto con los contenidos que ofrecerán las sucesivas ediciones del Handbook en 1968 y en 1985. Reforzando la idea de que la mitad de los años cincuenta marca efectivamente un punto de transición entre dos momentos de la psicología social, es interesante anotar también que, precisamente el año 1955, se realiza ya, en la Universidad de Colorado, un primer **simposium sobre psicología social cognitiva**, en el que participan Fritz Heider, Leon Festinger, Charles Osgood, y Jerome S. Bruner entre otros (Bruner y otros, 1957).

La «otra» psicología social. Ya hemos visto que una parte de la psicología social se resistió a las seducciones del experimentalismo y del neopositivismo. Por lo tanto, antes de concluir este capítulo es preciso analizar de forma separada la situación por la que pasó el interaccionismo simbólico durante el período considerado.

Después de la publicación del libro de George Herbert Mead en 1934 (Mead, 1934) y de la denominación de su enfoque teórico en términos de «interaccionismo simbólico» por Herbert **Blumer** en 1937 (Blumer, 1937), esta corriente de la psicología social tardará aún algunos años en dar origen a un primer manual de psicología social (Lindesmith y Strauss, 1949) y en promover investigaciones claramente enmarcadas en esta orientación. Es cierto que W. Waller publica en 1938 un análisis de la familia inspirado en Mead (Waller, 1938), que Charles W. Mills desarrolla en 1940 un análisis interaccionista del vocabulario de los motivos (Mills, 1940), y que K. Reizler estudia en 1943 el sentimiento de vergüenza como resultado de una inadecuación del «yo percibido» con el «yo ideal» (Reizler, 1943), pero habrá que esperar hasta después de la Segunda Guerra Mundial para que la orientación interaccionista simbólica inicie una intensa actividad investigadora que se mantendrá hasta finales de los cincuenta (Stryker, 1987). Es a partir de entonces cuando aparecen varios textos teóricos de Blumer (Blumer, 1951, 1954) y, como reacción ante su rechazo de los métodos al uso en la ciencia convencional, se dibuja en la Universidad de Iowa una orientación interaccionista más empiricista que pretende ser reconocida como metodológicamente «respetable» (Kuhn y McPartland, 1954). Sin embargo, la orientación de la escuela de Chicago también se muestra capaz de realizar investigaciones empíricas, como las que ofrecerán H.S. **Becker** sobre la adicción a la marihuana (Becker, 1953), A.R. **Lindesmith** sobre el opio, o T. **Shibutani** sobre los grupos de referencia (Shibutani, 1955). Paralelamente al afianzamiento del interaccionismo simbólico, el desarrollo de la **teoría del rol** a partir de los trabajos de Ralf Linton, de Georg Simmel y también de Max Weber vendrá a reforzar las

orientaciones alejadas del reduccionismo psicologista de la psicología social dominante. T. R. **Sarbin** y más tarde B. J. Biddle y E. J. Thomas impulsarán con fuerza esta corriente que, como veremos más adelante, **Stricker** intentará sintetizar con el interaccionismo simbólico (Sarbin, 1954; Biddle y Thomas, 1966; Stricker y Statham, 1985). Aunque de una forma menos espectacular que la que caracterizara a la psicología social de Lewin, de Hovland, de Sherif o de Murphy, la psicología social nacida de la obra de George Herbert Mead también se consolida, pues, durante el período 1935-1955.

Sinopsis del período de «consolidación» de la psicología social en Estados Unidos (1935-1955)

- 1935 - Lewin, K.: *The conflict between aristotelian and galilean modes of thought in contemporary psychology.*
- 1936 - Sherif, M.: *The psychology of social norms.*
- 1936 - Lewin, K.: *Principles of topological psychology.*
- 1937 - Blumer, H.
- 1938 - Lewin, K.; Lippitt: *An experimental approach to the study of autocracy and democracy.*
- 1938 - Lewin, K.: *The conceptual representation and measurement of psychological forces.*
- 1939 - Lewin, K.; Lippitt; White: *Patterns of aggressive behavior in experimentally created «social climates».*
- 1939 - Dollard y otros: *Frustration and aggression.*
- 1940 - Mills, C. W.: *Vocabulary of motives.*
- 1941 - Miller; Dollard: *Social learning and imitation.*
- 1942 - Hyman, H. H.: *The psychology of social status.*
- 1943 - Whyte, W. F.: *Street corner society.*
- 1943 - Newcomb, T.: *Personality and social change.*
- 1943 - Lewin, K.: *Forces behind food habits and methods of change.*
- 1944 - Heider, F.: *Social perception and phenomenal causality.*
- 1946 - Heider, F.: *Attitude and cognitive organization.*
- 1946 - Asch, S.: *Forming impressions of personality.*
- 1947 - Allport, G. W.; Postman, L.: *The psychology of rumors.*
- 1947 - Bruner; Goodman: *Value and need as organizing factors in perceptions.*
- 1948 - Postman; Bruner; McGuinies: *Personal values as selective factors in perception.*
- 1949 - Lindesmith, A. R.; Strauss, A. L.: *Social psychology.*

- 1949 - Deutsh, M.: *An experiemental study of the effects of coopera-
tion and competition upon group processes.*
- 1950 - Adorno, T.: *The authoritarian personality.*
- 1950 - Festinger, L.; Schachter, S.; Back: *Social pressures in informal
groups: study of huusling project.*
- 1950 - Festinger, L.: *Informal social communication.*
- 1950 - Bales, R. F.: *Interaction process analysis.*
- 1950 - Homans, G. C.: *The human group.*
- 1950 - Newcomb, T.: *Social psychology.*
- 1951 - Schachter, S.: *Deviation, rejection, and communication.*
- 1951 - Leavitt, H. J.: *Some effects of certain communication patterns
on group performance.*
- 1951 - Weiss.
- 1952 - Asch, S. E.: *Social psychology.*
- 1952 - Coombs: *A theory of psychological scaling.*
- 1953 - Hovland; Janis; Kelley: *Communication and persuasion.*
- 1953 - Newcomb. T.: *An approach to the study of communicative
acts.*
- 1953 - Cartwright, D.; Zander: *Group dynamics: research and the-
ory.*
- 1954 - Kelley, H. H.; Thibaut, J. W.: *Experimental studies of group
problem solving and process.*
- 1954 - Festinger, L.: *A theory of social comparison process.*
- 1954 - Lindzey, G.; Aronson, E.: *The handbook of social psycho-
logy.*
- 1954 - Kuhn, M. H.; McPartland, T. S.: *An empirical investigation on
self-attitudes.*
- 1954 - Sarbin, T. R.: *Role theory.*
- 1955 - McClelland: *Studies in motivation.*
- 1955 - Osgood, C.; Tannenbaun, P.: *The principle of congruity in the
prediction of attitude change.*

* * *

Antes de iniciar la siguiente etapa, centrada en la psicología social euro-
pea, me gustaría presentar algunas reflexiones generales y proporcionar
algunos datos que permitan situar cuál es la vigencia actual de la andadu-
ra que recorrió la psicología social antes de entrar en lo que denominaré
su «período moderno».

Obviamente, es absurdo fechar en un año preciso el punto exacto en

que concluye una época y se inicia otra. Algunos de los elementos que pertenecen ya a la nueva fase aparecen sin embargo en las postrimerías de la fase anterior, y ésta a su vez, lejos de extinguirse repentinamente, se perpetúa, de forma más o menos prolongada, en la nueva época. No existe por lo tanto ningún corte nítido entre dos épocas cualesquiera de una disciplina, sino que se produce una transformación **gradual** de la una en la otra a lo largo de un período de transición cuyas fronteras suelen ser más o menos borrosas y difíciles de acotar.

En el caso que nos ocupa no tiene gran sentido, por supuesto, afirmar que tal obra publicada en 1955 pertenece a la fase de consolidación de la psicología social mientras que tal otra aparecida en 1956 forma ya parte de la era moderna de la disciplina. Sin embargo, la fijación de ciertas fechas que representan **puntos de inflexión** significativos ayuda a delinear con mayor claridad la historia de una disciplina, a condición de que siempre se tenga presente que, en rigor, la historia de una disciplina constituye un proceso evolutivo desprovisto de exabruptos tajantes. Es por ello por lo que me he permitido recurrir al cómodo, aunque inexacto, procedimiento que consiste en elegir y señalar unas fechas emblemáticas.

Llegados al punto en que, alrededor de 1955, se cierra la fase de consolidación de la psicología social y, concluido el período «programático» de la disciplina, se abre ante ella una época de «ciencia normal» (Katz, 1978), parece conveniente marcar una pausa e intentar comprobar cuál es la vigencia **explícita** del paso de la psicología social en su configuración moderna. Para ello, he realizado un tratamiento del material bibliográfico incluido en la obra que constituye sin duda el principal punto de referencia para la psicología social académicamente dominante, es decir, el *Handbook of Social Psychology*.

La bibliografía del «Handbook», en su edición de 1985, se presenta en forma segmentada, ya que cada uno de los treinta capítulos que lo componen concluye con una bibliografía específica. La ausencia de un índice bibliográfico conjunto plantea una seria dificultad para lograr una perspectiva global, pero sin embargo, tras identificar los cerca de 10.000 ítems bibliográficos distintos (9.919 según mis cálculos) que lo componen, he podido establecer un ranking de los textos más frecuentemente citados, poniendo como criterio el que sean referenciados como mínimo en tres capítulos distintos. De estos textos, 44 pertenecen al período que se inicia al final del siglo XIX y concluye en 1955. La relación que presento a continuación tiene, por supuesto, un valor meramente indicativo, pero que proporciona una valiosa información acerca de quiénes son los psicólogos sociales que ya eran activos en la primera mitad de siglo y que aún sirven de referencia a los psicólogos sociales de hoy.

a) Ordenación alfabética por autores de los textos más frecuentemente citados en el *Handbook of Social Psychology* 1985.*

- ABERLE, D. F. et al. (1950): *The fuctional prerequisites of a society*.
ADORNO, T. W. et al. (1950): *The authoritarian personality*.
ALLPORT, G. W. (1935): *Attitudes*.
ALLPORT, G. W. (1937): *Personality: a psychological interpretation*.
ALLPORT, G. W. (1954): *The nature of prejudice*.
ASCH, S. E. (1946): *Forming inpressions of personality*.
ASCH, S. E. (1952): *Social psychology*.
BARTLETT, F. C. (1932): *Remembering: a study in experimental and social psychology*.
BINET, A. (1900): *La suggestibilité*.
BRUNER, J. S.; GOODMAN, C. C. (1947): *Value and need as organizing factor in perception*.
COOLEY, C. H. (1902): *Human nature and the social order*.
DEUTSCH, M.; GERARD, H. B. (1955): *A study of normative and informational social influences on individual judgements*.
DOLLARD, J.; MILLER, N. E. (1950): *Personality and psychotherapy*.
EDWARD, W. (1954): *The theory of decision making*.
FESTINGER, L. (1950): *Informal social communication*.
FESTINGER, L. (1954): *A theory of social comparison processes*.
FESTINGER, L.; SCHACHTER, S.; BACK, K. (1950): *Social presures in informal groups*.
HEIDER, F. (1944): *Social perception and phenomenal causality*.
HEIDER, F. (1946): *Attitude and cognitive organization*.
HOVLAND, C. I.; LUMSDAINE, A. A.; SHEFFIELD, F. D. (1949): *Studies in social psychology in World War II. Vol.3 Experiments on mass communication*.
JAMES, W. (1890): *Principles of psychology*. (2 vols.).
KELLEY, G. A. (1955): *The psychology of personal constructs*. Vol.1.
LAPIERE, R. T. (1934): *Attitudes versus action*.
LEWIN, K. (1926): *Comments concerning psychological forces and energies, and the structure of the psyche*.
LEWIN, K.; LIPPIT, R.; WHITE, R. K. (1939): *Patterns of aggressive behavior in experimentally created «social climates»*.
LUCHINS, A. S. (1942): *Mechanization in problem-solving. The effect of Einstellung*.
MCDUGALL, W. (1908): *Introduction to social psychology*.
MEAD, G. H. (1934): *Mind, self and society*.
MILLER, N. E.; DOLLARD, J. (1941): *Social learning and imitation*.

- MORENO, J. L. (1934): *Who shall survive?*
 MURPHY, G.; MURPHY, L. B.; NEWCOMB, T. M. (1937): *Experimental social psychology*. (rev. ed.).
 MURRAY, H. A. (1938): *Explorations in personality: a clinical and experimental field study of fifty men of college*.
 MYRDAL, G. (1944): *An American dilemma*.
 NEWCOMB, T. M. (1943): *Personality and social change*.
 NEWCOMB, T. M. (1953): *An approach to the study of communicative acts*.
 OSGOOD, C. E.; TANNENBAUM, P. H. (1955): *The principle of congruity in the prediction of attitude change*.
 SCHACHTER, S. (1951): *Deviation, rejection, and communication*.
 SHERIF, M. (1935): *A study of some social factors in perception*.
 SHERIF, M. (1936): *The psychology of social norms*.
 SIMMEL, G. (1950): *Secrecy and group communication*.
 STOUFFER, S. A. ET AL. (1949): *The American soldier: adjustment during army life*.
 SUMMER, W. G. (1906): *Folkways*.
 THURSTONE, L. L.; CHAVE, E. J. (1929): *The measurement of attitude*.
 WEBER, M. (1947): *The theory of social and economic organization*.

b) Ranking de los 10 autores más frecuentemente citados

AUTOR	N.º CITAS	N.º TEXTOS
FESTINGER, L.	16	3
ALLPORT, G. W.	11	3
LEWIN, K.	9	2
ASCH, S.	8	2
ADORNO, T. W.	7	1
JAMES, W.	7	1
SHERIF, M.	7	2
HEIDER, F.	6	2
NEWCOMB, T.	6	2
MEAD, G. H.	5	1

*Estos textos pertenecen al período inicial de la psicología social hasta el año 1955.

3.5. La situación de la psicología social en Europa entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el final de la Segunda (1914-1944)

Los años turbulentos que vivió Europa a partir de 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial, y más tarde con la inseguridad política de unos años treinta donde se fraguaba ya la Segunda Guerra Mundial, explican quizá que la psicología social no haya prosperado en proporción a lo que cabía esperar a la vista de los debates y de las publicaciones de principios de siglo. Pero ésta no es sin duda la única razón. En Francia, por ejemplo, la psicología social se encontró laminada por la presión de dos potentes fenómenos circunstanciales que, incluso teniendo signos opuestos, confluyeron en un mismo resultado adverso para la psicología social. Se trata, por una parte, del éxito de las tesis de Durkheim, quien logró formar una influyente escuela, y cuyo «**sociologismo**» dejó escaso lugar para la expresión de posturas semejantes a las de un Gabriel Tarde.

Por otra parte, la sucesión a la cabeza del «Institut de Psychologie de París» y de «L'Année Psychologique» de Alfred Binet por el prestigioso Henri Pieron, también contribuyó a cerrar toda posibilidad de expresión a una psicología social que no constituía a los ojos de Pieron más que una vertiente «aplicada» de la psicología. Ni «L'Année Sociologique», ni «L'Année Psychologique» veían por lo tanto con simpatía la posible institucionalización de una psicología social. Así mismo, en Alemania, la psicología social que podía haber madurado en el seno de la teoría crítica de Frankfurt se vio cortada de raíz por el éxodo a Estados Unidos del Instituto frankfurtiano de Investigación Social.

En cualquier caso, es obligado constatar que, frente al exuberante desarrollo de la psicología social en Estados Unidos, es muy difícil encontrar en la Europa de los años veinte, treinta e incluso cuarenta, elementos suficientes para nutrir una historiografía de la disciplina.

En **Inglterra**, después de la marcha de McDougall hacia Estados Unidos, solamente podemos mencionar una aportación que, por cierto, no es nada desdeñable a juzgar por sus repercusiones en la moderna psicología social cognitiva.

Se trata de la investigación de Sir Frederic Charles **Bartlett** sobre la memoria, considerada en sus dimensiones y en sus determinaciones psicosociales (Bartlett, 1932). Bartlett había publicado con anterioridad varios estudios de psicología social, como por ejemplo: *Organización grupal y comportamiento social* (Bartlett, 1925), pero fue sin duda su investigación sobre la memoria la que le convirtió en un «clásico» de la psicología social.

En ella, no sólo se anticipan aspectos y conceptos que serán retomados

por la psicología social cognitiva, y especialmente por el *New Look in Perception*, sino que aparecen una serie de formulaciones que conducen directamente al estudio de la difusión de los rumores tal y como lo desarrollarían unos años más tarde Leon Postman y Gordon W. Allport. El desarrollo ulterior de la psicología social en Gran Bretaña se realizaría en estrecha conexión con los enfoques organizacionales y las problemáticas del trabajo, orientación ésta en la que colaboraría decisivamente Marie Jahoda tras abandonar Austria para instalarse en Inglaterra.

En **Francia**, la psicología social conoce un largo período de letargo durante las décadas consideradas, y tan sólo cabe mencionar una introducción a la psicología colectiva que publica Charles **Blondel** en 1928 (Blondel, 1928). En campos afines a la psicología social, se puede destacar el estudio de Maurice **Halbwachs** sobre los marcos sociales de la memoria, que le llevaría a polemizar con Charles Blondel y cuya similitud temática, aunque no metodológica, con el estudio de Bartlett, conviene señalar (Halbwachs, 1925). También se puede hacer referencia, aunque con mayores reservas, a los estudios antropológicos que lleva a cabo durante esa época Lucien Levy-Bruhl (Levy-Bruhl, 1922).

En **Austria**, sin embargo, la psicología social conoce un momento de intensa productividad antes de que el nazismo la destruya por completo. Antes de trasladarse a Estados Unidos en 1925, Jacob L. **Moreno** ya ha comenzado a perfilar las bases de su enfoque sociométrico que acabará de elaborar en Norteamérica (Moreno, 1923). Marie **Jahoda**, junto con Paul **Lazarsfeld** y H. Zeizel, realizaron un notorio estudio sobre los efectos del paro en la comunidad de Marienthal (Jahoda, Lazarsfeld y Zeizel, H., 1933). Alfred **Schütz**, influenciado por Dilthey, por Weber y por Husserl, había publicado en 1932 su influyente libro sobre la fenomenología del mundo social, antes de abandonar Viena para irse a Estados Unidos en 1939 (Schütz, 1932). Gustav **Ichheiser**, polaco emigrado a Austria antes de tener que exiliarse a Estados Unidos en 1940, y cuya contribución fundamental a la formulación de la teoría de la atribución se está descubriendo últimamente (Rudmin y otros, 1987), había publicado, entre muchos otros escritos, su texto sobre la «mis-atribución» (Ichheiser, 1934). Por supuesto, tampoco pueden dejar de mencionarse las conocidas aportaciones de Sigmund **Freud**, y en particular su *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921). Marie Jahoda, realizando, según sus propias palabras, «un ejercicio de memoria a largo plazo», ha dado un interesante testimonio de la época formativa de la psicología social en Viena, al que se puede acudir con provecho (Jahoda, 1983).

En **Alemania**, el comprometido grupo de filósofos y sociólogos aglutinados en torno al Instituto de Investigación Social de Frankfurt elabora una **teoría crítica** de la sociedad, de indudable interés para la psicología social, antes de que la diáspora provocada por el nacional-socialismo disperse a sus miembros por el territorio de Estados Unidos. H. L. **Stoltenberg** publica en 1914 en Berlín su Tesis Doctoral bajo el título de *Sociopsychologie* (Stoltenberg, 1914). Walther **Moede** realiza antes de la Primera Guerra Mundial unos estudios experimentales sobre psicología de las masas que serán publicados en 1920 y que influenciarían los estudios de Floyd H. Allport sobre la «facilitación social» (Moede, 1920). Por fin, Willi **Hellpach**, antes de ser nombrado ministro de la educación en Baden, ocupa en 1920 el primer puesto universitario dedicado a la enseñanza de la psicología social en Alemania, y funda en 1921 el primer Instituto de Psicología Social, que desaparecerá en 1933. Claramente influenciado por Wundt, Hellpach publica en 1938 su investigación sobre la psicología de los pueblos (Hellpach, 1938; Blanco, 1982; Lück, 1987).

En la **Unión Soviética**, Lev Semenovich **Vigotsky** realizará en su corta existencia (1896-1934) unas contribuciones extremadamente valiosas para la psicología social, y que presentan indudables afinidades con los planteamientos de George Herbert Mead. Para Vigotsky, al igual que para Mead, el juego infantil constituye el instrumento a través del cual se consigue dominar el **simbolismo social**, pero sobre todo, Vigotsky insiste en la prioridad temporal de lo **inter-psicológico** sobre lo intra-psicológico. Para él, al igual aquí también que para Mead, la existencia social constituye una **pre-condición** de la conciencia individual, y es en los procesos sociales donde se originan los procesos mentales superiores (Vigotsky, 1931; Wertsch, 1985).

Por fin, en **España** también se producen algunas aportaciones a la psicología social que se encuentran minuciosamente detalladas en dos estudios de José Luis Pinillos, por una parte, y de Florencio Jiménez Burillo por otra (Pinillos, 1965; Jiménez Burillo, 1976). Remitiendo a estos textos para un estudio más detallado, me limitaré a señalar aquí el texto de V. **Viqueira** *La psicología contemporánea* donde, según Jiménez Burillo, se presenta un aceptable resumen del pensamiento de Wundt y se expone el pensamiento de autores como Dilthey o William James. También conviene mencionar la labor de divulgación realizada por la editorial Daniel Jarro, donde aparecen traducciones de Wundt en 1926, de James en 1930, realizadas por Santos Rubiano, quien les agrega, como en el caso del libro de James, interesantes comentarios introductorios. Esta mis-

ma editorial publica varios estudios de psicología social escritos por Baldwin, por Le Bon, por Tarde y por Duprat. Por fin, es obvio que existen en la obra de los grandes pensadores españoles materiales extraordinariamente valiosos para la psicología social. En este sentido, cabe destacar particularmente la obra de **Ortega y Gasset**, y más específicamente sus publicaciones de 1930 sobre *La rebelión de las masas*, y de 1936 sobre *La historia como sistema* (Ortega y Gasset, 1930, 1936):

«Hay en Ortega una psicología social sustantiva cuyas implicaciones para la teoría y la investigación habría que estudiar en profundidad» (Torregrosa, 1985, p. 61).

3.6. La psicología social «moderna» en Estados Unidos (1955-1970)

Si bien la Segunda Guerra Mundial trajo como consecuencia un considerable auge de la psicología social, este desarrollo quedó limitado, como hemos visto, a unos pocos centros universitarios de Estados Unidos. Hasta bien entrados los años cincuenta no eran muchas, en efecto, las universidades que podían ofrecer un programa de psicología social consistente y amplio. La proliferación de la psicología social en las universidades norteamericanas se produjo entre 1955 y 1970, desembocando en una espectacular multiplicación de los programas de doctorado en psicología social (Jones, 1985). La vitalidad de la psicología social durante esos años conduce a la creación en 1965 del ***Journal of Personality and Social Psychology***, que se independiza así del *Journal of Abnormal Psychology*, y a la edición ese mismo año del ***Journal of Experimental Social Psychology***. Estas revistas se suman al ***Journal of Social Psychology***, fundado en 1930, y al ***Journal of Social Issues***, fundado en 1945 como órgano de expresión de la *Society for the Psychological Study of Social Issues* (SPSSI). Así mismo, en 1964 se inician los famosos ***Advances in Experimental Social Psychology***, editados por Leonard Berkowitz, que darán cuenta anualmente de los adelantos realizados en la disciplina. Si se considera que el *Journal of Personality and Social Psychology* admite preferentemente investigaciones experimentales, y que en 1966 se funda, frente a la SPSSI, que presenta una orientación más ecléctica y un talento más socialmente comprometido, una ***Society for Experimental Social Psychology***, tan elitista que diez años después de su fundación sólo contará con 216 miembros cuidadosamente seleccionados, cabe concluir que el talante experimentalista de la psicología social deja poco lugar a dudas.

No se trata, sin embargo, de un experimentalismo ceñido a temas conductistas, como ocurre entonces con la psicología experimental dominante en Estados Unidos. En efecto, el programa neo-conductista, articulado por Carl Hovland en la Universidad de Yale, aún producirá frutos notables después de 1955 (Hovland y otros 1957; Rosenberg y otros, 1960; Sherif y Hovland, C. 1961), pero su vitalidad se agotará con el final de la década de los cincuenta. El resto de aportaciones relacionadas con los diversos tipos de conductismos provendrán: a) de quienes trabajan en la óptica de la teoría del intercambio, **Homans** por supuesto, pero también J. S. **Adams** con sus estudios sobre la «equidad»; b) de quienes, como **Berkowitz** y **Bandura**, intentan ensanchar la perspectiva de la Universidad de Yale sobre la teoría del aprendizaje social por imitación, o sobre la teoría de la frustración-agresión; c) de quienes formulan interpretaciones alternativas a las de la teoría de la disonancia cognitiva, como **Behm** o como **Rosenberg**; d) de quienes inician la fructífera investigación de la atracción interpersonal, como **Byrne** por ejemplo; e) y por fin de quienes siguen, como Robert **Zajonc**, en la línea de la facilitación social. Salvo estas notables excepciones, y algunas más, el grueso del experimentalismo psicosocial se nutre, durante el período considerado, de las formulaciones teóricas que fueron elaboradas desde la **corriente gestáltica**, adaptada a la psicología social por Kurt **Lewin**, Solomon **Asch** y Fritz **Heider**. Entre los seguidores de Lewin, Leon **Festinger** será sin duda quien conseguirá el mayor éxito combinando el legado lewiniano con la línea marcada por Heider en su texto de 1946 sobre percepción social. De hecho, su **Teoría de la Disonancia Cognitiva** animará el campo de la psicología social desde finales de los cincuenta hasta finales de los sesenta y le convertirá en la figura claramente dominante de la disciplina desde 1955 hasta 1970, a tal punto que algunos hablarán incluso de la «**era Festinger**» para caracterizar ese período. Pero la vitalidad de la psicología social es entonces suficientemente intensa para dar cabida, al lado de las teorías de la consistencia cognitiva, a muchos otros enfoques que detallaré a continuación.

Después de haber realizado una serie de investigaciones que dio a conocer parcialmente en 1951, Solomon **Asch** publica en 1956 una monografía sobre el **conformismo** que manifiestan las personas ante la presión social ejercida por un grupo (Asch, 1951, 1956). Estas investigaciones, cuyos resultados, vale la pena anotarlos, contradicen las propias expectativas de Asch, tienen lejanos antecedentes en los trabajos de Alfred Binet, como ya hemos visto, y guardan cierta relación con la investigación de Sherif sobre la formación de las normas sociales, sólo que sustituyendo los estímulos «ambiguos» de Sherif por estímulos perceptivos carentes de

toda ambigüedad. Los resultados de Asch renovarían profundamente el estudio de la influencia social en situación de grupo y suscitarán múltiples variaciones en torno a la investigación del llamado «efecto Asch», siendo la realizada por Crutchfield una de las que presentan un mayor grado de sofisticación metodológica (Crutchfield, 1955). Pero sobre todo, estos resultados suscitarán, años más tarde, dos fructíferas líneas de investigación. Una de ellas, sobre la que volveré ulteriormente, fue desarrollada en Europa por Serge **Moscovici** y se tradujo en un amplio programa de investigación sobre el fenómeno de la influencia minoritaria y los procesos del cambio social. La otra desembocó en las ingeniosas y ampliamente divulgadas experimentaciones de Stanley **Milgram** sobre la obediencia de las personas en situaciones donde una autoridad les pide que dañen físicamente a otras personas sin que éstas les hayan hecho nada que lo justifique (Milgram, 1963, 1974).

El mismo año que se publicó la monografía de Asch, salió a la luz un estudio realizado por Festinger, Riecken y Schachter sobre la intensa reestructuración cognitiva a la que proceden los miembros de un grupo social; se trataba en este caso una secta apocalíptica, cuando sus profecías son desmentidas por los acontecimientos (Festinger, Riecken, H. W. y Schachter, 1956). Este estudio, junto con el libro que presentó Festinger al año siguiente (Festinger, 1957), lanzan al éxito la **teoría de la disonancia cognitiva**, arrebatando a Hovland la preeminencia en la investigación de los cambios de actitud. En los años siguientes, una multitud de investigaciones vienen a enriquecer la base empírica de la teoría de la disonancia (Festinger y Carlsmith, J. M., 1959; Festinger y Aronson, 1960; Aronson y Carlsmith, 1963; Brehm y Cohen, 1962; etc., etc.).

Paralelamente al entusiasmo suscitado por la teoría de la disonancia cognitiva, también surgen importantes polémicas, protagonizadas esencialmente por el ala neo-conductista que niega la validez de la explicación motivacional postulada por Festinger. Es en efecto difícil admitir, desde una postura conductista, que una supuesta «necesidad» de coherencia cognitiva motiva a los individuos para que ajusten sus creencias sobre sus conductas cuando perciben una contradicción entre ambas (Rosenberg, 1965). Pero sin duda, la crítica más interesante fue la que formuló Daryl Bem desde posturas afines al conductismo radical skinneriano. La tesis doctoral que presentó Daryl Bem en 1964 tuvo inmediatamente una fuerte resonancia en el mundo de la psicología social. En su tesis, Bem asentaba las bases de una **teoría de la auto-percepción** que permitía explicar de forma sencilla los resultados conseguidos por Festinger y sus colaboradores. Según Bem, no es que el individuo ajuste sus creencias sobre sus conductas para evitar el malestar psicológico creado por un supuesto estado

de disonancia cognitiva, como pretende Festinger, sino que el sujeto infliere sencillamente cuáles son sus propias creencias en función de la manera en que él mismo se comporta (Bem, 1965). Señalemos de paso que la larga polémica que se desarrollará entre las tesis de Festinger y las de Bem presenta la particularidad de ilustrar la validez de algunas de las tesis de Thomas Khun sobre la naturaleza de la ciencia. En efecto, ningún experimento «crucial» puede decidir a favor de uno u otro de los planteamientos confrontados, ya que los resultados obtenidos adquieren distinto significado según la postura teórica desde la que se contemplan (Greenwald, 1975).

En 1968, R. P. Abelson y otros publican una extensa monografía sobre el conjunto de las teorías de la coherencia cognitiva (Abelson y otros 1968), pero curiosamente, la publicación de este magno tratado coincidirá prácticamente con el final de la hegemonía de la teoría de la disonancia cognitiva en psicología social, frente al creciente auge de los enfoques atribucionales. Una importante derivación de la teoría de la disonancia dio lugar en 1966 a la formulación por Jack Brehm de su **teoría de la reactancia psicológica** (Brehm, 1966). En efecto, las investigaciones de Brehm sobre la forma en que los procesos de reducción de disonancia intervienen en las tomas de decisiones llamaron su atención sobre los efectos que produce el hecho de forzar una decisión. Aunque el resultado de una conducta coincida con el resultado deseado por su autor, éste se sentirá frustrado si considera que esa conducta no sesultó de su propia elección; en consecuencia, toda imposición engendrará mecanismos de recuperación del sentimiento de libertad por parte de los sujetos.

Otro de los desarrollos interesantes que conoció el planteamiento de Festinger dio lugar a una importante monografía sobre el control cognitivo de la motivación publicada por Philip G. **Zimbardo** en 1969. En sus investigaciones, Zimbardo puso de manifiesto la incidencia que tienen los factores cognitivos sobre los mecanismos psicofisiológicos. La «necesidad» de reducir la disonancia tiene una intensidad suficiente para modular incluso los funcionamientos fisiológicos de las personas (Zimbardo, 1969).

La influencia de Festinger no se limitó exclusivamente a la que ejerció por medio de su teoría de la disonancia cognitiva. En efecto, la **teoría de la comparación social**, que Festinger había formulado en 1954 recogiendo parte de la teorización sobre los grupos de referencia, inspiró los trabajos de Stanley **Schachter** llevándole a formular su **teoría de la afiliación** (Schachter, 1959). Según Schachter, el proceso de comparación social empuja a los individuos a buscar la compañía de quienes se encuentran en las condiciones psicológicas más próximas a las que ellos mismos experimentan. Pocos años más tarde, Schachter desarrollará, en colabora-

ción con Jerome E. Singer, la recíproca de la teoría de la afiliación, mostrando, en un experimento que se ha convertido en un clásico de la psicología social, cómo se utilizan las indicaciones proporcionadas por las conductas de los demás para catalogar, y con ello determinar, los propios estados anímicos en que se encuentra el individuo (Schachter y Singer, 1962). Esta investigación, que dio origen a la **teoría bi-factorial de las emociones** de Schachter, no sólo sirvió de acicate para incrementar el interés prestado por los psicólogos sociales al fenómeno de las **emociones**, sino que agudizó, por una parte, la atención prestada a los procesos de atribución y, por otra parte, coincidió, curiosamente, con algunos de los planteamientos elaborados desde la tradición del interaccionismo simbólico. En efecto, la investigación de Schachter y Singer reencuentra una idea básica de Mead (¡y de Vigotsky!), en el sentido de que establece claramente que los procesos psicológicos intra-individuales nacen desde la esfera socio-relacional. Así mismo, los resultados de Schachter presentan evidentes afinidades con la **teoría del «labelling»**, o «etiquetaje», elaborada desde la psicología social fenomenológica.

Fritz **Heider**, el investigador que proporcionó a Festinger algunos de los elementos teóricos básicos para elaborar su **teoría de la disonancia**, también proporcionó, curiosamente, las bases teóricas para construir la orientación teórica que desbancaría finalmente en los últimos sesenta la teoría de Festinger; me estoy refiriendo, por supuesto, a la **teoría de la atribución**. Tanto la teoría de la disonancia como la teoría de la atribución están prefiguradas en los ya mencionados artículos que publicó Heider en 1944 y en 1946, pero es en el libro de Heider sobre la psicología de las relaciones interpersonales (Heider, 1958) donde se formulan con mayor precisión los fundamentos de ambas teorías. En mi opinión, este texto de Heider es sin duda, junto con el de Mead, el que mayor influencia sustantiva ha ejercido hasta ahora en el campo de la psicología social. En 1965, Edward E. **Jones** y K. E. Davis se inspirarán en Heider para formular una primera aproximación a la **teoría de la atribución** (Jones y Davis, 1965), y dos años más tarde Harold K. **Kelley** aportará una formulación complementaria en términos de **atribuciones causales** (Kelley, 1967). Ambas formulaciones generaron un impresionante cúmulo de investigaciones que dominaron la década de los setenta y sobre las cuales volveré por lo tanto más adelante.

La **teoría del intercambio social** también conoció, durante los 15 años que estamos contemplando, importantes desarrollos (Morales, 1981). John **Thibaut** y Harold **Kelley** presentaron en 1959 una influyente monografía sobre la **psicología de los grupos** (Thibaut y Kelley, 1959). En ella están presentes, sin duda, notables influencias lewinianas, pero también inciden,

por una parte, las aportaciones de Morton **Deutsch** sobre la aplicación de la **teoría de los juegos** a las negociaciones interpersonales en los procesos de cooperación-competición y se nota, por otra parte, una fuerte influencia de las formulaciones de George **Homans**. Este último integrará a su vez ciertos aspectos de la obra de Thibaut y Kelley en su monografía «intercambista», publicada dos años más tarde, sobre las formas elementales del comportamiento social (Homans, 1961). Así mismo, la teoría del intercambio servirá de fundamento a J. Stacy **Adams** para construir su **teoría de la equidad**, que verá la luz en 1963 (Adams, 1963). Por fin, la teoría del intercambio contribuirá al desarrollo de lo que pronto iba a convertirse en una sustantiva área de investigación en psicología social en torno al estudio de los fenómenos de la **atracción interpersonal**. Si Newcomb podía afirmar en 1956 que no existía por aquel entonces ninguna teoría adecuada acerca de la atracción interpersonal, sus propias formulaciones presentadas en 1961 (Newcomb, 1961) se sumarían a las aportaciones de la sociometría de Moreno, del equilibrio estructural de Heider, de la teoría de la afiliación de Schachter y de la teoría del intercambio de Homans, para engendrar durante la década de los sesenta una amplia eclosión de teorías sobre este fenómeno social (Berscheid y Walster, 1969).

En 1961, una investigación publicada por **Stoner** (Stoner, 1961) originará en el campo de la psicología social un brusco e intenso interés por el fenómeno de la toma de decisiones en asuntos que implican un determinado grado de riesgo. Durante casi diez años, el tema del «**risky shift**» movilizará a numerosos investigadores (Kogan y Wallach, 1964; Pruitt, 1962), para desaparecer, de forma bastante repentina, de la lista de las preocupaciones de la psicología social a principios de los setenta (Cartwright, 1973). Antes de desaparecer de la escena, el «**risky shift**» dio origen, sin embargo, al concepto mucho más comprensivo de «**polarización**», elaborado por Serge **Moscovici**.

Desde un neo-conductismo extremadamente «liberalizado», tanto Albert **Bandura** como Leonard **Berkowitz** animaron sendas corrientes de investigación orientadas a modificar sustancialmente los planteamientos de la escuela de Yale sobre el aprendizaje social (Bandura, 1965; Bandura y Walters, 1963) y sobre las conductas agresivas (Berkowitz, 1962, 1969).

Lo que he relatado hasta aquí testimonia más que suficientemente acerca de la prolífica actividad de la psicología social entre 1955 y 1970, pero sería injusto dejar de mencionar, aunque sin entrar en detalles, otras importantes contribuciones que se produjeron durante esa época. Así, Jerome S. **Bruner** elabora en 1957 su influyente concepto de «**categorización**», que tanta incidencia tendrá sobre el desarrollo del cognitivismo

(Bruner, 1957), **Tagiuri y Petrullo** presentan una notable monografía sobre la **percepción social** (Tagiuri y Petrullo, 1958), **Cartwright** formula una de las escasas contribuciones que se hayan hecho al tema de las **relaciones de poder** (Cartwright, 1959), Herbert **Kelman** ofrece una impresionante síntesis teórica sobre los procesos de **influencia** (Kelman, 1958), Daniel **Katz** presenta su **teoría funcional de las actitudes** (Katz, 1960), David **McClelland** publica su texto sobre la **sociedad del logro** (McClelland, 1961), Charles **Osgood** elabora con Suci y Tannenbaum su **diferencial semántico** (Osgood, Suci y Tannenbaum, 1957), Muzafer **Sherif** realiza su famosa investigación sobre «la cueva de los ladrones», contribuyendo notablemente al desarrollo de la psicología de las **relaciones entre los grupos** (Sherif y otros, 1961), Milton **Rockeach** presenta su concepto de **dogmatismo** en los sistemas de creencias (Rockeach, 1960), Edward E. **Jones** articula la **teoría de la congraciación** (Jones, 1964), Robert **Zajonc** da un nuevo impulso al viejo tema de la facilitación social con su **teoría de la «simple exposición»** (Zajonc, 1965), Alexander **Bavelas** prosigue sus investigaciones sobre la **estructura de los grupos** (Bavelas y otros 1965), Roger **Barker** configura la **psicología ecológica** (Barker, 1963, 1968), mientras que **Altman, Sommer, Wohlwill** y otros investigadores asientan las bases de la **psicología ambiental** (Wohlwill, 1970), Jonathan **Freedman** y S. C. Fraser enriquecen el estudio de la influencia con sus investigaciones sobre la **teoría del compromiso mínimo**, que más tarde desarrollaría Charles A. **Kiessler** (Freedman y Fraser, 1966; Kiessler, 1971), F. E. **Fiedler** presenta su **modelo contingente para la eficacia del mando** (Fiedler, 1967), John M. **Darley** y Bibb **Latané** estimulan una importante corriente de investigación sobre las **conductas de ayuda** y la prosocialidad (Darley y Latané, 1968), por fin, Richard **Christie** y F. L. **Weiss** desarrollan sus **escalas de «maquiavelismo»** (Christie y Weiss, 1970).

No cabe duda de que, en esta relación, que ya es de por sí demasiado extensa, aún es posible que se hayan omitido algunas aportaciones relevantes de la época. Sin embargo, esta impresionante «productividad» de la psicología social en el corto período de tres quinquenios, no debería ocultar una creciente oleada de **críticas** contra la falta de interés de los resultados alcanzados por la disciplina, y contra la inoperancia social de sus planteamientos. En efecto, desde finales de los años cincuenta, se empiezan a desarrollar una serie de críticas al quehacer metodológico de la psicología social experimentalista, que desembocarán finalmente, acabándose ya los años sesenta, en la llamada «**crisis**» de la **psicología social**. Robert **Rosenthal**, uno de los máximos exponentes de la «psicología social de la experimentación psicológica», exponía ya en su tesis doctoral

de 1956 algunas dudas sobre la objetividad de los datos producidos en el laboratorio, pero si descartamos el premonitorio estudio de **Rosenzweig** sobre los problemas planteados por la situación experimental (Rosenzweig, 1933), las primeras manifestaciones públicas de la crítica hacia la forma en que se realizaban los experimentos psicosociales serán formuladas en 1962 por Martin T. **Orne** y por Henry W. **Riecken** (Orne, 1962; Riecken, 1962). Les seguirán varios textos de Rosenthal (Rosenthal, 1963a, 1963b), de William J. McGuire, de Herbert Kelman y de Kenneth Ring (McGuire, 1967; Kelman, 1967; Ring, 1967), así como una importante monografía de Rosenthal y Rosnow a finales de la década (Rosenthal y Rosnow, 1969). Con estas obras, estarán servidos los primeros elementos para una larga polémica interna que ocupará buena parte de los años setenta, y que contribuirá quizás a despertar el interés por la «otra» psicología social que revisaré a continuación.

Según el análisis de Sheldon **Stryker** (Stryker, 1987), el **interaccionismo simbólico** conoció un período de declive durante la década de los sesenta y buena parte de los setenta. Entiendo, por el contrario, que si «liberalizamos» suficientemente el interaccionismo simbólico como para incluir en el seno de esa orientación algunos planteamientos afines, como por ejemplo la **etnometodología** de Harold **Garfinkel**, el interaccionismo «**dramatúrgico**» de Erving **Goffman** y las corrientes **constructivistas**, **cognitivistas**, **fenomenológicas** o **interpretativas** de la microsociología, así como las aportaciones de la **teoría de los roles**, se trata por el contrario de unas décadas prodigiosamente fecundas para las orientaciones simbólicas.

En efecto, en 1959 el propio Strycker aplica una perspectiva interaccionista al estudio de la familia (Strycker, 1959), mientras aparece, ese mismo año, una obra de B. M. **Meltzer** sobre la psicología social de George Herbert Mead (Meltzer, 1959). Dos años antes, **Turner** y **Killian** publican un estudio sobre los comportamientos colectivos que simpatiza ampliamente con el enfoque interaccionista (Turner y Killian, 1957). En 1961, T. **Shibutani** edita un manual de psicología social en la línea interaccionista (Shibutani, 1961), que será seguido en 1962 por la publicación de un conjunto de textos básicos editados bajo la dirección de A. M. **Rose** (Rose, 1962).

En 1963, H. S. **Becker** da a conocer su hoy clásico «outsiders» (Becker, 1963), y en 1964 M. A. **Khun** publica un importante texto que se sitúa en una orientación opuesta a la de Blumer (Kuhn, 1964). El propio **Blumer** publicará en 1969 su tratado sobre el interaccionismo simbólico, (Blumer, 1969), después de que B. **Glaser** y A. **Strauss** hubieran publicado en 1967 y 1968 dos notables monografías (Glaser y Strauss, 1967,

1968). A la vista de estos datos, el declive comentado por Strycker no parece ser demasiado acentuado.

Pero sobre todo, es precisamente a lo largo de la década de los sesenta cuando aparecen casi todas las obras de Erving **Goffman**. Empezando por su *Presentación del yo en la vida cotidiana* (Goffman, 1959) y acabando con el celebrado *Rituales de la interacción* (Goffman, 1967), después de que hayan salido a la luz obras tan importantes como, entre otras, *Asilos*, o como *La conducta en los lugares públicos* (Goffman, 1961, 1963). Aunque sea difícil encasillar a Goffman en el interaccionismo simbólico o en cualquier otra orientación, no cabe la menor duda que su obra presenta grandes afinidades con el interaccionismo simbólico. Así mismo, en los años sesenta aparecen editadas en inglés las obras de Alfred **Schütz**, que también reencuentra desde su lectura de Dilthey y de Husserl, y desde su **sociología fenomenológica**, muchos de los planteamientos de Mead (Schütz, 1962, 1964, 1966).

Siguiendo en campos conexos con el interaccionismo simbólico, es preciso señalar el texto de **Cicourel** en 1964, que traza las bases de una **sociología cognitiva** (Cicourel, 1964). El año 1966 se revela especialmente fecundo para los planteamientos que presentan confluencias con el interaccionismo simbólico. En efecto, ese mismo año se publican: el texto sobre «**la teoría del rol**» de **Biddle y Thomas** (Biddle y Thomas, 1966), el estudio de **Berger y Luckmann**, próximos en Europa a las posturas de Schütz y a la corriente fenomenológica, **La construcción social de la realidad**, que abre una perspectiva **constructivista** afín al interaccionismo (Berger y Luckmann, 1966), y por fin, el libro de H. **Garfinkel** que instituye la corriente **etnometodológica**, corriente ciertamente crítica respecto del interaccionismo simbólico divulgado por Blumer, pero que a pesar de ello privilegia las mismas dimensiones de la realidad social que el propio interaccionismo (Garfinkel, 1966).

Es pues toda la psicología social en su conjunto, y no solamente su vertiente experimentalista la que se desarrolla intensamente durante el período 1955-1970, cuyo final coincide prácticamente con la publicación de la segunda edición del Handbook de Lindzey y Aronson (Lindzey y Aronson, 1968-69).

El período siguiente, desde 1970 hasta nuestros días, forma parte de la historia propiamente **contemporánea** de la psicología social. El estudio de sus características no encaja tanto en un capítulo historiográfico al estilo del que he desarrollado hasta ahora, sino más bien en un análisis de la naturaleza de la psicología social tal y como la entendemos en la actualidad. Por lo tanto, he reservado para la segunda parte de este libro el análisis de los acontecimientos producidos desde 1970, tales como la «cri-

sis» de la psicología social, el «giro cognitivista» de la disciplina, o la emergencia de las «nuevas alternativas». Pero antes de pasar a esta segunda parte, presentaré de nuevo un cuadro sinóptico de los 15 años considerados en este apartado, así como un tratamiento bibliográfico semejante realizado para el período anterior de la psicología social en Estados Unidos. En efecto, he realizado para el período 1956-1970 el mismo tratamiento bibliográfico que el que hice para la época anterior a 1956. Presentaré por lo tanto, con la misma finalidad meramente indicativa que en el mencionado apartado anterior, los textos publicados entre 1956 y 1970 que son más frecuentemente citados en la edición de 1985 del *Handbook of Social Psychology*.

Cuadro sinóptico del período «moderno» de la psicología social en Estados Unidos (1956-1970)

1956

Asch, S.: *Studies of independence and conformity: I. A minority of one against a unanimous majority*.

Festinger, L.; Riecken, H. W.; Schachter, S.: *When prophecy fails*.

1957

Bruner, J. S.: *On perceptual readiness*.

Hovland, C. y otros: *Order of presentation in persuasion*.

Osgood, C.; Suci, G. J.; Tannenbaum, P. H.: *The measurement of meaning*.

Turner, R. H.; Killian, L. M.: *Collective behavior*.

1958

Heider, F.: *The psychology of interpersonal relations*.

Kelman, H. C.: *Compliance, identification and internalization: the processes of attitude change*.

Tagiuri, R.; Petrullo, L.: *Person perception and interpersonal behavior*.

1959

Cartwright, D.: *Studies in social power*.

Festinger, L.; Carlsmith: *Cognitive consequences of forced compliance*.

Goffman, E.: *The presentation of self in everyday life*.

Meltzer, B. M.: *The social psychology of G. H. Mead*.

Schachter, S.: *The psychology of affiliation*.

Thibaut, J.; Kelley, H.: *The social psychology of groups*.

1960

Katz, D.: *The functional approach to the study of attitudes*.

Rokeach, M.: *The open and closed mind*.

Rosenberg, M. J. y otros: *Attitude organization and change*.
1961

Goffman, E.: *Asylums*.

Homans, G. C.: *Social behavior: its elementary forms*.

McClelland, D. C.: *The achieving society*.

Newcomb, T.: *The acquaintance process*.

Sherif, M. y otros: *Intergroup conflict and cooperation, the rover cave experiment*.

Sherif, F.; Hovland, C.: *Social judgement*.

Shibutani, T.: *Society and personality*.

Stoner, J. A.: *A comparison of individual and group decisions, including risk*.

1962

Berkowitz, L.: *Aggression: a social psychological analysis*.

Brehm; Cohen: *Explorations in cognitive dissonance*.

Orne, M. T.: *On the social psychology of the psychological experiment*.

Pruitt, T. G.: *Patterns and levels of risk in gambling decisions*.

Riecken, H. W.: *A program of research on experiments in social psychology*.

Rose, A. M.: *Human behavior and social processes. An interactionist approach*.

Schachter, S.; Singer, J. E.: *Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state*.

Schütz, A.: *Collected Papers. I. The problem of social reality*.

1963

Adams, J. S.: *Toward an understanding of inequity*.

Bandura, A.; Walters, R. G.: *Social learning and personality development*.

Barker, R.: *On the nature of environment*.

Becker, H. S.: *Outsiders*.

Goffman, E.: *Stigma*.

Milgram, S.: *Behavioral study of obedience*.

Rosenthal, R.: *On the social psychology of the psychological experiment: the experimenter's hypothesis as unintended determinant of experimental results*.

1964

Cicourel, A. V.: *Method and measurement in sociology*.

Jones, E. E.: *Ingratiation*.

Kogan, N.; Wallach, N.: *Risk taking: a study in cognition and personality*.

Schütz, A.: *Collected papers. II. Studies in social theory*.

1965

Bavelas, A. y otros: *Experiments on the alteration of group structure*.

Bandura, A.: *Influence of models reinforcement on the adquisition of imitative responses.*

Bem, D.: *An experimental analysis of self-persuasion.*

Jones, E. E.; Davis, K. E.: *From acts to dispositions: the attribution processes in person perception.*

Rosenberg, M. J.: *When dissonance fails.*

Zajonc, R.: *Social facilitation.*

1966

Biddle, B. J.; Thomas, E. J.: *Role theory. Concepts and research.*

Berger; Luckman: *The social construction of reality.*

Freedman, J. L.; Fraser, S. C.: *Compliance without pressure: the foot-in-the-door technique.*

Garfinkel, H.: *Studies in ethnomethodology.*

Schütz, A.: *Collected papers. III. Studies in phenomenological philosophy.*

1967

Fiedler, F. E.: *A theory of leadership effectiveness.*

Goffman, E.: *Interaction ritual.*

Kelley, H. H.: *Attribution theory in social psychology.*

Ring, K.: *Experimental social psychology. Some sober questions about some frivolous values.*

1968

Barker, R.: *Ecological psychology.*

Darley, J. M.; Latané, B.: *Bystander intervention in emergencies: diffusion of responsibility.*

1968-69

Lindzey, G.; Aronson, E.: *The handbook of social psychology.*

1969

Berkowitz, L.: *Roots of aggression: a reexamination of the frustration aggression hypothesis.*

Berscheid, E.; Walster, E.: *Interpersonal attraction.*

Blumer, H.: *The symbolic interactionism.*

Rosenthal, R.; Rosnow, R.: *The volunteer subject.*

Zimbardo, P. G.: *The human choice. Individuation, reasons, and order versus deindividuation, impulse and chaos.*

1970

Christie, R.; Weiss, F. L.: *Studies in Machiavellianism.*

Wooltill, J. F.: *The emerging discipline of environmental psychology.*

1971

Kiesler, C. H.: *The psychology of commitment: experiments linking behavior to belief.*

a) Ordenación alfabética por autores de los textos más frecuentemente citados en el *Handbook of Social Psychology* 1985. Período 1956-1970

- ABELSON, R. P. et al. (1968): *Theories of cognitive consistence: a sourcebook*.
- ALLPORT, G. W. (1961): *Pattern and growth in personality*.
- ANDERSON, N. H. (1970): *Functional measurement and psychological judgement*.
- ARONSON, E. (1969): *The theory of cognitive dissonance: a current perspective*.
- ARONSON, E.; CARLSMITH, J. M. (1962): *Performance expectancy as a determinant of actual performance*.
- ARONSON, E.; CARLSMITH, J. M. (1968): *Experimentation in social psychology*.
- ARONSON, E.; GOLDEN, W. (1962): *The effect of relevant and irrelevant aspects of communicator credibility on opinion change*.
- ARONSON, E.; LINDER, D. (1965): *Gain and loss of esteem as determinants of interpersonal attractiveness*.
- ARONSON, E.; MILLS, J. (1959): *The effect of severity of initiation on liking for a group*.
- ARONSON, E.; TURNER, J. A.; CARLSMITH, J. M. (1963): *Communicator credibility and communication discrepancy as determinants of opinion change*.
- ARONSON, E.; WILLERMAN, B.; FLOYD, J. (1966): *The effect of a pratfall on increasing interpersonal attractiveness*.
- ASCH, S. E. (1956): *Studies on independence and conformity: a minority of one against a unanimous majority*.
- BARKER, R. G. (1968): *Ecological psychology: concepts and methods for studying the environment of human behavior*.
- BECKER, H. S. (1964): *Outsiders*.
- BEM, D. (1965): *An experimental analysis of self-persuasion*.
- BEM, D. (1967): *Self-perception: an alternative interpretation of cognitive dissonance phenomena*.
- BERKOWITZ, L. (1962): *Aggression: a social psychological analysis*.
- BERKOWITZ, L.; GEEN, R. G. (1966): *Film violence and the cue properties of available targets*.
- BERKOWITZ, L.; Le PAGE, A. (1967): *Weapons as aggression-eliciting stimuli*.
- BERLYNE, D. E. (1960): *Conflict, arousal, and curiosity*.
- BREHM, J. W. (1966): *A theory of psychological reactance*.

- BREHM, J. W.; COHEN, A. R. (1962): *Explorations in cognitive dissonance*.
- BRUNER, J. S.; GOODNOW, J. J.; AUSTIN, G. A. (1956): *A study of thinking*.
- BRUNSWIK, E. (1956): *Perception and the representative design of psychological experiments* (2nd ed.).
- CAMPBELL, D. T. (1961): *Ethnocentrism and other altruistic motives*.
- CAMPBELL, D. T.; FISKE, D. W. (1959): *Convergent and discriminant validation of the multitrait-multimethod matrix*.
- CAMPBELL, D. T.; STANLEY, J. C. (1966): *Experimental and quasi-experimental designs for research*.
- CARLSMITH, J. M.; COLLINS, B. E.; HELMREICH, R. L. (1966): *Studies in forced compliance: I The effect of forced compliance on attitude change produce*.
- CONVERSE, P. E. (1964): *The nature of belief systems in mass publics*.
- CHAPMAN, L. J.; CHAPMAN, J. P. (1969): *Illusory correlation as an obstacle to the use of valid psychodiagnostic signs*.
- CHAPMAN, L. J.; CHAPMAN, P. (1967): *Genesis of popular but erroneous psychodiagnostic observations*.
- CHRISTIE, R.; GEIS, F. L. (1970): *Studies in Machiavellianism*.
- DARLEY, J. M.; LATANE, B. (1968): *Bystander intervention in emergencies: diffusion of responsibility*.
- FESTINGER, L. (1957): *A theory of cognitive dissonance*.
- FESTINGER, L. H.; RIECKEN, H.; SCHACHTER, S. (1956): *When prophecy fails*.
- FESTINGER, L.; CARLSMITH, J. M. (1959): *Cognitive consequences of forced compliance*.
- FREEDMAN, J. L.; FRASER, S. C. (1966): *Compliance without pressure: the foot-in-the-door technique*.
- FREEDMAN, J. L.; SEARS, D. O. (1965): *Selective exposure*.
- FRENCH, J. R. P.; RAVEN, B. H. (1959): *The bases of social power*.
- GARFINKEL, H. (1967): *Studies in ethnomethodology*.
- GOFFMAN, E. (1959): *The presentation of self in everyday life*.
- GOFFMAN, E. (1961): *Asylums: essays on the social situation of mental patients and other inmates*.
- GOFFMAN, E. (1963): *Stigma: notes on the management of spoiled identity*.
- GOFFMAN, E. (1967): *Interaction ritual: essays on face to face behavior*.
- HEIDER, F. (1958): *The psychology of interpersonal relations*.
- HOMANS, G. C. (1961): *Social behavior: its elementary forms*.
- HOVLAND, C. I. (1959): *Reconciling conflicting results derived from experimental and survey studies on attitude c.*

- HOVLAND, C. I.; JANIS, I. L. (1959): *Personality and persuability.*
- JENKINS, H. M.; WARD, W. C. (1965): *The judgements of contingency between responses and outcomes.*
- JONES, E. E. (1964): *Ingratiation.*
- JONES, E. E.; DAVIS, K. E. (1965): *From acts to dispositions: the attribution process in person perception.*
- KATZ, D. (1960): *The functional approach to the study of attitudes.*
- KELMAN, H. C. (1958): *Compliance, identification and internalization: the processes of attitude change.*
- KELLEY, H. H. (1967): *Attribution theory in social psychology.*
- KELLEY, H. H.; STAHELSKI, A. J. (1970): *The social interaction basis of cooperator's and competitor's beliefs about others.*
- KIESLER, C.; NISBETT, R. E.; ZANNA, M. (1969): *On inferring one's belief from one's behavior.*
- KOGAN, N.; WALLACH, N. W. (1964): *Risk taking: a study in cognition and personality.*
- KUHN, T. (1962): *The structure of scientific revolutions.*
- LATANE, B.; DARLEY, J. M. (1970): *The unresponsive bystander: why doesn't he help?*
- MARLOWE, D.; GERGEN, K. (1969): *Personality and social interaction.*
- MCCLELLAND, D. C. (1961): *The achieving society.*
- MCGUIRE, W. J. (1964): *Inducing resistance to persuasion.*
- MCGUIRE, W. J. (1969): *The nature of attitudes and attitude change.*
- MILGRAM, S. (1963): *Behavioral study of obedience.*
- MILGRAM, S. (1965): *Some conditions of obedience and disobedience to authority.*
- MILLER, G. A.; GALANTER, E.; PRIBAM, K. H. (1960): *Plans and the structure of behavior.*
- MILLS, J.; ARONSON, E. (1965): *Opinion change as a function of communicator's attractiveness and desire to influence.*
- MISCHEL, W. (1968): *Personality and assessment.*
- NEWCOMB, T. M. (1961): *The acquaintance process.*
- ORNE, M. T. (1962): *On the social psychology of the psychological experiment: with particular reference to dem.*
- OSGOOD, C. E.; SUCI, G. J.; TANNENBAUM, P. H. (1957): *The measurement of meaning.*
- PILAVIN, I. M.; RODIN, J.; PILAVIN, J. A. (1969): *Good Samaritanism: an underground phenomenon.*
- ROKEACH, M. (1960): *The open and closed mind.*
- ROSENTHAL, R. (1966): *Experimenter effects in behavioral research.*
- ROSENTHAL, R.; JACOBSON, L. (1968): *Pygmalion in the classroom.*

- ROSS, L.; RODIN, J.; ZIMBARDO, P. G. (1969): *Toward an attribution therapy: the reduction of fear through induced cognitive-emotional m.*
- ROTTER, J. B. (1966): *Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement.*
- SCHACHTER, S. (1959): *The psychology of affiliation.*
- SCHACHTER, S. (1964): *The interaction of cognitive and psychological determinants of emotional state.*
- SCHACHTER, S.; SINGER, J. E. (1962): *Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state.*
- SCHELLING, T. C. (1960): *The strategy of conflict.*
- SHERIF, M.; HOVLAND, C. I. (1961): *Social judgement: assimilation and contrast effects in communication and attitude change.*
- THIBAUT, J. W.; KELLEY, H. H. (1959): *The social psychology of groups.*
- VROOM, V. H. (1964): *Work and motivation.*
- WALSTER, E.; ARONSON, E.; ABRAHAMS, D. (1966): *On increasing the persuasiveness of a low prestige communicator.*
- WARNER, S. L. (1965): *Randomized response: a survey technique for eliminating evasive answer bias.*
- WEBB, E. J. ET AL. (1966): *Unobtrusive measures: nonreactive research in the social sciences.*
- WEINSTEIN, E.; DEUTSCHBERGER, P. (1963): *Some dimensions of altering.*
- ZAJONC, R. B. (1965): *Social facilitation.*
- ZIMBARDO, P. G. (1969): *The human choice: individuation, reasons, and order versus deindividuation, impulse and ch.*

b) Ranking de los 10 autores más frecuentemente citados

AUTOR	N.º CITAS	N.º TEXTOS
ARONSON, E.	25	8
SCHACHTER, S.	18	3
GOFFMAN, E.	17	4
FESTINGER, L.	14	3
HEIDER, F.	12	1
ROSENTHAL, R.	12	2
JONES, E. E.	11	2
BERKOWITZ, L.	10	3
CAMPBELL, D. T.	9	3
MCGUIRE, W. J.	8	2

3.7. El retorno «americanizado» de la psicología social a Europa (1950-1970)

En 1963, tiene lugar la primera reunión entre psicólogos sociales de Europa, y un año más tarde se crea oficialmente la Asociación Europea de Psicología Social Experimental (E.A.E.S.P.). Lo curioso es que la iniciativa **no** partió de los psicólogos sociales europeos, sino de algunos psicólogos sociales norteamericanos. En efecto, aunque Robert **Pagés** desde Francia, Henri **Tajfel** desde Gran Bretaña y Mauk **Mulder** desde Holanda, organizan activamente ese primer encuentro, la iniciativa surge de John **Lanzetta**, quien desempeñaba entonces el cargo de jefe de los servicios psicológicos de la U.S. Navy para Europa. John **Thibaut**, que se encontraba en París en la época, se integró en el comité organizador, y la reunión se organizó con el apoyo de la U.S. Navy y del Consejo Norteamericano de Investigación en Ciencias Sociales, el cual integraría poco después en su seno a varios psicólogos sociales europeos (Tajfel, 1981). Según comentó John Lanzetta en un reciente congreso de la E.A.E.S.P., la idea de organizar este primer encuentro se le ocurrió cuando, tras contactar con varios psicólogos sociales durante los viajes que su cargo en la U.S. Navy le obligaba a realizar por Europa, se percató de que éstos no se conocían prácticamente entre sí.

La riqueza de la naciente psicología social europea a principios de siglo difícilmente podía dejar presagiar parecida situación más de medio siglo después, aunque ya he mencionado anteriormente algunos de los factores que condujeron a la práctica desaparición de la disciplina en los países que la alumbraron. Lo cierto es que habrá que esperar a los años de la post-guerra para asistir a una lenta reemergencia de la psicología social en Europa, pero esta vez sus principales fuentes de inspiración vendrán directamente de la psicología social que se ha constituido en Estados Unidos. Tras un período de incubación que cubre los últimos años cuarenta y la década de los cincuenta, la psicología social europea se consolida a lo largo de los años sesenta y experimenta durante la década siguiente una expansión que, salvando las distancias, hace pensar en la que conoció la psicología social norteamericana a partir de 1955. No es fácil, sin embargo, documentarse sobre los primeros años de la psicología social europea, y tan sólo me atreveré, tras un escueto repaso de la reaparición de la psicología social en distintos países, a comentar con más detalle la experiencia francesa. Esta revisión no será sólo escueta, sino también incompleta. En efecto, hay países para los cuales mi documentación es excesivamente escasa, como Italia por ejemplo, donde la psicología social actual se ha desarrollado vigorosamente en torno a figuras como la de

Augusto **Palmonari** en Bolonia, o Piero **Amerio** en Torino. En otros países, como Suiza por ejemplo, la institucionalización de la psicología social es demasiado reciente para que tenga sentido rastrear las décadas de los cuarenta o de los cincuenta. Esto no significa, por supuesto, que no existan en la actualidad figuras de primerísimo plano como en este caso las de Wilhelm **Doise**, Gabriel **Mugny**, Claude **Deschamps**, o Mario von **Cranach**. Por fin, existen otros países sobre los cuales temería incurrir en demasiadas inexactitudes, como es el caso, por ejemplo, de la **Unión Soviética**, para la cual remito a excelentes estudios como los de Federico Munné y Lloyd Strickland (Munné, 1985; Strickland, 1979; también se puede consultar al respecto la revista *Soviet Psychology*).

En **Alemania**, el discípulo de Wundt, Willi **Hellpach**, del que ya he hablado en un apartado anterior, volverá a manifestarse en 1946 con la publicación de un manual de psicología social, seguido en 1956 de un capítulo dedicado a la psicología social incluido en el seno de un tratado de sociología (Hellpach, 1946, 1956). Pero será su discípulo Hans **Anger** quien, tras haber permanecido algún tiempo en Estados Unidos, impulsará el resurgir de la psicología social en Alemania, ocupando la primera cátedra creada para la disciplina y fundando en 1962 el primer instituto de psicología social.

Curiosamente, serán los sociólogos quienes en Alemania darán hospitalidad a las primeras manifestaciones de la disciplina (Blanco, 1982). En el año 1970, la psicología social alemana contará por fin con un órgano de expresión propio, tras la creación de la **Zeitschrift für Sozialpsychologie**.

En **Inglaterra**, se funda en 1946 el famoso Stavistock Institute of Human Relations, que mantendrá relaciones privilegiadas con el National Training Laboratory de Bethel (Maine), fundado por Kurt Lewin. Al año siguiente, el instituto Stavistock lanza una revista, **Human Relations**, que desempeñará un cierto papel en la psicología social británica. A principios de los años cincuenta, Michael **Argyle** se muestra ya activo en la disciplina (Argyle, 1951), y Hilde **Himmelweit** emprende su estudio longitudinal sobre la socialización política, que abarca un período de 25 años, desde 1951 hasta 1974 (Himmelweit y otros, 1981). Pero será a finales de los cincuenta cuando empezará a manifestarse con fuerza la figura de Henri **Tajfel**, quien da a conocer por esas fechas sus estudios inspirados en los trabajos de Jerome S. Bruner sobre percepción social. Estas investigaciones le conducirán, años más tarde, a elaborar una influyente teoría sobre la **categorización social** y sobre las **relaciones entre los grupos** (Tajfel,

1959a, 1959b; Tajfel y Wilkes 1963a, 1963b). Tajfel consiguió aglutinar en su Universidad de Bristol un activo núcleo de jóvenes investigadores entre los que figuraban nombres tan importantes para la actual psicología social europea como los de Howard **Giles** o John C. **Turner**, sin olvidar otros jóvenes investigadores como Michael **Billig** o Richard **Eiser**, que por aquel entonces también colaboran con él. Tajfel será, además, uno de los pocos europeos que serán solicitados para contribuir con un capítulo al *Handbook of Social Psychology*. Cabe señalar, por fin, que en 1961 se crea el **British Journal of Social and Clinical Psychology**, revista que no pasará a dedicarse exclusivamente a la psicología social hasta la década de los setenta bajo el título de **British Journal of Social Psychology**.

En **Holanda y Bélgica**, donde existen actualmente potentes núcleos de psicología social, tan sólo mencionaré para la época considerada los interesantes trabajos, en el primero de los países citados, de Mauk **Mulder** sobre las relaciones de poder (Mulder, 1959, 1960) y, en el segundo, las investigaciones de Jozefel M. **Nuttin** Jr. sobre la disonancia cognitiva (Nuttin, Jr. 1964). También es preciso señalar que Ragnar **Rommetveit** presenta, desde Noruega, un temprano e internacionalmente influyente libro sobre *Normas y Roles Sociales* (Rommetveit, 1954), con el que inaugura un largo período de activas contribuciones a la disciplina.

En **España**, la institucionalización académica de la psicología social será más tardía que en los demás países europeos, debido sin duda a sus peculiares características socio-políticas, produciéndose tan sólo en vísperas de los setenta. Sin embargo, a partir de 1946 ya aparecen, en la recién creada **Revista de Psicología General y Aplicada**, una serie de reseñas sobre las producciones de la psicología social norteamericana (Mallart, 1946; Siguan, 1947, y otras en los años sucesivos), que serán seguidas en 1952 por una exposición de G. Germani, en la *Revista Internacional de Sociología*, sobre el estado de la psicología social en Estados Unidos. El año siguiente aparece un trabajo de José Luis **Pinillos** sobre las actitudes sociales primarias. En la década de los cincuenta, también aparecen dos textos de Miguel **Siguan**, uno sobre las experiencias americanas de Elton Mayo, y otro sobre las técnicas de juego de rol, así como un estudio de G. **Moya** sobre la psicología de los rumores (Siguan, 1957, 1958; Moya, 1955).

Ya en la década de los sesenta, se celebra, bajo la presidencia de José Luis Pinillos, un primer **Simposio de Psicología Social** en el marco del Primer Congreso Nacional de Psicología, dando lugar a la presentación de un buen número de trabajos que serán reproducidos en la Revista de

Psicología General y Aplicada (Revista de Psicología General y Aplicada, 1963, **18**, n. 68 y 69). El mismo Pinillos publicará una serie de estudios a lo largo de los sesenta (Pinillos, 1963, 1965a, 1965b, 1969), y Miguel Siguan dará a conocer en 1962 sus «fundamentos antropológicos de la psicología social» (Siguan, 1962). Ya hacia finales de los sesenta, aparece un estudio de Amando **de Miguel** sobre maquiavelismo, otro de José Luis **Buceta** sobre pequeños grupos, uno de Federico **Munné** sobre los medios de comunicación social, y varios textos de José Ramón **Torregrosa**, generalmente sobre la temática teórica y aplicada de las actitudes, publicados algunos de ellos en colaboración con Juan Díez-Nicolás (De Miguel, 1966; Buceta, 1968; Munné, 1969; Torregrosa, 1968, 1969; Díez-Nicolás y Torregrosa 1967, 1969).

Llama la atención la ausencia de publicación de libros que, si exceptuamos el que publica Montoya sobre las aplicaciones de la sociometría a la pedagogía (Montoya, 1961), no empezarán a editarse hasta la década de los setenta, si bien se traducen algunos textos norteamericanos, como por ejemplo el manual de Krech, D.; Crutchfield, R., y Ballachey, E. en 1965. (Para una información mucho más documentada que abarca los campos afines a la psicología social, consultar el estudio ya mencionado de Florencio Jiménez Burillo, publicado en 1976.)

En **Francia**, la psicología social empieza a institucionalizarse en la Universidad de Burdeos con Jean **Stoëtzel**, y en la de París con el psicoanalista, pero también psicólogo social, Daniel **Lagache**. Tras presentar en 1943 lo que se puede considerar como la primera Tesis Doctoral de psicología social (Stoëtzel, 1943), Jean Stoëtzel pasa a ocupar en 1945 la cátedra fundada por Emile Durkheim, y a impartir en 1947 los primeros cursos de psicología social. En París, Daniel Lagache inaugura, también en 1947, una serie de cursos de psicología social que serán publicados en años sucesivos en el **Bulletin de Psychologie**, creado por una asociación de estudiantes de psicología. Así, en 1947 se publica el curso sobre *Psicología de la vida social*, en 1948 el que versa sobre *Problemas técnicos de psicología social*, en 1950 un curso sobre *Nociones de psicología social*, y en 1951 otro sobre *Teoría de los grupos*. Si bien Lagache promueve la psicología social desde su cátedra de psicología de la Universidad de París, conviene señalar que, ya en 1937, Lagache había sucedido en Estrasburgo a la plaza de Charles Blondel, autor del anteriormente mencionado manual sobre *Psicología colectiva*. Sin embargo, el interés de Lagache por la psicología social se despierta realmente a partir de las noticias que recibe de Estados Unidos, tal y como lo hará constar en una nota auto-biográfica:

«Junto con los paquetes de alimentos, el final de la guerra me trajo las nuevas producciones de la psicología americana... extraje de ellas muchas ideas sobre un conductismo liberalizado, sobre la teoría del aprendizaje y sobre la psicología social.»

En 1952, Daniel Lagache funda el **Laboratorio de Psicología Social**, que será, hasta donde llega mi conocimiento, el primer laboratorio de psicología social de Europa y, hasta finales de los sesenta, el único existente en Francia. El núcleo inicial está formado por algunos de sus alumnos y colaboradores, como Didier **Anzieu**, Jean **Maisonneuve**, Serge **Moscovici** (quien pronto lo abandonará para integrarse en la École Pratique de Hautes Études), y sobre todo, Robert **Pages**, quien asumirá la dirección a finales de los sesenta, después de que Lagache, Stoëtzl y Daval hubieran pasado por él, pero que será desde los primeros momentos el auténtico motor del Laboratorio. Maisonneuve publica, ya en 1950, un primer libro introductorio a la psicología social (Maisonneuve, 1950), y en 1952 un trabajo sobre *El estudio de los pequeños grupos en los Estados Unidos* (Maisonneuve, 1952). La psicología de los grupos se convierte así en uno de los ejes vertebradores de la psicología social francesa, y a lo largo de los cincuenta irán apareciendo múltiples publicaciones sobre el tema (Pagés, 1954, 1959; Lambert, 1957; Lemaire, 1959; Maisonneuve, 1956; Montmolin, 1955; Flament, 1958). Serge Moscovici, quien bajo la dirección de Daniel Lagache está preparando entonces su clásica tesis sobre la **Representación Social**, se orienta más hacia la problemática de las opiniones (Moscovici, 1953, 1955a, 1955b), aunque también publica sobre la psicología de los grupos (Faucheux y Moscovici, 1958). Así mismo, conviene mencionar en esa época el libro que publica David Victoroff sobre George Herbert Mead (Victoroff, 1953), y la traducción de algunos manuales americanos de psicología social, como los de Krech y Crutchfield en 1952, el de Klineberg y el de Sprott, ambos en 1954. Pero no será hasta la década de los sesenta cuando irán apareciendo los primeros libros de texto de psicología social (Stoëtzl, 1963; Daval y otros, 1963; Levy, 1965; y el tomo IX del *Tratado de Psicología Social* dirigido por P. Fraisse y J. Piaget en 1965). En esa misma década de los sesenta, aparece el libro de Serge Moscovici sobre **representaciones sociales**, que abrirá una importante línea de investigación propiamente europea (Moscovici, 1961). Pocos años más tarde, el mismo autor establece las bases de otra importante línea europea sobre **influencia minoritaria** (Moscovici, Lage y Naffechoux, 1969). A finales de los sesenta, se produce ya una auténtica explosión de publicaciones de psicología social que sería fastidioso para los lectores relatar aquí. Sí conviene mencionar sin embargo

que, al igual que Henri Tajfel en Gran Bretaña, algunos psicólogos sociales franceses se abren paso en el ámbito internacional. Así, Robert **Pagés** colabora con un capítulo en el tratado de sociología empírica de René König (Pagés, 1961), mientras que en 1963 Serge **Moscovici** publica en el *Annual Review of Psychology* un estudio sobre actitudes y opiniones, otro sobre el lenguaje en los *Advances in Experimental Social Psychology* de 1967, y otro más sobre influencia minoritaria en los mismos *Advances* de Leonard Berkowitz en 1972 (Moscovici, 1963; Moscovici, 1967; Moscovici y Faucheux, 1972). Para concluir, señalemos que no existe en Francia, durante la época considerada, un órgano de expresión específico de la psicología social. Las investigaciones se publican esencialmente en *L'Année Psychologique*, el *Bulletin de Psychologie*, la revista *Psychologie Française*, el *Bulletin du C.E.R.P.* (en cuyo comité de redacción está Moscovici) y, más tarde, en *Connexions*, revista creada por la Asociación para la Investigación y la Intervención Psicológica (A.R.I.P.).

A principios de los años setenta, la situación ha madurado suficientemente para que la psicología social europea, con excepción de España, Italia y Portugal, donde aún tiene que consolidarse, emprenda una rápida expansión. La creación en 1971 de una revista propia, el ***European Journal of Social Psychology***, y de una prestigiosa colección de monografías, dirigida por Henri Tajfel hasta su fallecimiento accidental en 1982, la ***European Monographs of Social Psychology***, le darán los medios para dar a conocer internacionalmente sus resultados y sus planteamientos.

3.8. Conclusiones

Cuando a principios de los setenta la psicología social queda firmemente consolidada en Europa, su semejanza con la psicología social norteamericana es tan acentuada que difícilmente se pueden discernir matices diferenciadores. Se puede ver en ello el signo reconfortante de que la psicología social ha alcanzado un auténtico estatus de disciplina científica, puesto que no hay razones para esperar que la física, la química o la biología sean sustancialmente distintas según el lugar geográfico donde se elaboran. Sin embargo, no puedo compartir esa apreciación.

No se trata, por supuesto, de un ridículo chauvinismo europeísta, ni tampoco de una nostálgica añoranza por los tiempos en que la cultura europea ocupaba los primeros puestos, o de un absurdo afán diferenciador con todo aquello que proviene del imperio norteamericano. Participo, como el que más, del convencimiento de que los conocimientos no tienen patentes territoriales, y de que, para bien o para mal, éstos forman

parte de la historia compartida de toda la humanidad. En efecto, si las fronteras son siempre odiosas, aún se vuelven más irritantes cuando tratan de dificultar la diseminación apátrida de la más genuinamente humana de las producciones.

Mi disconformidad con la asimilación de las corrientes dominantes de la psicología social europea por las corrientes dominantes de la psicología social estadounidense tiene otras fuentes y obedece a otras razones que he pretendido ilustrar con este análisis historiográfico de la disciplina y que quedarán más nítidamente expuestas en el acercamiento epistemológico a la psicología social que presentaré en la segunda parte del libro.

Quizás exista un único método científico para establecer las regularidades a las que obedecen los objetos de la naturaleza física, para dilucidar las causalidades que operan en ella y para desvelar la estructura de sus componentes. Por mi parte, dejaré esta cuestión en suspenso y admitiré, provisionalmente, que el quehacer de las ciencias naturales está suficientemente justificado, aunque desde hace algún tiempo los científicos empiezan a dudar del alcance y de la validez de la racionalidad científica que les ha guiado durante más de tres siglos. Pero en el caso de las ciencias sociales, y muy particularmente de la psicología social, la situación es muy distinta, y no se puede dejar la cuestión en suspenso, ni siquiera provisionalmente.

Las rutas abiertas para la investigación de los fenómenos psicosociales eran múltiples, y si una de ellas ha prevalecido sobre las demás no parece que sea en razón de una mayor adecuación a las exigencias del objeto investigado. La prevalencia del «método positivo» en psicología social, simbolizado por el experimentalismo, pero no solamente por él, respondió a un conjunto de circunstancias ajenas en su mayoría al ámbito de la estricta racionalidad científica. Por razones históricas esto ocurrió en suelo norteamericano, en conformidad con una ideología científica, social y política bien determinada. A su vez, la implantación en Europa de una psicología social «al estilo americano» no fue sino el resultado del predominio político-económico internacional de Estados Unidos, más que el resultado de una opción fundamentada en la confrontación de argumentos sustantivos.

Es precisamente este estado de cosas, evidenciado por un atento examen de la historia de la disciplina, el que me lleva a propugnar una psicología social distinta de la que predomina actualmente en Estados Unidos. No tanto porque Europa deba tener una psicología social que le sea propia, u «autóctona», aunque existen argumentos para considerar que una ciencia social debe modularse en función de las condiciones locales y reflejar los rasgos de su entorno social, sino porque **la propia psicología**

social puede ser otra. En este sentido, es preciso explorar las rutas que se cerraron con la **«americanización»** de las ciencias sociales y dejar que sean los resultados sustantivos que se puedan conseguir, tanto a nivel empírico como a nivel teórico, quienes zanden la validez y el interés de las diferentes posturas epistemológicas por encima de las condiciones socio-políticas imperantes y del tipo de racionalidad que estas condiciones contribuyen a legitimar.

PARTE II

**LA PSICOLOGÍA SOCIAL
CONTEMPORÁNEA**

1. LA INEXCUSABLE EXIGENCIA EPISTEMOLÓGICA

Para delinear las características **sustantivas** de una disciplina y acceder a un entendimiento cabal de su naturaleza, es preciso investigar cuáles fueron sus condiciones de formación, así como las vicisitudes de su desarrollo. En este sentido, la **reconstrucción histórica** realizada en la primera parte de este libro nos ha acercado sin duda a una cierta inteligencia de la psicología social. Pero sería sumamente ingenuo pensar que hemos agotado de esta forma su plena comprensión. En efecto, es indispensable completar el necesario enfoque genealógico con un acercamiento, tan preciso como sea posible, a las formulaciones más **actuales** de la disciplina, así como a sus controversias más recientes, e incluso a sus perspectivas de futuro. Es precisamente esta tarea la que ahora me propongo desarrollar desde una perspectiva que enfatiza nuevamente la exigencia **contextualista**.

En efecto, ninguna disciplina puede ser explicada con independencia del entorno concreto en el que se desenvuelve, y menos aún si se trata de una disciplina social. Es evidente que la psicología social nunca fue impermeable ni a las coyunturas sociales y políticas, ni a la evolución de sus más vecinas disciplinas, ni tampoco a las grandes controversias que agitan el mundo de la epistemología y que se interrogan sobre la **naturaleza de los saberes científicos**. Para explicar adecuadamente la psicología social es preciso, por lo tanto, recurrir también a todo este contexto que la circunda, sin olvidar incluir en él las cuestiones metodológicas.

En efecto, las **cuestiones metodológicas**, los problemas que suscitan

y las opciones que implican son inseparables a su vez del propio contenido sustantivo de la disciplina. Es evidente que tampoco se puede dar cuenta de la naturaleza de la psicología social sin antes haber realizado un examen minucioso de la problemática metodológica.

Es preciso examinar la psicología social contemporánea para avanzar un paso más en la comprensión de la naturaleza de la disciplina. Sin embargo, no es fácil delimitar con precisión lo que conviene entender por psicología social **«contemporánea»**. Por mi parte, he decidido, de una forma que puede parecer arbitraria, fijar los inicios de la contemporaneidad en torno al cambio de década entre los años sesenta y los años setenta.

Un conjunto de «factores internos» y de «factores externos», acaecidos por esas fechas, pueden ser invocados para mitigar la arbitrariedad de esta decisión. En efecto, es por aquel entonces cuando se articula la **«crisis de la psicología social»**, a la vez que se inicia el **«giro cognitivista»**, y que aparece el **«resurgir del interaccionismo simbólico»**. Es también por esas fechas cuando se empieza a manifestar en el plano internacional una **«psicología social europea»** claramente consolidada. Junto con esta serie de factores internos, también aparecen por aquel entonces una serie de factores externos que incidirán sobre las ciencias sociales. Cabe mencionar, en este sentido, el surgimiento de una **«contestación social»** de nuevo cuño que engendra nuevos movimientos sociales y nuevas identidades políticas, así como la aparición de la **«crisis económica»** con sus innumerables repercusiones sociales, especialmente en el campo del trabajo y del desempleo, y por fin, es también por esas fechas cuando se perfila la llamada **«nueva filosofía de la ciencia»**. En conjunto, se trata de un cúmulo suficiente de acontecimientos para poder considerar, con razonable evidencia, que con el inicio de los años setenta la psicología social entra efectivamente en una nueva época que aún perdura en la actualidad.

2. LAS GRANDES ORIENTACIONES TEÓRICAS «TRADICIONALES» Y SUS CORRESPONDIENTES TEORÍAS DE MEDIO ALCANCE

Hace ya tiempo que los científicos han abandonado la ingenua creencia **inductivista** según la cual la ciencia procede por acumulación de datos, extrayendo a partir de su análisis los conocimientos sobre las regularidades a las que obedecen los correspondientes fenómenos. De hecho, se puede decir que los «datos» ni siquiera existen antes de que una determinada teoría los **instituya** como tales.

También ha dejado de ser unánimemente aceptada la validez de la concepción **hipotético-deductiva** estricta, según la cual se formulan predicciones, o hipótesis, a partir de una determinada teoría y se comprueba ulteriormente si los datos confirman efectivamente la predicción o satisfacen las hipótesis, demostrando así la verosimilitud de la teoría. El «**verificacionismo**» mostró rápidamente sus propias limitaciones, y se sabe hoy en día que jamás se puede afirmar que una formulación teórica ha sido confirmada, en sentido estricto, por la experiencia (Popper, 1935). Sin embargo, no es el problema de la confirmabilidad frente a la refutabilidad el que aquí nos interesa, sino el hecho de que ninguno de los «datos» a los que se recurre para comprobar la aceptabilidad de una teoría está libre a su vez de **determinaciones teóricas**. No sólo no existen datos antes de que se disponga de una teoría que permita detectarlos como tales, sino que tampoco existen datos que sean «**puramente datos**», es decir, que no estén parcialmente conformados por las teorías que los hacen existir

como tales datos. Pero es más, las teorías dependen, a su vez, de los **presupuestos meta-teóricos** que inspiran los «sistemas teóricos» en los que se insertan. No es preciso recurrir al concepto de «Thematas», acertadamente elaborado por Gerald Holton (Holton, 1978) para entender que ninguna teoría existe separadamente, y que siempre está conectada con una «población» de teorías afines en el seno de lo que podríamos llamar un **«Programa de Investigación»** (Lakatos, 1978) o un **«Paradigma Científico»** (Khun, 1962).

En psicología social, como en cualquier otra ciencia, es preciso, por lo tanto, contextualizar los resultados producidos por la investigación haciendo referencia a las teorías que los posibilitan, y enmarcar a su vez estas teorías en el seno de los sistemas teóricos a los que pertenecen.

Como es sabido, los grandes marcos teóricos en los que se encardinan las investigaciones psicosociales provienen en su mayoría de la Psicología y, en menor grado, de la Sociología.

Hasta los años setenta, estos marcos solían resumirse, con alguna variante, en los siguientes: **Conductismo, Gestaltismo, Orientación Psicoanalítica y Teoría del Rol**. Algunas veces se dedicaba un epígrafe específico a la **Teoría de Campo** lewiniana, extrayéndola de su contexto gestaltista; otras veces, aunque pocas, se abría un epígrafe para mencionar el **Interaccionismo Simbólico** y, ante el auge de las teorías de la consistencia cognitiva, también se hablaba a veces de una **Orientación Cognitivista**, ensanchando así el marco gestaltista.

Por mi parte analizaré los siguientes marcos teóricos:

- a) **Las orientaciones socio-conductistas**, utilizando deliberadamente el plural para reflejar la conocida diversidad de enfoques dentro de este sistema teórico (MacKenzie, 1977);
- b) **Las orientaciones socio-gestaltistas**, enfatizando, por medio de la adjetivación de la palabra «gestalt», la transformación que sufrió esta orientación cuando se incorporó al campo de lo social. Se incluye aquí la **teoría del campo** lewiniana pero, por otra parte, no recurre a la palabra «cognitivismo» o «socio-cognitivismo», por considerar que, en sentido estricto, sólo se puede justificar esta denominación en un período ulterior que analizaré al examinar las «nuevas orientaciones»;
- c) **Las orientaciones psicoanalíticas**, en sus variantes «ortodoxas» y «neo-freudianas»;
- d) **La orientación de la teoría del rol**, con sus fuentes sociológicas y antropológicas, y por fin
- e) **Las orientaciones del interaccionismo simbólico** en sus matizadas variedades.

2.1. Las orientaciones socio-conductistas

En su capítulo sobre «La teoría del aprendizaje en la psicología social contemporánea», Bernice Lott y Albert Lott, dos insignes representantes de esta orientación, declaran que:

«las teorías del aprendizaje nunca han llevado la voz cantante en psicología social», y reconocen, unas líneas más arriba, que «En comparación con sus colegas de hace 20 años, los psicólogos sociales actuales que recurren a los principios del aprendizaje para interpretar y predecir el comportamiento social han menguado en número, en visibilidad, y en representación, en nuestras principales revistas» (Lott y Lott 1985, p. 130).

Lo cierto es que la psicología social nunca padeció el predominio hegemónico que los conductistas ejercieron durante un tiempo sobre la psicología general. En efecto, aunque el **conductismo metodológico** de **Watson** influyó en cierta medida la psicología social representada por **Floïd Allport**, consiguiendo que prevaleciera el interés por la conducta «observable» y por la «operacionalización» estricta de los conceptos, es preciso reconocer que no sólo no consiguió engendrar una auténtica «escuela» en psicología social, sino que dejó paso muy rápidamente a las versiones menos radicalmente positivistas del conductismo. En efecto, la influencia dominante en el seno de la psicología social de signo behaviorista se ejerció básicamente a partir del neo-conductismo, o conductismo mediacional, de **Hull** y de **Spence**, elaborado principalmente en la Universidad de Yale. Ya he mencionado en el capítulo historiográfico las **teorías de la imitación** de Dollard y Miller, así como su **teoría de la frustración-agresión** y los numerosos trabajos, realizados bajo el impulso de Hovland, sobre la **teoría de la comunicación persuasiva**, pero la influencia de Hull-Spence tuvo un alcance mucho más amplio.

Así por ejemplo, cabe citar en la línea de esta influencia las investigaciones de Leonard **Berkowitz** y de Albert **Bandura** sobre el fenómeno de la agresión. Estas investigaciones recalcan la importancia que tienen los factores situacionales y, sobre todo, las «cues» o indicaciones, incluso simbólicas, que se hallan presentes en una situación, para desencadenar o para facilitar la manifestación de conductas agresivas, sin que sea preciso recurrir al problemático concepto psicoanalizante de «frustración» (Berkowitz, 1962; Bandura, 1973). El mismo Bandura desarrollaría una influyente **teoría del aprendizaje social** basada en el concepto de aprendizaje vicario (Bandura y Walters, 1963). Esta teoría evolucionaría ulteriormente

te hacia la toma en consideración, cada vez más acentuada, de las determinaciones intrínsecas al propio individuo, desembocando finalmente en una **teoría socio-cognitiva** escasamente homologable con los planteamientos clásicos del conductismo (Bandura, 1986). La perspectiva de Hull, pero más aún la de Spence, se encuentra también presente en la **teoría de la facilitación social** elaborada por Robert Zajonc. El planteamiento de Zajonc considera que la **simple presencia** de un congénere eleva el nivel de actividad general del organismo y se traduce conductualmente por una facilitación de la emisión de las «respuestas dominantes». De esta forma, la copresencia eleva el rendimiento individual si la actividad que debe realizar el individuo exige la producción de respuestas dominantes, y lo inhibe, por el contrario, si esa actividad implica la emisión de respuestas dominadas (Zajonc, 1965). Por su parte, Albert Lott y Bernice Lott, así como Don Byrne, han aplicado los enfoques neo-conductistas al estudio de la atracción interpersonal (Lott y Lott, 1972; Byrne y Nelson, 1965), mientras que otros investigadores hacían lo mismo en el tema del altruismo. Siguiendo con el examen de la influencia neo-conductista, es preciso mencionar el intento de R. Weiss de aplicar directamente los principios de la teoría del aprendizaje de Hull al fenómeno de la comunicación persuasiva (Weiss, 1968), así como la tentativa de Charles Osgood de estudiar el significado desde una perspectiva mediacional (Osgood, 1952), sin olvidar los esfuerzos del infatigable Arthur W. Staats para reunificar el conductismo social en base a la formulación de su «conductismo paradigmático» (Staats, 1975, 1983). También es preciso mencionar la influyente **teoría del «locus of control»**, elaborada por Julian B. Rotter (Rotter, 1966), y la primera versión de la **teoría del desamparo aprendido**, de Martin P. Seligman (Seligman, 1975), que tiene un claro sabor conductista, aunque no sea precisamente hulliano, acercándose más tarde a una formulación claramente influenciada por la teoría de la atribución en una segunda versión de su teoría.

Por otra parte, el conductismo radical de **Skinner** también dejó huella en el conductismo social. Ya he comentado anteriormente la obra de George C. **Homans**, y su aplicación del funcionalismo skinneriano a las conductas sociales elementales, desembocando en la formulación de una **teoría del intercambio social**. La influencia de Homans sobre John **Thibaut** y Harold **Kelley** ha conducido a que ciertos autores, como Morton Deutsch y Robert M. Krauss, por ejemplo, ubiquen a Kelley en el marco de la teoría del aprendizaje (Deutsch y Krauss, 1965); sin embargo, la filiación lewiniana de Kelley no permite compartir plenamente esta categorización. Lo que sí podemos situar bajo la influencia directa del conductismo radical es sin duda la **teoría de la auto-percepción** de Daryl **Bem**, quien pre-

sentó una crítica y una alternativa brillante a la explicación del cambio de actitud ofrecida por la teoría de la disonancia cognitiva. Señalemos por fin que McGinnies intentaría, por su parte, aplicar el funcionalismo skinneriano al conjunto de la psicología social, editando en 1970 un manual de psicología social claramente enmarcado en la tradición funcionalista (McGinnies, 1970).

Por encima de sus diferencias y de sus controversias internas, las diversas orientaciones conductistas comparten una misma convicción de que la conducta social se adquiere fundamentalmente a través de un proceso de condicionamiento, ya sea instrumental, ya sea clásico. A partir de esta convicción, su propósito consiste en explicar las conductas sociales en términos de los principios generales del aprendizaje, válidos según los conductistas para dar cuenta del conjunto de la conducta humana. Así, su «programa de investigación» queda definido por la tentativa de:

«... predecir la conducta social de la persona a partir del conocimiento de los eventos situacionales y de la experiencia previa que haya tenido la persona con esos eventos (o con eventos similares)» (Lott y Lott, 1985, p. 109).

Merece la pena subrayar, antes de concluir este apartado, la profunda influencia que el evolucionismo de Darwin ha ejercido sobre la formulación y el desarrollo del conductismo social (Woodward, 1982). Por analogía con la **teoría de la evolución**, se puede decir que, para los conductistas, los eventos que se producen en el entorno de los sujetos seleccionan la gama de conductas que quedarán estabilizadas y que «sobrevivirán» en el seno del repertorio conductual de los individuos.

2.2. Las orientaciones socio-gestaltistas

La masiva llegada a Estados Unidos, durante los años 30, de psicólogos alemanes formados en la tradición de la «Gestalt», incluyendo algunos de los más destacados artífices de esta tradición, permitió que se estableciese, en la psicología social norteamericana, un foco de influencia alternativo al que representaba el conductismo en sus distintas modalidades. Las propias características de la orientación gestaltista facilitaron su rápida extensión en el campo de la disciplina psicosocial. En efecto, su concepción «molar» de los procesos psicológicos, frente al «elementarismo» del enfoque conductista, y su énfasis sobre la actividad constructiva del ser humano, frente al determinismo ambientalista de los conductistas,

hacían de ella un instrumento aparentemente más adecuado para abordar los fenómenos psicosociales de lo que podía serlo el enfoque conductista, por mucho que se «liberalizase». Otros tres factores contribuyeron a propiciar la extensión y la influencia del gestaltismo.

En primer lugar, la adscripción de la gestalt a la tradición **experimentalista** la preservó de muchas de las críticas positivistas que obstaculizaron la expansión de otras orientaciones irreducibles al conductismo, como por ejemplo, el interaccionismo simbólico. En segundo lugar, su énfasis sobre el carácter **«activo»** del ser humano resultó estar en estrecha consonancia con la **ideología dominante** en Estados Unidos, que privilegiaba la imagen de la **autonomía individual** frente a los determinismos externos de tipo socio-estructural, y que encontraba en el concepto de «self-made man» uno de sus reclamos más populares. En tercer lugar, las resonancias fenomenológicas, que estaban presentes en la gestalt, redundaban en esa misma debilitación de la importancia de los **determinismos socio-estructurales**, insistiendo en la idea de que lo que de verdad importa no es tanto la propia realidad, sino la forma en que la interpretan las personas. Sin duda, conviene añadir a estos tres factores el hecho puramente coyuntural de que personalidades científicas tan carismáticas como Kurt Lewin se orientaran hacia la investigación psicosocial, prestigiando considerablemente el enfoque gestaltista en la disciplina.

Todos estos elementos contribuyeron a que después de la Segunda Guerra Mundial la orientación predominante en psicología social perteneciera incontestablemente al «paradigma gestaltista». Los mismos factores que posibilitaron la penetración gestaltista en la psicología social fueron responsables de que se acentuaran en las décadas siguientes los rasgos del gestaltismo que estaban en mayor sintonía con la ideología norteamericana. En efecto, se acentuó el **aspecto fenomenológico**, propiciando, como veremos más adelante, un curioso acercamiento con el interaccionismo simbólico por mediación de las teorías de la atribución; se acentuó así mismo el interés por los **procesos cognitivos «internos»** en base a los cuales el individuo interpreta/construye la realidad; también se acentuó en consecuencia el **reduccionismo psicologista** e individualista en otra curiosa confluencia, esta vez con el propio conductismo, a la vez que se acentuaba el **experimentalismo** como medio para producir conocimientos «útiles»; y, por fin, se acentuó el **anti-historicismo**, propiciando una centración sobre el aquí y ahora de las interacciones sociales.

La **teoría del campo**, gestada por Lewin antes de que emigrara a Estados Unidos y se insertara en la psicología social, ilustra sin duda muchos de los supuestos que acabo de mencionar. A primera vista, la teoría de Lewin parece reconocer el carácter determinante del entorno y, por lo tan-

to, del contexto social, puesto que presenta al individuo como un ser permanentemente inmerso en un «campo de fuerzas» cuya «composición» última decide la manera en que actúa la persona. Pero Lewin recalca que se trata de **«fuerzas psicológicas»**, relacionadas con las expectativas, las necesidades y, en definitiva, con la **percepción** que tiene el individuo de la realidad en la que está inmerso. Junto con este énfasis sobre la **realidad fenomenológica**, Lewin insiste en el **«presentismo»** que debe orientar el análisis de las conductas sociales. En efecto, lo que realmente importa para predecir la conducta no es tanto la forma en que una persona ha llegado a una determinada situación, sino la propia situación tal y como esa persona la vive en el momento presente. Si la génesis de la situación no reviste importancia, es obvio que se puede prescindir, por lo tanto, de toda perspectiva histórica. Por fin, como ya hemos visto, Lewin será uno de los máximos propagadores del experimentalismo en psicología social, demostrando que este método permite abordar situaciones complejas y fenómenos molares. El anti-elementarismo de la gestalt propiciará también el hecho de que, bajo el impulso de Lewin, la psicología de los grupos vuelva a interesar a los psicólogos sociales, después del relativo ostracismo al que había sido condenada por la filípica de Allport contra la «falacia grupal» de McDougall.

La teoría del campo de Lewin se apoya fuertemente en el concepto de **«sistema»**, pero adoptando una perspectiva «dinámica» que considera los sistemas en un estado de permanente **«tensión»** (Lewin, 1935, 1951). En este sentido, se puede considerar que la teoría del campo anticipa con muchos años de adelanto la importancia que ha adquirido en la actualidad el concepto de sistema en **equilibrio meta-estable**, es decir, el concepto de un sistema que disipa constantemente energía para no alejarse de su punto de equilibrio más allá de ciertos márgenes tolerables de fluctuación. Parece claro que Festinger, sin tener quizá clara conciencia de ello, se inspiró fuertemente en las características de los sistemas meta-estables para formular su teoría de la disonancia cognitiva (Festinger, 1957). Esos mismos conceptos de «sistema» y de «tensión» constituyen elementos nucleares de la otra gran fuente de inspiración de las **teorías de la coherencia cognitiva**, es decir de la **teoría del equilibrio estructural** formulada por Fritz Heider desde presupuestos claramente gestaltistas y connotaciones fenomenológicas tan nítidas como las que marcan la obra de su amigo Kurt Lewin. En efecto, tanto Heider como Lewin consideran que para poder explicar la conducta no es suficiente con tomar en cuenta las características de la situación en que se encuentra una persona, sino que también es preciso conocer la forma en que la persona construye psicológicamente esa situación para ella misma y desde ella misma (Heider,

1958). Con el tiempo, la obra de Fritz Heider *La psicología de las relaciones interpersonales* se convertiría en una de las fuentes de inspiración más fecundas de la psicología social contemporánea. No sólo alimentará la construcción de las **teorías de la coherencia cognitiva** y de las **teorías de la atribución** (Jones y Davis, 1965; Kelley, 1967), sino que el énfasis que Heider puso sobre la **«psicología ingenua»** y sobre las **explicaciones de sentido común** formuladas diariamente por las personas para dar cuenta de sus propias conductas y de las actuaciones de las demás personas, anticipa el interés actual por los procesos inferenciales que caracterizan el pensamiento cotidiano, así como por las llamadas explicaciones «cotidianas» de la conducta social en la vida de cada día (Antaki, 1981).

El tercer «grande» de la psicología social gestaltista, Solomon **Asch**, contribuirá, con sus estudios sobre la **formación de las impresiones** (Asch, 1946), a potenciar la idea, retomada por el «new look in perception» de **Bruner** y otros, según la cual la percepción, lejos de constituir una simple «fotografía» de la realidad, presenta propiedades **estructurantes** de la representación de la realidad, y está modulada a su vez por una serie de factores subjetivos. Diez años más tarde, los estudios de Asch en torno al fenómeno del **conformismo social** (Asch, 1956) marcarán toda una generación de investigaciones acerca de la **presión social del grupo** y sobre los procesos de **influencia**, desembocando directamente tanto sobre los trabajos de Stanley **Milgram** en torno a la **obediencia** (Milgram, 1963), como sobre el concepto de **influencia minoritaria** de Serge **Moscovici** (Moscovici, 1976). Los trabajos de Asch, que se habían iniciado, por supuesto, mucho antes de que viera la luz su texto de 1956, no son ajenos a la formulación de la **teoría de la comparación social** por parte de Festinger (Festinger, 1954). En efecto, Festinger combinará los resultados de los experimentos de Sherif sobre la emergencia de las normas sociales, con los estudios de Hyman sobre los grupos de referencia, y con las investigaciones de Asch sobre el conformismo, para elaborar una teoría que pretende explicar la manera en que las personas recurren a las opiniones de sus semejantes para chequear la validez de las suyas y formarse así una imagen de la realidad social. La teoría de la comparación social influenciará más tarde la **teoría de la afiliación** formulada por Stanley Schachter (Schachter, 1959), y marcará, algunos años más tarde, su conocida **teoría bifactorial de las emociones** (Schachter y Singer, 1962).

A medida que las primeras investigaciones y los primeros planteamientos de Asch, de Heider y de Lewin fueron suscitando el desarrollo de otras investigaciones y de otras formulaciones teóricas, se fue difuminando, o diluyendo, el nítido sabor gestaltista que marcaba los puntos de partida iniciales. Sin embargo, no se comete una gran exageración al afirmar que

una buena parte de la psicología social contemporánea descende directamente del vigoroso gestaltismo psicosocial que impregnaba las obras de Asch, de Heider y de Lewin.

2.3. Las orientaciones psicoanalíticas

El propio fundador de la escuela psicoanalítica desarrolló su peculiar análisis de algunos fenómenos psicosociales, publicando una serie de textos sobre la génesis del hecho social, sobre las características de la cultura y sobre la psicología de las masas. En efecto, Sigmund **Freud**, conocedor de los trabajos de Gustave le Bon y también de los escritos de Wilhelm Wundt, aplicó los esquemas conceptuales de su propio sistema teórico al análisis de algunos de los temas desarrollados por estos autores, produciendo un conjunto de cinco libros que constituyen su aportación directa a la temática psicosocial. Se trata, como es bien conocido, de *Totem y tabú*, publicado en 1912, de *Psicología de las masas y análisis del yo* en 1921, de *El porvenir de una ilusión* en 1928, de *El malestar en la civilización* en 1930, y por fin, de *Moisés y la religión monoteísta*, publicado en 1939. Tan sólo comentaré muy brevemente aquí los dos primeros. En *Totem y tabú*, Freud discrepa de la postura expresada por Wundt acerca del origen de los pueblos, y explica la génesis de la estructura social a partir del «crimen primal» que permite a los jóvenes machos de la tribu destruir el poder despótico del padre fundador e instituir lo social como represión interiorizada y como sublimación de las pulsiones. En la segunda obra, Freud, seducido por los conceptos de «emergencia de la irracionalidad» y de «sugestibilidad» a los que recurre Le Bon para dar cuenta del comportamiento de las masas, centra en el fenómeno del liderazgo la explicación de las conductas colectivas y de las instituciones sociales. La identificación «edípica» con el jefe asegura, a través de una relación ambivalente de amor-odio, la estabilidad de los grupos.

Por supuesto, los planteamientos psicosociales de Freud son más sutiles de lo que queda reflejado en esta breve caracterización, extremadamente simplificada. Pero sobre todo, conviene tener presente que la psicología social de Freud trasciende ampliamente sus obras específicamente sociales y que está presente a tal punto en algunos de los conceptos claves del propio psicoanálisis que algunos autores no han dudado en afirmar que el psicoanálisis es, plenamente, una psicología social. Sin embargo, no interesa proceder aquí a una exégesis del pensamiento psicosocial que subyace en los textos de Freud, sino calibrar el impacto que ha tenido el psicoanálisis en la formulación de algunas de las teorías sustantivas o

de los enfoques clásicos de la psicología social.

Los investigadores del Instituto de Relaciones Humanas de Yale intentaron compaginar los supuestos del conductismo mediacional de Hull con algunas de las formulaciones del psicoanálisis. Así por ejemplo, la **teoría de la frustración-agresión** de Miller y Dollard se basa parcialmente en conceptos freudianos. Otros investigadores, como por ejemplo Irving **Sarnoff** y Daniel **Katz**, recurrieron a las aportaciones de Freud para desarrollar una **teoría funcional de las actitudes** (Sarnoff, 1960; Katz, 1960). Pero la influencia del psicoanálisis se dejó sentir esencialmente a través de tres corrientes representadas por: los «neo-freudianos», los «freudo-marxistas», y los «post-freudianos». El solapamiento parcial entre esas tres corrientes explica que algunos de los autores que mencionaré a continuación figuren simultáneamente en varias de ellas.

Los neo-freudianos se inspiraron básicamente en la crítica que Alfred **Adler** dirigió al biologismo de Freud y a su excesiva centración sobre la libido. Autores como Abraham Kardiner, Eric Fromm, Karen Horney, Harry S. Sullivan y Erik H. Erikson analizaron la relación entre persona y sociedad desde un punto de vista que, aun siendo muy próximo a las tesis de Freud, otorgaba una mayor importancia a los factores culturales de la personalidad, alejándose así del fuerte énfasis puesto por Freud sobre la primera infancia por una parte, sobre la libido y las pulsiones biológicas por otra parte, y finalmente sobre la esfera del inconsciente. A través, fundamentalmente, de Abraham **Kardiner**, los neo-freudianos incidieron fuertemente en el desarrollo de la **antropología cultural**, influenciando a una serie de investigadores como Margaret Mead, Ruth Benedict, o Ralph Linton.

Los freudo-marxistas provinieron esencialmente de la escuela de Frankfurt, como es el caso de Herbert **Marcuse** y de Theodor **Adorno**, por ejemplo, y es a través del trabajo realizado por este último sobre **«La personalidad autoritaria»** como se ejerció la influencia más visible de esta corriente sobre la psicología social.

Aunque tenga una importancia relativamente marginal, es preciso mencionar también en esta línea el impacto que tuvieron algunas de las formulaciones de Wilhelm **Reich**.

Por su parte, los post-freudianos recalcaron la relativa autonomía del «yo» respecto de las otras instancias de la personalidad, desembocando en la **«Ego Psychology»**, que no tendría mayor incidencia en la psicología social, mercediendo tan sólo que se mencione aquí la adscripción de Gordon W. **Allport** a esta corriente y su posterior evolución hacia la llamada «psicología humanista» o «psicología del potencial humano», junto con Maslow y con Carl Rogers.

Al igual que el conductismo, la orientación psicoanalítica nunca ejerció una influencia preponderante en la psicología social y, parece que en los últimos años, su escasa influencia se haya debilitado aún más, dando así un lamentable pretexto a los editores del Handbook para excluir en la edición de 1985 el capítulo que tradicionalmente se le venía dedicando.

2.4. La orientación de la teoría del rol

El concepto de **rol social** presenta la particularidad de ser un concepto absolutamente esencial dentro de la psicología social, latiendo en casi toda la reflexión psicosocial sobre la relación entre persona y sociedad, y de constituir, sin embargo, un concepto absolutamente descuidado, por lo menos a nivel explícito, por esa misma psicología social. Como señala acertadamente Ragnar Rommetveit, el concepto de rol es un buen candidato para proporcionar un punto de articulación teórica entre la sociología y la psicología social, ya que constituye:

«... en la primera de esas disciplinas, la más amplia de las posibles unidades de análisis, y en la segunda, la más pequeña de esas unidades de análisis» (Rommetveit, 1954, p. 31).

Sin embargo, es la sociología, junto con la antropología cultural, quien ha cargado, casi en exclusiva, con la responsabilidad de desarrollar efectivamente las teorizaciones acerca del concepto de rol. Todo ha ocurrido como si la psicología social no pudiese ignorar, pese a su marcado individualismo, la incontestable realidad psicosocial de los roles, y decidiera, al mismo tiempo, no otorgarle demasiada atención de forma a no tener que verse abocada a dar cuenta de los importantes efectos que se desprenden de las múltiples inserciones de la persona en la estructura social.

Conviene acreditar a George Herbert **Mead** con una de las primeras y de las más sugestivas utilizaciones de la noción de rol para dar cuenta de la sociogénesis de las personas. En efecto, la capacidad de adoptar la posición del «otro» y de actuar hacia sí mismo desde esa posición, es decir, en definitiva el proceso de «**toma de rol**», constituye según Mead uno de los mecanismos básicos de la socialización y de la interiorización de las normas sociales, a la vez que proporciona un instrumento para construir la propia identidad (Mead, 1934). El antropólogo Ralph **Linton** contribuyó notablemente a desarrollar la teoría del rol mostrando la importancia que revisten los roles así como los diversos estatus, asignados o adquiridos, que ocupa el individuo en el seno de una sociedad para configurar

las bases culturales de la personalidad (Linton, 1936). Durante los años siguientes, las investigaciones sobre el fenómeno de los roles sociales abordaron temas como, por ejemplo, la naturaleza de los roles sexuales (Cottrell, 1942), la diferencia entre la «toma de rol» y el «juego de rol» (Coutu, 1951), los «conflictos de roles» (Getzels y Guba, 1954), acumulando un volumen de resultados suficientes para que Theodore A. **Sarbin** pudiera presentar en el Handbook de 1954 un denso capítulo sobre la «teoría del rol» (Sarbin, 1954). Cabe señalar así mismo que algunos años antes, L. J. Neiman y J. W. Hughes ya habían presentado una amplia revisión de la literatura sobre el concepto de rol (Neiman y Hughes, 1951). Tanto los investigadores afines al interaccionismo simbólico (Turner, 1956, 1978; Stryker, 1957; Heiss, 1981), como los que se sitúan más o menos en la esfera de influencia del funcionalismo estructuralista de Parsons (Merton, 1957; Borgata, 1961), contribuyeron activamente al estudio del concepto de rol, pero habrá que esperar a la sugestiva obra de Erving **Goffman** *La presentación del yo en la vida cotidiana* para encontrar un planteamiento que formule las últimas consecuencias de la **metáfora dramatúrgica** implícita en el propio concepto de rol (Goffman, 1959). Volveré más adelante sobre las originales investigaciones de Goffman, pero no se puede cerrar este apartado sin citar también las aportaciones de B. J. Biddle a la teoría del rol (Biddle, 1979; Biddle y Thomas, 1966), y sin señalar la publicación en Europa del trabajo de Anne Marie Rocheblave-Spenlé sobre el concepto de rol, por una parte, y sobre los roles masculinos y femeninos por otra (Rocheblave-Spenlé, 1962, 1964).

2.5. Las orientaciones del interaccionismo simbólico

Como ya hemos visto en el capítulo historiográfico, el interaccionismo simbólico constituye una rica y sugestiva corriente psicosociológica que se contrapone a la psicología social individualista, nutriéndose fundamentalmente en la reflexión teórica de George Herbert **Mead** y de los demás filósofos pragmatistas tales como William **James** y John **Dewey**, así como en las aportaciones de los sociólogos de la **Escuela de Chicago**, Charles Holton **Cooley** y William I. **Thomas** entre otros.

Herbert Blumer, quien en 1937 bautizó, como recordaremos, esta corriente de pensamiento con el nombre de Interaccionismo Simbólico, y se convirtió en su portavoz más visible, la definiría en base a tres premisas clave (Blumer, 1969):

- a) En primer lugar, el reconocimiento de que lo propio de los seres hu-

manos radica en actuar en relación con los objetos a partir del **significado** que éstos representan para ellos. Para explicar la conducta humana, es por lo tanto fundamental ir más allá de las supuestas características objetivas de las situaciones sociales y entender cuál es la definición subjetiva que da a la situación el propio individuo. Esta primera premisa acerca los planteamientos interaccionistas al socio-gestaltismo en un mismo énfasis sobre la **dimensión fenomenológica** de la realidad social. Recordemos que también Lewin y Heider privilegian el significado que tiene la situación **para** el individuo. Sin embargo, la orientación socio-gestaltista deja en la sombra lo que constituirá precisamente la segunda premisa básica del interaccionismo simbólico, es decir, el hecho de que la **génesis de los significados** se ubica en la propia interacción social.

b) En efecto, la segunda premisa del interaccionismo simbólico especifica que el significado de los objetos emerge a partir de las **interacciones sociales** que el individuo teje con sus semejantes. No se trata de que los demás nos «enseñen» cuál es el significado de las cosas, al estilo de lo que suponen las teorías del aprendizaje social; ni siquiera se trata de que los demás nos «transmitan» ese significado, sino que son las propias personas quienes lo **construyen**, o lo reconstruyen literalmente, a través de sus interacciones sociales. Este punto de vista, que guarda una evidente relación con las tesis de **Vigotsky** acerca de la anterioridad de lo interpsicológico sobre lo intrapsicológico, apunta a **dos supuestos básicos** del pensamiento de Mead y de la filosofía pragmatista.

El primero de estos supuestos es el de la «**reflexividad**», entendida como una propiedad esencial del ser humano. En efecto, la interacción social sólo es lógicamente posible en la medida en que los actores no son radicalmente ajenos los unos a los otros, compartiendo el suficiente número de características para que sus actuaciones respectivas puedan **articularse** entre sí. Para que la interacción social pueda desarrollarse, es necesario que el individuo tenga la capacidad de situarse en la posición de los demás y de contemplarse a sí mismo como **objeto para los demás**. Sólo de esta forma puede conseguir una idea, por muy vaga que sea, de cómo debe actuar para producir en el otro, o **junto con** el otro, los efectos deseados. Queda claro que, en esta concepción de la reflexividad como condición de posibilidad de la interacción social, están ya presentes unas nociones, tan capitales para el interaccionismo simbólico, como son las nociones de **significados compartidos**, de **intersubjetividad** y de **propositividad** de la conducta.

El segundo supuesto básico está relacionado con el papel desempeñado por la **actividad** en la construcción del conocimiento. En efecto, el co-

nocimiento no surge de la mera contemplación racional, sino que se construye a través de la intervención concreta sobre las cosas. Esta intervención proporciona un feed-back, o una información en retorno, que proviene de los objetos mismos sobre los que se ha actuado, y que nos informa sobre sus características. El conocimiento de lo social no se adquiere, por lo tanto, si no es a través de la propia actividad desplegada por el sujeto en el transcurso de las interacciones sociales. Esta idea, compartida por Vigotsky, y también por Piaget, no sólo apunta a una concepción del ser humano en términos de **agente activo**, sino que marca ya la diferencia entre el interaccionismo simbólico y las **orientaciones cognitivistas** de la psicología social académicamente dominante.

c) El carácter **activo** del agente humano queda enfatizado en la tercera de las premisas señaladas por Blumer. En efecto, el actor selecciona, comprueba, suspende, reagrupa y transforma los significados a la luz de la situación en la que se halla, y en función de la orientación de su acción. La **estructuración activa de la realidad**, en función de una serie de factores subjetivos, también queda recogida por el socio-gestaltismo y por toda la corriente del «New look in perception»; sin embargo, la siempre presente insistencia sobre la importancia de la interacción social que caracteriza al interaccionismo simbólico aporta un elemento suplementario de extraordinaria importancia.

Efectivamente, la construcción del significado de una situación no transcurre exclusivamente «en la cabeza» del individuo, sino que resulta de un proceso de **negociación interpersonal** a través del cual se va perfilando el significado **compartido** de la situación. En conclusión, conviene subrayar, por lo tanto, que el significado no «está» exclusivamente en las cosas, tampoco constituye una aportación «ya hecha» proporcionada por los demás o por el propio individuo, sino que se **construye en la interacción** a través de una negociación activa.

A partir de estas premisas, se entiende fácilmente que el interaccionismo simbólico haya centrado preferentemente sus temas de investigación sustantivos en cuestiones que giran en torno a la **constitución de la identidad social**, a la temática de los **roles**, así como al **lenguaje y a la comunicación**, utilizando acercamientos metodológicos que no resultan siempre homologables por la comunidad científica dominante, aunque también es cierto, como ya lo hemos visto, que la escuela interaccionista simbólica de **Iowa** hizo gala de un mayor respeto por los cánones del método científico.

Después de las primeras aportaciones del interaccionismo simbólico (véase el apartado histórico) se ha producido, según Sheldon Stryker, una «vi-

talización del interaccionismo simbólico» desde mediados de los años setenta (Stryker, 1987). En efecto, no sólo se han editado varios manuales y tratados generales durante esas fechas (Multzter, Petras y Reynolds, 1975; Striker, 1980; Heiss, 1981; Rosenberg y Turner, 1981), sino que se han realizado aportaciones sustantivas, tales como la **teoría de la identidad situada** de Alexander, o la propuesta formulada por Stryker de un **interaccionismo simbólico estructural** capaz de integrar las aportaciones de la teoría del rol. Sin olvidar la extensión del interaccionismo simbólico al estudio de las **emociones** por David Heise, o el análisis del **«orden social negociado»** efectuado por Anselm Strauss (Strauss, 1978; Heise, 1979; Alexander y Wiley, 1981).

Las afinidades de la obra de Erving **Goffman** con el interaccionismo simbólico permiten incluirla en esa corriente, aunque, en sentido estricto, es evidente que las investigaciones de Goffman no pueden presentarse como una pura expresión del enfoque interaccionista. Sin embargo, los estudios «naturalistas» realizados por Goffman, acerca de la manera en que las personas desempeñan sus papeles y utilizan sus recursos simbólicos durante las interacciones cotidianas, han contribuido sustancialmente a esclarecer una de las problemáticas más interesantes planteadas por el interaccionismo simbólico. Se trata concretamente del problema de dilucidar la naturaleza de la dialéctica, que permite, a la vez, la incorporación de las normas y de las instituciones sociales en el individuo, guiando sus actividades, así como la continua creación-recreación de esas normas e instituciones a través de la propia actividad de las personas (Goffman, 1959, 1967, 1971).

Es preciso señalar, para concluir este apartado, que el interaccionismo simbólico está también relacionado con otras formulaciones teóricas tales como la **teoría de la manipulación de las impresiones**, o teoría de la **presentación estratégica del yo**, y presenta afinidades con la **sociología constructivista** alemana, así como con la **etnometodología** y con la **etogenia**, sin olvidar algunos aspectos de las formulaciones de Serge Moscovici, sobre todo en la temática de las **representaciones sociales**, pero dejaremos para más adelante el análisis pormenorizado de estas conexiones del interaccionismo simbólico.

3. LOS NÚCLEOS TEMÁTICOS DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL ANTES DE LA ÉPOCA ACTUAL

Una simple enumeración de las grandes áreas o núcleos temáticos que han centrado tradicionalmente la atención y la investigación de los psicólogos sociales no presenta en sí misma un gran interés. Sin embargo, parece útil dejar constancia de esos núcleos temáticos, en la medida en que una ulterior comparación con las áreas de interés que caracterizan actualmente a la psicología social puede ilustrar el tipo de evolución que ha experimentado la disciplina en los últimos años.

Florencio Jiménez Burillo publicaba, a mediados de los setenta, los resultados del examen de una extensa muestra de manuales de psicología social que abarcaba una suma de setenta y cuatro obras (Jiménez Burillo, 1976). Si descartamos los ítems referidos a cuestiones generales de tipo teórico y metodológico, así como los ítems referidos a las aplicaciones de la psicología social, podemos constatar que existe una coincidencia prácticamente absoluta entre, por una parte, las principales categorías temáticas detectadas por Jiménez Burillo y, por otra parte, el conjunto de temas seleccionados por los editores para confeccionar la segunda edición del Handbook. Esta coincidencia aparece aún más claramente si se realizan algunos pequeños ajustes en cuanto a la terminología —por ejemplo el tema del «lenguaje» señalado por Jiménez Burillo figura bajo el epígrafe de «psicolingüística» en el Handbook— o en cuanto a algunas subdivisiones que difieren entre las dos relaciones temáticas —por ejemplo, Jiménez Burillo recoge la existencia de dos categorías separadas, una para las

«actitudes», y otra para la «influencia», mientras que el Handbook las reagrupa en una sola categoría denominada «actitudes y cambio de actitud»—. La síntesis de ambos conjuntos temáticos nos proporciona el siguiente «mapa» de las grandes áreas temáticas que a finales de los sesenta, principios de los setenta, configuraban el campo disciplinar de la psicología social:

1. Actitudes y cambio de actitud (o «influencia social»).
2. Psicología de los grupos.
3. Lenguaje y comunicación.
4. Percepción social (y «percepción de las personas»).
5. Liderazgo.
6. Motivación social.
7. Socialización.
8. Cultura y personalidad (incluyendo el tema del «carácter nacional»).
9. Conducta colectiva.
10. Self (o «personalidad e interacción social» según la denominación del Handbook).

Las únicas discordancias notables consisten en la mención de la categoría «Agresión» por Jiménez Burillo, sin que exista ningún capítulo específicamente dedicado a este tema en el Handbook, y en la presencia en el Handbook de un capítulo sobre «conducta social animal» que no figura en las categorías detectadas por Jiménez Burillo.

Podemos considerar, por lo tanto, que las diez áreas mencionadas anteriormente reflejan con suficiente precisión los principales núcleos temáticos de la psicología social hacia finales de los sesenta. Es en esas fechas, y con esa configuración temática de la disciplina, cuando se manifestó la insatisfacción con la situación, con los logros y con las orientaciones de la psicología social, que dio lugar a que se hablara de la «crisis» de la disciplina como veremos a continuación.

4. LA CRISIS DE LOS AÑOS SETENTA

Como hemos visto en el capítulo dedicado a la emergencia y a la constitución de la disciplina, la psicología social se debate desde sus mismos comienzos en un permanente entramado de **tensiones** (Moscovici, 1970). Tensiones en cuanto a la definición misma de su objeto, tensiones en cuanto a su estatus de disciplina autónoma o, por el contrario, de sub-disciplina ubicada en la Sociología y en la Psicología, tensiones en cuanto a las metodologías más adecuadas, tensiones entre «escuelas» y entre orientaciones teóricas divergentes, tensiones en definitiva en cuanto a la definición de su propia identidad. Una expresión como la que utilizaba N. L. Farberow hace unos años al declarar «La crisis es crónica» (Farberow, 1973) podría considerarse, por lo tanto, como bastante adecuada para caracterizar el **estado «normal»** de la psicología social. Se podría pensar incluso que la psicología social debe precisamente parte de su enorme vitalidad a la peculiar conflictividad interna que la caracteriza. Sin embargo, la palabra **crisis** tiene un significado bien preciso que parece incompatible con la idea de cronicidad, evocando por el contrario imágenes de situaciones excepcionales. En efecto, una cosa son las tensiones, que pueden ser permanentemente constitutivas de un determinado campo científico, y otra muy distinta los períodos críticos que sólo se manifiestan en momentos claramente acotables. La cuestión estriba, por lo tanto, en saber si se puede hablar con legitimidad de una crisis de la psicología social o bien si se trata, por el contrario, de un abuso de lenguaje para designar un período en que las tensiones se hicieron simplemente un poco más visibles.

Desde mi punto de vista, la respuesta no ofrece la menor duda. Por encima de las habituales tensiones ha existido efectivamente un período claramente discernible en la historia de la disciplina en el que se manifestó un **cuestionamiento radical** de los propios fundamentos sobre los que se asentaba mayoritariamente la práctica científica de la psicología social. Determinados factores externos, tales como las efervescencias contestatarias de los últimos sesenta, contribuyeron probablemente a que los planteamientos críticos alcanzaran el suficiente eco entre los psicólogos sociales para desencadenar una polémica explícita que consiguió llegar hasta las páginas de las revistas «oficiales» de la disciplina. La crisis de la psicología social constituye, por lo tanto, una cuestión **fáctica**, históricamente fechada, y que se puede traducir incluso en términos bibliométricos como veremos más adelante.

4.1. Los antecedentes de la crisis

El caldo de cultivo para la gestación de la crisis empezó a constituirse a finales de los cincuenta, con la expresión de una serie de dudas sobre la **validez** y la supuesta **objetividad** de los resultados obtenidos en los experimentos llevados a cabo por los psicólogos sociales (Rosenthal, 1958). No es que no se hubieran alzado con anterioridad algunas voces críticas en esta dirección. En efecto, tan tempranamente como en el año 1933, S. Rosenzweig apuntaba ya una serie de dudas (Rosenzweig, 1933), y Egon Brunswick llamaba la atención en 1949 sobre el problema de la ausencia de «validez ecológica» de los experimentos (Brunswick, 1949); así mismo, se desarrollaba desde principios de los cincuenta una extensa discusión sobre los efectos inducidos por el carácter «voluntario» de la participación en los experimentos (Rosen, 1951; Riggs y Kaess, 1955; Martin y Marcuse, 1958), todo ello sin olvidar la crítica sistemática formulada por algunos interaccionistas simbólicos, como por ejemplo Herbert Blumer. Sin embargo, la novedad a finales de los cincuenta y principios de los sesenta consistió en que, por una parte, se recurrió al propio método experimental para demostrar la inadecuación de los experimentos realizados en psicología social y que, por otra parte, la preocupación por el tema consiguió hacer mancha de aceite, suscitando un elevado número de publicaciones. En 1961, la cuestión estaba suficientemente madura para que la propia American Psychological Association organizara un simposio dedicado específicamente a la «psicología social del experimento psicológico». Curiosamente, buena parte de las críticas apuntaban, explícita o implícitamente, a un concepto que la psicología social de corte individualista

había tendido a ignorar, dejándolo en manos de las orientaciones sociologizantes. En efecto, el **concepto de «rol»** desempeñó un papel clave en la polémica, ya que se reprochaba a los experimentalistas el no haberse percatado de los efectos incontrolados que podían provenir tanto del rol puesto en actos por los sujetos como del propio rol del experimentador. Quizá no sea descabellado pensar que el brillante trabajo de Erving Goffman sobre las estrategias utilizadas por las personas para «presentarse» ante los demás, publicado precisamente por esas fechas, contribuyera a agudizar la sensibilidad de los psicólogos sociales ante las críticas a la situación experimental (Goffman, 1959). En cualquier caso, dejaré para el capítulo dedicado a la metodología el examen del contenido sustantivo de esas críticas y me limitaré a señalar aquí que tras las primeras reflexiones de tipo puramente técnico, se fueron perfilando críticas mucho más sustantivas que abarcaron tanto las cuestiones de tipo ético (Kelman, 1965, 1967), como las cuestiones relacionadas con el propio alcance de los datos experimentales independientemente de que constituyeran o no meros «artefactos».

Un texto de Kenneth **Ring**, publicado en 1967 nada menos que en el *Journal of Experimental Social Psychology*, al que hacía eco una respuesta de William **McGuire** publicada en el mismo número de la revista, abrió lo que se puede considerar propiamente como el inicio de la crisis en psicología social (Ring, 1967; McGuire, 1967). En efecto, Kenneth Ring denunciaba la frivolidad de las cuestiones tratadas con el poderoso instrumental experimental, y acusaba a los psicólogos sociales de haber sucumbido a un mero **«ritualismo metodológico»**, preocupándose más por realizar cuidadosas y sofisticadas experimentaciones, que les aseguraran la aceptación de sus textos en las más prestigiosas revistas de la disciplina, que de dilucidar cuestiones sustantivas y problemas socialmente significativos.

Ring planteaba así el tema de la **relevancia** o de la pertinencia social del quehacer científico de la psicología social. Este tema se situaría durante los años siguientes en una posición clave dentro del discurso crítico. Señalemos de paso que el propio sistema que regula la carrera académica de los psicólogos sociales y que, como es bien sabido, les obliga a «publicar para sobrevivir», es en parte responsable de la obsesión metodológica y de la despreocupación por las cuestiones sustantivas que aquejan a la disciplina:

«... es mucho más fácil para un comité evaluador de las investigaciones, así como para los editores de las revistas y para los comités directores de los Departamentos, evaluar los mé-

todos que evaluar la calidad o el alcance de los contenidos sustantivos» (Cartwright, 1979, p. 81).

A partir de la publicación del texto de Ring, se suceden en los años siguientes una serie de planteamientos críticos que van más allá tanto de las cuestiones puramente técnicas, como del problema planteado por la falta de «relevancia», o de las preocupaciones éticas planteadas por la forma de desarrollar las investigaciones. Lo que se empieza a cuestionar es, efectivamente, los fundamentos mismos de la disciplina tal y como ha quedado constituida a través de sus orientaciones dominantes. El texto de Kenneth Gergen publicado en 1973 sobre la psicología social considerada como ciencia histórica marca sin duda un momento clave de la crítica, tanto por la radicalidad del planteamiento como por la amplia polémica que desencadenó (Gergen, 1973). Se organiza incluso un simposio para debatir específicamente sobre sus tesis, que será recogido monográficamente en el propio órgano oficial de la Sección de Psicología Social de la American Psychological Association (A.P.A.) (*Personality and Social Psychology Bulletin*, 1976, 2). Durante los tres años que siguen a la publicación del texto de Gergen, se multiplican los simposios para debatir la situación de la psicología social, como por ejemplo el que se organiza en 1974 en la Universidad de Carlton sobre «Paradigmas de Investigación y Prioridades en Psicología Social», o el que organiza en 1975 la propia Society for Experimental Social Psychology sobre «Nuevas Perspectivas Teóricas en Psicología Social».

El «clima» de crisis se va apaciguando paulatinamente en los años siguientes, y se puede considerar que 1977 constituye el último año en que aún aparece un volumen notable de textos sobre la cuestión. A partir de entonces, junto con algunas manifestaciones esporádicas que aluden al tema de la crisis, el sector más crítico se dedica principalmente a elaborar posibles **planteamientos alternativos** a la psicología social «instituida». La disciplina ha vivido, por lo tanto, diez años de una crisis que alcanzó su clímax a mediados de la década de los setenta y cuyo desarrollo he intentado reflejar en la «cronología del discurso crítico» que se presenta a continuación.

4.2. Cronología del discurso crítico*

1967

McGuire, W. J.: *Some impending reorientations in social psychology*.

Ring, K. R.: *Experimental social psychology. Some sober questions about some frivolous values.*

El texto de Ring suscitó una serie de reflexiones por parte de McGuire, quien, en consonancia con parte de las críticas formuladas por Ring, hizo un llamamiento al desarrollo de las investigaciones en «medios naturales», creyendo evitar con ello algunas de las limitaciones impuestas por la experimentación en laboratorio.

1968

Kelman, H. C.: *A time to speak: on human values and social research.*

En la línea de sus anteriores críticas hacia la violación de ciertos presupuestos éticos en la experimentación de laboratorio, Kelman urge en este libro a una reconsideración de la investigación social para que no siga lesionando la dignidad y los valores humanos.

1969

Argyris, C.: *The incompleteness of social-psychological theory: examples from small group, cognitive consistency, and attribution research.*

1970

Sherif, M.: *On the relevance of social psychology.*

Cabe señalar que en este mismo año se funda el **Journal for the Theory of Social Behavior**, que mantendrá una línea claramente disidente frente a la psicología social «mainstream», acogiendo numerosos textos críticos y propuestas de planteamientos alternativos.

1971

Silverman, I.: *Crisis in social psychology: the relevance of relevance.*

1972

Harré, R.; Secord, P.: *The explanation of social behavior.*

Israel, J.; Tajfel, H.: *The context of social psychology: a critical assessment.*

Kelman, H. C.: *The rights of subject in social research: An analysis in terms of relative power and legitimacy.*

Al mismo tiempo que Rom Harré y Paul Secord presentan una primera alternativa a la corriente dominante en psicología social, reencontrando, por cierto, algunos de los supuestos del interaccionismo simbólico, la psicología social europea aporta con el libro editado por Israel y Tajfel su contribución a la reflexión crítica sobre la disciplina, apelando a una psicología social que sea más genuinamente «social».

1973

Gergen, K.: *Social psychology as history.*

* Los textos que se mencionan en este apartado quedan recogidos en la bibliografía final del presente libro.

Henskel, R. L.; Kennedy, L. W.: *Self-altering prophecies: consequences for the feasibility of social psychology.*

McGuire, W.: *The yin and yang of progress in social psychology.*

Publicado en la principal revista de psicología social, el texto de Gergen marca un importante hito en el desarrollo de la crisis de la psicología social. Gergen expone una serie de razones por las cuales la psicología social no puede conformarse al modelo nomotético del conocimiento científico y debe limitarse a dar cuenta de unos procesos cuya variabilidad histórica **constitutiva** no puede ser abordada desde los supuestos metodológicos y epistemológicos de las ciencias «positivas».

El texto de McGuire indica por su parte una clara evolución del autor, que se aleja de los planteamientos relativamente «conservadores» expuestos en 1967. Rechazando los modelos lineales de la investigación psicosocial, inadecuados según él para dar cuenta de los objetos complejos que le son propios, McGuire reconoce que el desplazamiento de la investigación desde el laboratorio hacia el entorno natural no puede resolver los problemas básicos de la disciplina. Lo que conviene modificar profundamente no es, según él, sino el propio paradigma de investigación basado hasta ahora en la contrastación empírica de hipótesis derivadas de teorías.

1974

Armistead, N. (Ed.): *Reconstructing social psychology.*

Schlenker, B.: *Social psychology as science.*

Shaw, M. E.: *New science or non-science?*

Junto con dos reacciones críticas al texto publicado por Gergen en 1973, una sustantiva —la de Schlenker— y otra meramente despectiva, aparece con el libro de Armistead, y con las contribuciones de los diversos autores que participan en él, un primer intento de orientar la psicología social hacia nuevos planteamientos.

1975

Argyris, C.: *Dangers in applying results from experimental social psychology.*

Buss, A. R.: *The emerging field of the sociology of psychological knowledge.*

Elms, C.: *The crisis of confidence in social psychology.*

Gadlin, H.; Ingle, G.: *Through a one-way mirror: the limits of experimental self-reflection.*

Helmreich, R.: *Applied social psychology: the unfulfilled promise.*

Manis, M.: *Comments on Gergen's social psychology as history.*

Mischels, T.: *Psychological explanations and their vicissitudes.*

Shotter, J.: *Images of man in psychological research.*

Thorngate, W.: *Process invariance: another red herring.*

El malestar suscitado por la situación de la investigación y de la teorización en el campo de la psicología social se extiende con el texto de Helmerich al campo de las **aplicaciones** de la disciplina. Cabe señalar también el influyente texto de Elms, quien «psicologiza» el malestar de la disciplina, presentándolo como un simple problema de crisis de confianza.

1976

Archibald, P. W.: *Psychology, sociology, and social psychology: bad fences make bad neighbours.*

Baumgardner, S. R.: *Critical history and social psychology's crisis.*

Forsyth, D. R.: *Crucial experiments and social psychology inquiry.*

Gergen, K.: *Social psychology. Science and history.*

Godow, R. A.: *Social psychology as both science and history.*

Greenwald, A. G.: *Transhistorical lawfulness of behavior.*

Harris, R. J.: *Two factor contributing to the perception of the theoretical intractability of social psychology.*

Hendrick, G.: *Social psychology as history and as traditional science: an appraisal.*

Holzkamp, K.: *Kritische psychologie.*

Levine, N.: *On the metaphysics of social psychology: a critical view.*

Lubek, I.: *Power structure in social psychology.*

Manis, M.: *Is social psychology really different?*

Nelson, C. E.; Kennerberg, P. H.: *Social psychology in crisis: a study of references in the Handbook of social psychology.*

Pepitone, A.: *Toward normative and comparative social psychology.*

Schlenker, B. R.: *Social psychology and science: another look.*

Strickland, L.; Aboud, F.; Gergen, K. (eds.): *Social psychology in transition.*

La extensa relación de textos publicados durante el año 1976 se debe en parte al simposio que Clyde Hendryck, editor de la revista *Personality and Social Psychology Bulletin*, publica sobre «la psicología social como historia» en referencia al artículo de Gergen. También se edita ese año un importante volumen, dirigido por Strickland, Aboud y Gergen, que recoge los textos de la ya mencionada conferencia de 1974 en la Universidad de Carlton. No hemos detallado el contenido de este volumen para no alargar demasiado la relación bibliográfica.

1977

Baumgardner, S. R.: *Critical studies in the history of social psychology.*

Gauld, A.; Shotter, J.: *Human action and its psychological investigation.*

Gottlieb, A.: *Social psychology as history or science: an addendum.*

Harré, R.: *The ethogenic approach: theory and practice.*

Hendrick, C. (ed.): *Perspectives on social psychology.*

Hewitt, J. P.: *The dissipation of social psychology.*

House, J. S.: *The three faces of social psychology.*

Jiménez Burillo, F.: *Sobre algunas cuestiones de la psicología social actual.*

Lewin, M. A.: *Kurt Lewin's view of social psychology: the crisis of 1977 and the crisis of 1927.*

Liska, A. E.: *The disipation of sociological psychology.*

Rodríguez González, A.: *Psicología Social: perspectivas después de una crisis.*

Sampson, E. E.: *Psychology and the American ideal.*

Schlenker, B.: *On the ethogenic approach: etiquette and revolution.*

Secord, P. F.: *Making one self behave: a critique of the behavioural paradigm and an alternative conceptualization.*

Secord, P. F.: *Social psychology in search of a paradigm.*

Sherif, M.: *Crisis in social psychology: some remarks toward breaking through the crisis.*

Silverman, I.: *Why social psychology fails.*

Stryker, S.: *Development in 'two social psychologies': towards an appreciation of mutual relevance.*

Junto con la aparición de algunos textos españoles (Jiménez Burillo y Ángel Rodríguez), que serán seguidos por otras publicaciones sobre la crisis en años posteriores (Blanco, 1980; Garrido, 1982; Ibáñez, 1982, 1983), cabe recalcar la publicación del texto de Rom Harré, donde el autor desarrolla los supuestos teóricos de la orientación ethogénica que analizaremos más adelante. Este texto suscitó una fuerte réplica por parte de Barry Schlenker. También conviene señalar que se generaliza, con varios textos que versan sobre el tema, la idea de la existencia de dos psicologías sociales, la **P.S.P.** (Psicología Social Psicológica), y la **P.S.S.** (Psicología Social Sociológica); esta conceptualización tiende a sustituir la imagen de **una** psicología social nutrida por ambas disciplinas, aunque en proporciones desiguales.

En los años que siguen al año 1977, coexistirá, junto con la producción «clásica» de la psicología social, una creciente publicación de textos enmarcados en las diversas alternativas que nacieron o se revitalizaron durante la «crisis».

La relación bibliográfica que acabo de presentar deja buena constancia de que la crisis no fue un mero espejismo. Ahora bien, cabe preguntarse por qué razones surgió esta crisis hacia finales de los sesenta, y a qué se debió su «éxito» a lo largo de los setenta. En cualquier caso, parece razonable descartar de antemano cualquier explicación que se formule en términos de una única causa. Sea cual sea la valoración que se haga de la

crisis, es preciso admitir que han debido concurrir múltiples circunstancias para que ésta tomara cuerpo y para que no fuese inmediatamente barrida por los potentes mecanismos de **«contención de las crisis»** de que dispone toda disciplina. Es preciso dar cuenta del período crítico de la psicología social en función de una serie de **factores externos** de tipo social, pero también de tipo epistemológico, así como de una serie de **factores internos**, algunos de ellos de naturaleza histórica y otros de naturaleza epistemológica.

4.3. Raíces y dimensiones de la crisis

a) Los factores externos

Ya hemos visto en varias ocasiones que la psicología social se muestra particularmente sensible ante las demandas y las características sociales de su entorno macrosocial. No se puede descartar por lo tanto que las diversas rupturas que se fraguaron a nivel de sociedad, en los últimos años sesenta y principios de los setenta, repercutieran de alguna manera sobre la propia disciplina. La contestación de las instituciones académicas y políticas en torno al año 1968, la llamada «crisis de los valores» que le sucedió, junto con la crisis energética y con la reestructuración mundial de la producción que se inició en los años setenta, crearon ciertamente un «zeitgeist» de crisis ante el cual no podía permanecer insensible la psicología social.

Conviene recordar, por otra parte, que durante ese mismo período se desarrollaba una intensa actividad crítica contra los modelos dominantes en cada una de las dos disciplinas más cercanas a la psicología social. En efecto, el modelo estructural-funcionalista que reinaba en sociología tras el declive de la escuela de Chicago recibió por esas fechas importantes embestidas (Winch, 1958; Wrong, 1961; Garfinkel, 1967; Gouldner, 1970; Giddens, 1971), mientras que el enfoque conductista, predominante en psicología, se tambaleaba a su vez ante el cúmulo de dificultades que no había sido capaz de resolver tras cinco décadas de ingeniosas y costosas investigaciones (Chomsky, 1959; Taylor, 1964; Fodor, 1968; Mackenzie, 1977; Seoane, 1981). El eco de las batallas que se desarrollaban en sus fronteras no podía dejar de resonar en la propia psicología social. Pero sobre todo, en los años sesenta se dio un fenómeno que, a pesar de haberse consumado en la década anterior, no se hizo claramente visible hasta entonces. Me estoy refiriendo al ocaso del gran paradigma cien-

tífico galileo-newtoniano, que durante más de tres siglos había marcado el desarrollo de la ciencia y que había encontrado en el **empirismo lógico** su último baluarte epistemológico. Los propios adelantos de las ciencias naturales, junto con las aporías y las contradicciones que fueron surgiendo en el camino del positivismo lógico, pronto hicieron insostenible la defensa del modelo tradicional de la ciencia. Las certezas y las evidencias más fundamentales de la filosofía de la ciencia se fueron derrumbando una tras otra, abriendo paso a la lenta gestación de una nueva concepción de la ciencia que sigue actualmente en proceso de elaboración.

Crecía de esta forma la vulnerabilidad de la disciplina frente a las críticas, puesto que muchas de las características de la psicología social «instituida» recibían su **legitimación** a partir precisamente de unos supuestos epistemológicos que perdieron su credibilidad en los años setenta; aunque, por supuesto, sigue habiendo muchos investigadores que aún no se han percatado claramente de ello.

Es pues en este contexto general de «crisis» a nivel social, de crisis en el seno de las disciplinas vecinas, y de transformación de un paradigma científico fundamental, donde se conforma la crisis de la psicología social. Pero también ayudaron a ello poderosos factores internos.

b) Los factores internos

Conviene mencionar, en primer lugar, una serie de factores de carácter puramente histórico. En efecto, a mediados de los años cincuenta se produce en el seno de la psicología social un declive del entusiasmo que acompañó a la fase de desarrollo «programático» de la disciplina, abriéndose una nueva fase, más monótona, marcada por la simple aplicación de la «rutina» científica:

«... este declive de entusiasmo empezó a mediados de los cincuenta... y debe interpretarse como una consecuencia del cambio desde un período de desarrollo programático a otro período que Kuhn denomina de “ciencia normal”, y en el cual la disciplina se encuentra confrontada con la labor, mucho menos excitante, que consiste en acumular minuciosamente los datos y testar hipótesis de alcance bastante limitado» (Cartwright, 1979, p. 87).

Sin duda, una situación de este tipo favorece el hecho de que se preste un oído más complaciente ante las propuestas innovadoras, aunque pa-

rezcan descabelladas. Pero otros factores internos, menos coyunturales, militaron también en la misma dirección. En efecto, la identidad compleja, conflictiva, heterogénea y relativamente imprecisa de la psicología social, con sus permanentes y múltiples tensiones constitutivas, contribuyó a que los psicólogos sociales tuvieran que estar más atentos que los miembros de otras disciplinas ante los problemas metateóricos relacionados con la propia definición de la disciplina y con la fundamentación del conocimiento científico. Un George Herbert Mead, un Kurt Lewin —o incluso un Serge Moscovici en nuestra época— figuraban sin duda alguna entre las personas mejor informadas sobre los grandes debates filosóficos y epistemológicos de sus tiempos. Esta «sensibilidad epistemológica» de los psicólogos sociales contribuyó probablemente a la longevidad del intenso período de debates sobre el ser y no ser de la disciplina que sacudió a la psicología social en los años setenta. Por fin, otro factor interno favoreció también el que las preocupaciones de Ring, de McGuire, de Gergen o de Harré, calaran relativamente hondo en la psicología social. En efecto, el hecho de que los investigadores pudieran acudir a la experimentación, cosa que estaba vedada a los sociólogos, y aplicarla a unos objetos más complejos, en cuanto a la variedad de sus fuentes de determinación, que los objetos clásicamente tratados por los psicólogos, enfrentó directamente la psicología social con una dificultad que tanto los sociólogos como los psicólogos podían darse el lujo de ignorar en buena medida. Se trataba, en efecto, de conciliar unos métodos que obligan al aislamiento de las variables con unos objetos que son refractarios a la separación de sus componentes. El conocimiento producido a partir de la experimentación sobre los objetos sociales presentaba, como consecuencia de esta doble exigencia contradictoria, una serie de características bastante incómodas. Una primera característica consistía en que el saber producido por la psicología social parecía carecer de **propiedades acumulativas**. Esto no significa que el corpus de conocimientos psicosociales no sea cada vez más extenso y más rico, pero la relación entre los sucesivos conocimientos no obedece a ninguna regla que se aproxime a la regla de aditividad propia de las ciencias empíricas (Tedeschi y otros, 1981). Una segunda característica consistía en que las teorías psicosociológicas se presentaban, en gran medida, como teorías **inconmensurables**. En efecto, la base interpretativa de los resultados es demasiado amplia y demasiado flexible para que dos teorías opuestas puedan ser confrontadas en base a un experimento crucial (Greenwald, 1975). Por fin, una tercera característica consistía en que las teorías psicosociales no reunían las propiedades necesarias para ser **refutables**. En efecto, la suma de hipótesis auxiliares que deben intervenir en una experimentación, y en la operacionalización de las variables, es demasiado

elevada para que se pueda saber dónde radica el fallo cuando los datos obtenidos no concuerdan con las hipótesis (Rakover, 1981). Como vemos, la psicología social tenía motivos más que suficientes para prestar oído a las voces críticas.

4.4. Elementos de reflexión

¿Qué huellas ha dejado la «crisis» tras diez años de debates?

Edward Jones no duda en afirmar que, con el paso del tiempo:

«La crisis de la psicología social ha empezado a ocupar su lugar como una perturbación menor en la larga historia de las ciencias sociales» (Jones, 1985, p. 100).

Jones concluye su análisis culpabilizando a quienes han alimentado la contestación interna durante el período crítico, por haber desprestigiado la psicología social ante los organismos que financian las investigaciones, haciendo de esta forma un flaco favor a la disciplina.

La valoración de Jones sobre el alcance de la crisis parece corresponderse efectivamente con la situación real de la psicología social. Es cierto que muchos de los que tuvieron quizás un momento de duda en los años setenta han vuelto a sus laboratorios para seguir «produciendo resultados tangibles». En el mejor de los casos, algunos de estos investigadores han conservado, como lección del período crítico, el convencimiento de que la psicología social debía preocuparse más seriamente por la «relevancia» social de sus resultados y prestar mayor atención al tema de las «aplicaciones». La lectura de las principales revistas de psicología social parece conceder toda la razón a Jones cuando afirma que el momento actual de la psicología social no guarda trazas visibles de la crisis. No se ha producido, en efecto, ninguna solución de continuidad entre la «pre» y la «post»-crisis en cuanto a la naturaleza de los artículos y de los libros que emanan periódicamente de los centros de investigación.

Sin embargo, me propongo argumentar en los últimos apartados de este capítulo que, en contra de las apariencias que parecen conceder la razón a las tesis de Jones, los efectos de la crisis han sido en realidad **profundos** y, probablemente, **irreversibles**.